

BIBLIOTECA ECUATORIANA

DIRECTORES: ALFONSO Y JOSE RUMAZO GONZALEZ

VOLUMEN III

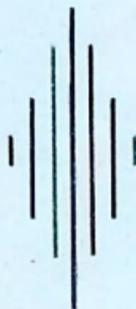
BELISARIO QUEVEDO

SOCIOLOGIA

POLITICA

Y MORAL

Preliminar y Apéndice de J. Roberto Páez



EDITORIAL BOLIVAR
QUITO

SOCIOLOGIA, POLITICA
Y MORAL

BIBLIOTECA ECUATORIANA
DIRECTORES: ALFONSO Y JOSE RUMAZO GONZALEZ
VOLUMEN III

BELISARIO QUEVEDO

SOCIOLOGIA, POLITICA Y MORAL

Preliminar y Apéndice de J. Roberto Páez

EDITORIAL BOLIVAR
QUITO





ES PROPIEDAD
Reservados todos los
derechos.—1932.

EDITORIAL LABOR.—JUAN E. ORTIZ V.—CUENCA 33, FRENTE A LA MERCED. TEL. 17-30. QUITO.

INTRODUCCION

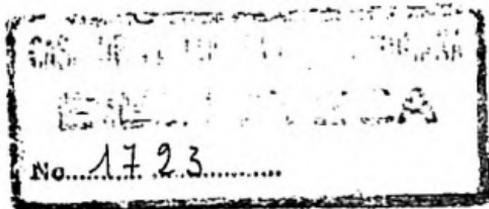
Quevedo, como ningún otro, se preocupó siempre con las cosas de la Patria. Recuerdo haberle oído varias veces decirme que lo que no tenía aplicación para el Ecuador lo estimaba como cosa de segundo orden; como conocimiento de lujo que debía venir después de los otros: de los que nos hacían falta para mejorar el país.

La figura moral de Belisario Quevedo, nuestro Joaquín Costa, como político absolutamente honrado, como hombre cuya conducta intachable se puso de manifiesto siempre en los diversos cargos públicos en los que tuvo ocasión de actuar, no ha hecho sino crecer con el transcurso del tiempo. En las reflexiones que van a leerse manifiéstase pensador hondo, imparcial, sereno, ansioso de no engañarse con fingidas grandezas nacionales, sino ante todo y sobre todo de encontrar la verdad y descubrir el remedio que cure los males nacionales.

Hay un fondo de pesimismo en muchas de esas reflexiones, pero es un pesimismo saludable, que nos invita a entrar dentro de nosotros mismos, para conocernos mejor y corregirnos. El total desencanto producido en su alma por el actuar de muchos políticos que, usurpando el nombre liberal, hicieron labor y lucro personal miserable y ruin, le lleva a exagerar por reacción, a veces, la grandeza de un hombre de Estado como García Moreno, para el cual los fondos públicos fueron siempre sagrados, y cuyas manos no buscaron jamás con avidez el dinero, ese excremento del demonio, que dijo Papini, que ensucia tan a menudo las manos y la conciencia de los políticos.

Al dar a luz estas reflexiones rindo culto a la memoria del amigo que me honró confiándome en su testamento todos sus manuscritos, y creo también servir al país, tan necesitado de la voz de hombres de honor, sinceros y puros como lo fue Quevedo, de feliz memoria.

J. Roberto Páez



**Notas sobre el carácter
del pueblo ecuatoriano**

Junto con el autoritarismo político y el fanatismo religioso, hemos recibido con la sangre española el dogmatismo pedagógico.

Aún la lengua impone cierta forma de educación: "hay mucha retórica en las lenguas del mediodía", como dice Fouillé, y de consiguiente mucha retórica en la educación de esos pueblos.

Los defectos tradicionales de la voluntad española, agravados por el trastorno del descubrimiento de América, que encendió las imaginaciones y debilitó las voluntades, no han hecho más que aumentar al contacto con la sangre india, acostumbrada a la esclavitud incásica confirmada durante el coloniaje. Ligereza, movilidad, horror a los grandes esfuerzos, sobre todo a los esfuerzos continuados y monótonos; propensión a una pereza agitada que hace más ruido que trabajo; preferencia de un trabajo violento de

poca duración a un trabajo reposado y duradero, tomado en dosis proporcionadas; abandono de los negocios para última hora contando siempre con el azar y la suerte por no querer o no poder prever las contingencias más inevitables, tales son los rasgos más salientes de nuestro carácter. Por eso los Colegios están atestados y los campos abandonados; por eso en los Colegios la indolencia de todo el curso se justifica con el estudio indigesto de las vísperas de examen. Por eso vemos como fracasan las pequeñas empresas, que exigen apenas mediana preparación. Se pasa el tiempo en hablar mal del Gobierno y en hacer nada. La labor de la oposición es puramente crítica, demoledora; acción negativa; en vez de ser como debería, constructora y positiva.

La veneración inmaculada con que hemos mirado a Bolívar y a Sucre, poniendo su imagen por sobre las aspiraciones partidaristas; el arranque insólito en pro de la libertad americana, anticipándonos a todo otro pueblo, las ofertas generosas a Bolívar escarnecido por Colombia, odiado por Venezuela; los sacrificios hechos en favor de la independencia peruana; la aislada protesta contra la ocupación de Roma por Víctor Manuel, el ardimiento generoso con que se ha abrazado la causa de Cuba y de los Boers; el delirante patriotismo evidenciado en el conflicto con el Perú, ya en el encuartelamiento general, ya en los rasgos espartanos de muchas madres, ya en la largueza de los donativos, ya en la suspensión prolongada de todo negocio, y particularmente en el franqueamiento del abismo que separaba al pueblo del Gobierno, abismo tinto en sangre, repleto

de ignominia y peculados, esparcido de cadáveres envueltos en la despedazada bandera de todas las libertades públicas, son rasgos de generosidad que alientan la esperanza, desmedrada por los defectos de raza y de educación.

Los pueblos más atrasados, como el grupo de nuestros indios, muestra una constitución social grandemente esclava de las tradiciones, como que en ellos dominan la actividad instintiva sobre la reflexiva, y la imitación sobre la invención. Sus características suelen ser: impulsos violentos y pasajeros, falta de previsión y de prudencia, derroche de fuerza y productos; imaginación mitológica, religión supersticiosa y moral puramente exterior.

La educación superficial que busca no el saber sino el bien parecer, demasiado general y vaga a la vez que uniforme y aplastante, no está en relación con las necesidades del país y despierta en los espíritus deseosos de una posición social a la que no se puede llegar sino por la corrupción y el presupuesto. Estos defectos generales de la educación latina, son más visibles y más funestos en los países pobres y principiantes como el nuestro.

Hay que convenir en que las libertades modernas son peligrosas en un país como el nuestro que tiene todas las miserias de la esclavitud, con todas las ambiciones del progreso, y que ha surgido a la libertad

sin el largo aprendizaje que suavizó el tránsito hacia la misma en los pueblos ahora libres de verdad. La autoridad en vez de ser guardiana del orden público, es un instrumento al servicio de los partidos: para la administración no merece garantías sino el partidario del Gobierno. Los Diputados sólo se cuidan de complacer con el Ejecutivo y éste, con descaro sin igual, verifica tranquilamente por medio de los soldados las elecciones de los representantes del pueblo; los Diputados por su parte, en las últimas sesiones hacen la hijuela divisoria de los empleos, después de que en el Presupuesto se han subido las rentas. Desorganización general, favoritismo, impunidad, indisciplina para unos; atropellos, extorsiones, silencio para los otros; tal es el hermoso cuadro de las libertades constitucionales en el Ecuador.

La larga dominación colonial, el encierro entre las montañas, la población poco densa, han hecho a los habitantes de la sierra concentrados, desconfiados, poco comunicativos y amigos más bien de las líneas curvas que las rectas, amantes de las ceremonias, la política y la etiqueta; al contrario, el costeño, gracias al contacto con el mar, al comercio activo, a los frecuentes viajes al extranjero, ha adquirido un carácter franco, confiado aunque previsor y lleno de sentimiento práctico.

Dice Garofalo que una de las características del italiano es su intolerancia hacia cualquiera restricción. En todos los momentos de su vida quiere hacer lo que le place, y agrega que sólo el servicio militar con sus penas severas e inmediatas llega a someterle por algunos

años. Cabría decir otro tanto de los ecuatorianos: indisciplinados contra una autoridad débil, sumisos hasta el servilismo con una autoridad fuerte, obedecemos no a la ley, no a la entidad abstracta llamada autoridad, sino a las características de fuerza preponderante que nos manda. También una rígida disciplina militar que nos acostumbrara a obedecer el reglamento por ser tal y por las penas severas que su infracción acarrearía, haría nacer en nosotros el sentimiento de respeto hacia la ley.

Somos a la vez sumisos egoístas: nos sometemos al que se impone, pero no reconocemos la superioridad que puede existir en quien no trate de imponerse: y si con los que nos tratan con desdén somos sumisos, con los que nos tratan sobre un pie de igualdad somos desdenosos.

La aspiración enciclopédica, la falta de instinto para la división del trabajo intelectual y material; la creencia de que el talento es, puede y sirve para todo, se nota claramente en nuestros programas de enseñanza, que abrazan desde el alfa hasta el omega del saber: se descubre también en nuestros hombres, a la vez doctores, generales, estadistas, literatos y cuanto se puede ser; hállase igualmente en nuestros profesores que con igual suficiencia hablan de los astros como de las sales y de los géneros literarios. Como si se jugara ajedrez, a un hombre le ponemos en una cátedra, después en la dirección de un camino y luego en un puesto diplomático.

Las plazas supuestas y la policía secreta de los gobiernos liberales han arruinado la Instrucción Pública: así como la Exposición de 1909, que era para matarnos de vergüenza, mató efectivamente al ferrocarril al Curaray.

Es lamentable el grado de inmoralidad del país. De cada mil nacidos en Italia, 73 son ilegítimos, 127 en Sajonia, 101 en Suecia, 103 en Dinamarca, 12 en Grecia. En el Ecuador tenemos 310 nacimientos ilegítimos por cada mil. Y qué nos diría la estadística judicial si existiese, y qué la estadística de la impunidad si pudiera existir? La estadística de la nupcialidad nos dice que mientras en los Estados Unidos, Rusia y Serbia, Rumania y Austria Hungría llega a un diez por mil y en Italia, Francia, Inglaterra, España, Noruega y Dinamarca fluctúa entre el 8 y 9 por mil, en el Ecuador país joven y deshabitado en donde, como acabamos de ver, los nacimientos ilegítimos son tan numerosos, si suponemos que la población es de un millón y medio de habitantes, los matrimonios no pasan del 7, 3 por mil; y si de dos millones, como creo, esta cifra baja a 4, 8 por mil, cifra que por sí sola denota a la vez que la pobreza la alta inmoralidad de la población. Es decir, que en nuestra patria se han dado cita dos pobreza: la moral y la económica.

Carlos Arturo Torres afirma en sus "Idola Forni" que el movimiento Hispano Americano ha sido el reflejo de los movimientos correlativos europeos. En esta afirmación encuentro por mi parte un afán de

generalizar, de encontrar una filosofía que quizá no existe; en ella hay talvez más predominio de libros que de observación real, pues, por lo que toca al Ecuador, puedo asegurar que si la Revolución Francesa del 89 tuvo influjo en los directores de la Emancipación, fué la invasión a España la que más influyó en las masas. Desde la Independencia nos enerramos en nuestro terruño y comenzamos el teje y maneje de nuestra política casera. A decir verdad si hubiésemos querido buscar ideas y aspiraciones para nuestra política, el programa de la gran Revolución nos habría dado las suficientes, nos habría dado tantas que ni una centésima parte nos hubiera sido dable llevar a la práctica; para qué, pues, íbamos a pensar en pedir más ejemplos a los movimientos posteriores de Europa? Me limito a hablar de lo que he observado en el Ecuador y dejo a salvo los demás países en los que acaso pudieran tener aplicación las ideas de Carlos Arturo Torres. Por lo demás, si hemos de creer que hay paralelismo genético entre el individuo y las naciones, es más acertado suponer que nuestra vida pública sea más intuitiva que reflexiva en los pasados y presentes momentos históricos. En Colombia misma ese sentimiento tan general en pro de la paz y de la tolerancia que ahora parece que existe ¿es producto de la reflexión, de la filosofía, o más bien de esa oleada de muerte y de odio que hace pocos años pasó sobre ese pueblo generoso? Quizá el pueblo que ha llevado una política más sistématica, a lo menos en lo exterior, es el Perú cuyo tinte dominante es la conquista. Mas, si hubiera un poco de reflexión en ese pueblo, estaría precisamente en el ca-

so de abandonar su tradicional instinto de conquista, tan opuesto a los intereses de toda la América y hasta a los suyos propios.

Qué diferencia de nuestros estudios tan superficiales como enciclopédicos, exclama Fouillé al estudiar la enseñanza alemana en comparación con la francesa, con lo que se llevan a cabo en Alemania; en esta última la enseñanza está calcada en la división del trabajo, en la especialización tan de acuerdo con la ley del progreso, y con la continua diferenciación de partes y la mayor adherencia de ellas. Una pieza que es todo a la vez, en una maquinaria, es a la vez nada, una pieza que tiene una sola función determinada está más necesariamente unida al todo sin el cual es nada. Nada hay que decir de los estudios absurdamente enciclopédicos que se llevan a cabo en los Colegios y Universidades del Ecuador, si aún los que llevan a cabo en lo culta Francia merecen crítica.

La militarización, escribe Kant, ha desenvuelto en Alemania el hábito ya considerable de la disciplina, del orden y la exactitud; el aseo, la inteligencia mutua y el compañerismo. El servicio militar es indublemente condición de vida para una nación frente a sus vecinos, y condición de existencia de las formas republicanas dentro de la nación. No hay antídoto más eficiente contra el militarismo como la militarización nacional, y así lo ha entendido Eloy Alfaro que, por instinto criminal de propia conservación, se ha guardado muy bien

de llevar a la práctica la Ley de Reclutas expedida en la administración anterior, y cuya aplicación perentoria, por iniciativa mía, le exigió la Convención de 1906.

No creo que en nuestras luchas políticas hayamos tenido fanatismo por principios políticos sino por hombres políticos: bien así como nuestro fanatismo religioso está más bien al rededor del culto católico antes que de la fe. El jefe del partido que se llama radical ha sido Alfaro, que en el fondo no es sino un puro conservador; aseguran que es ateo. En suma, hombres y nombres es toda nuestra política. En Francia acaso gobiernan principios, y gobiernan principios y filosofía y el interés, en Inglaterra y en los Estados Unidos.

Se equivocaba groseramente, en uno de sus Mensajes al Congreso, el Presidente Leonidas Plaza, cuando sostenía que el gran remedio para las dolencias nacionales está en el número de las escuelas que hay en el país, siendo así que no importa tanto su número como su calidad. Si la escuela no suministra al alma nacional lo que debe suministrar, es inútil hasta cierto punto. Ya Guillermo de Alemania ha dicho: "Es necesario educar a la juventud alemana de modo que responda a las necesidades presentes y también para colocarla a la altura de su deber en la lucha por la vida." Nosotros también debemos ser un pueblo conquistador, pero conquistador de lo que es nuestro Oriente. Debemos también de manera sistemática preparar a nuestras generaciones no sólo a la lucha por la vida nacional, sino

también a la lucha por la vida individual dentro de la nación porque viendo estamos cómo todos nuestros elementos de riqueza y producción nos arrebatan el elemento extranjero, emprendedor, activo y económico. Los ecuatorianos debemos pensar y meditar no una sino mil veces en que bien pudiera suceder que la conquista económica que los elementos extranjeros ejercen dentro del Ecuador nos redujera a las mismas condiciones que al indio le redujo la conquista por las armas.

Novicow dice que el cristianismo no ha tenido tiempo de penetrar en la conciencia del pueblo ruso al cual se le ha predicado sólo desde el siglo X. ¿Qué diremos nosotros del cristianismo de nuestros indios, inferiores mentalmente a los rusos, indios a los que se predica la religión empezando por quemar a su Rey, por violar a sus mujeres, poseer sus tierras y esclavizar a todos, y esto sólo desde hace cuatrocientos años? Agréguese a esto que la predicación del cristianismo la hicieron españoles, es decir gente puramente ritualista, de culto exterior, vacía de la fe profunda del alemán, de la fe entusiasta del francés, de la fe elevada del inglés. El mismo Novicow añade que por cada mil rusos, novecientos no saben recitar el Credo de Nicea, y que de los ciento que lo recitan apenas diez comprenden su sentido literal y sólo uno vislumbra la doctrina encerrada en él. Tampoco nuestros indios han dado un solo paso en materia de religión desde aquel célebre día en que Atahualpa arrojó con desprecio el breviario de Valverde. La superstición del indio es toda su religión. He visto a un indio pagar el estipendio de una misa a un cura para alcanzar de Dios que detenga los avan-

ces del río que arrastraba sus tierras; el indio fue a poner en el altar un poco de tierra y un frasco de agua, y el cura para disipar esas desalentadoras y estúpidas creencias se limitó a decir la misa.

No hay hombre de mayor buena fe que el inglés en sus relaciones privadas y no hay nación más ajena a esa virtud en sus asuntos internacionales que la nación inglesa. No es, pues, extraño encontrar contradicción entre el carácter individual y el colectivo. El guayaquileño, generoso y expansivo como individuo, es reconcentrado y hasta egoísta como colectividad. Una junta de notables que formula una lista de candidatos para la Presidencia de la República no incluye en ella sino nombres guayaquileños. La oposición a todo ferrocarril que no parta de Durán es casi un dogma de fe para todo guayaquileño y esa oposición ha sido en todo tiempo tenaz y sistemática. Sus parques, a excepción de la estatua del Libertador no nos muestran sino a hombres de Guayaquil, a algunos de los cuales habría que erigir monumentos, pero después de haber saldado la deuda que tenemos con Colón, con Isabel la Católica y con otros. Mientras en el interior de la República se declama contra la desgraciada suerte del maestro de escuela, olvidado por el Gobierno, en Guayaquil se piden sueldos sólo para los profesores del Guayas. Sabido es, por lo demás, que el guayaquileño mira al serrano con cierto aire de superioridad, afable algunas veces aunque por lo general displicente.

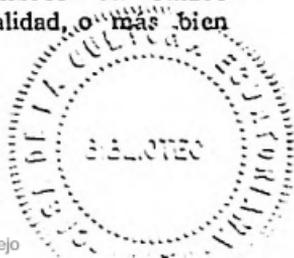
Es de veras alarmante el alcoholismo en el Ecuador. Por cada habitante se consumen anualmente en Inglaterra 2, 6 litros de alcohol; en Finlandia 3, 9; en Noruega 2, 8; en Suecia 4; en Italia 2, 7; en Hungría, Austria y Rusia 5. Si partimos de la base muy acertada de 10.000,00 de litros que produce el país y de 2.269.391 litros que se introdujeron al Ecuador según los últimos datos estadísticos que tengo a la vista, resulta que si la población es de 1'500,000 habitantes a cada uno le tocan 8, 1 litro de alcohol, y si de 2'000,000, 6, 1 litros. En todo caso una cantidad superior a la de cualquiera de los países antes citados.

Si en el Ecuador la inmoralidad y el alcoholismo son alarmantes, en cambio, la vitalidad nacional es muy halagadora. Estudiando las estadísticas de diecisiete países que tengo a la vista, llego a los siguientes resultados: por cada 100 nacimientos hay 75 defunciones, mientras entre nosotros para igual número de nacimientos las defunciones llegan a 51. Además, por cada mil habitantes de esos países nacen por término medio 35,8, correspondiendo el mínimo a Francia con 25 y el máximo a Rusia con 49. De esos nacidos para igual número de habitantes, mueren 26 por término medio, siendo el mínimo para Suecia y Noruega un 18 y el máximo un 38 para Hungría; queda por tanto un término medio de aumento en favor de la población de un 98 por mil. Si suponemos la población del Ecuador en 1'500,000 habitantes para cada mil habitantes hay 44 nacimientos, y 23 defunciones, lo que deja un saldo en favor de la población de 21 por mil. Si estimamos la población en 2'000,000, que es lo más exacto, habría

33 nacimientos y 17 defunciones, con un aumento en favor de la población del 16 por mil. Cifras que nos ponen si no entre los países de alta vitalidad, por lo menos entre los de vitalidad muy halagadora. Hay que notar además que nuestra emigración definitiva es casi nula y la temporal muy escasa.

En política, la Sierra es romántica, la Costa positivista. La primera habla de tiranías, la segunda de peculados. García Moreno es servidor fervoroso del dios éxito y Olmedo inspira sus mejores cantos en Junín y Miñarica, altares del mismo dios; el paso que Carrión, Borrero, Espinosa, débiles por temperamento y por respeto a la ley, prefieren caer antes que violar la Constitución.

En cuanto a religión, cunde en la Costa la indiferencia, no nacida del raciocinio, sino de la falta de toda creencia, indiferencia de hombres de negocios que si no cuidan de dar educación religiosa a sus hijos, alargan una peseta al cura para el culto de la parroquia. En cuanto a la Sierra podemos decir lo que de los españoles dijo Fouillé: no proviene su fanatismo como el del alemán o el del anglosajón de un impulso interior místico, de un pensamiento absorto en Dios, sino más bien de la devoción inflexible a los actos externos de la religión, al culto y prácticas religiosas; prácticas del culto externo tan desarrolladas en el interior del país, que una observación estadística me reveló que en Quito había 53 sacristanes y 14 tenedores de libros. El hombre del campo, futura base de la nacionalidad, o más bien



sistema óseo de ella, aunque es más sincero y más moral, es menos religioso, menos fanático: tiene creencias nada aparatosas ni fiesteras. Por lo que hace al indio, su religión es puramente exterior.

Nuestra candorosidad en asuntos internacionales nos ha causado irreparables daños. Parece que no conocemos todavía ni lo que es la amistad, ni lo que es la enemistad entre naciones. Creemos todavía en amistades platónicas y en enemigos nobles, de procedimientos rectos. Amistad entre naciones quiere decir interés, y al servicio de la enemistad internacional está la forma maquiavélica de que el fin, el éxito, justifica los medios.

Los españoles, anota Fouillé, aunque generosos y hospitalarios, no puede decirse que sean humanitarios. Duros para con los animales domésticos, para con los hombres y para consigo mismos, la dureza es uno de los rasgos característicos de la raza ibera. Esta dureza es también uno de nuestros distintivos. Las corridas de toros, las peleas de gallos, los balcones para espectadores en los mataderos, la complacencia de los chicos en azuzar a los perros a la pelea, el gusto en fin de ver correr la sangre, lo hemos heredado directamente de los españoles. El indio ama también las toros, pero es porque con ocasión de ellos deja de trabajar y porque corre entonces el aguardiente en grandes porciones.



Por un aspecto somos individualistas, concentrados en nuestro yo, ajenos a la disciplina social, a la cooperación, a la solidaridad; por otro lado parece que no tuviéramos sentimiento de personalidad; pues todo lo esperamos de las autoridades y nos sujetamos callados al primer mandón que nos da de sablazos. Nuestro individualismo es, pues, puramente negativo: consiste en no cooperar, en no defender ni formar nuestra personalidad.

La aversión por el esfuerzo sostenido y perseverante, la idea de superioridad que se atribuye a la vida ociosa, por mezquina que sea, sobre la vida de esfuerzo, han dejado, según Sanz y Escartín, profundas raíces en ciertas regiones de España; añádase a esto la admiración y simpatía que se tiene por los que gastan y derrochan estérilmente su fortuna, la especie de desprecio con que se mira todo lo que es previsión, orden y trabajo personal y se tendrá el cuadro opuesto al que ofrece la vida anglosajona. Los ecuatorianos hemos tomado seguramente todo este lote en la parte heredada del carácter español.

Hay dos tipos del pueblo ecuatoriano, no hay que olvidar: el costeño que habita en clima ardiente y por cuyas venas corre mucha sangre negra y el serrano del clima benigno que tiene cuatro quintos de sangre india, si acaso no es indio puro. El primero es alegre, vengativo, ocioso; el segundo melancólico, tranquilo, indolente. Terribles son las pasiones del que llamamos montuvio y del indio, pero aquél las desborda tumultuosa-

mente y hiere, al paso que el último las guarda para ocasión propicia y pone a su servicio la astucia. El chagra, que ha resultado de la fusión de las otras clases y es el tipo ya adaptado al medio físico, tiene características muy simpáticas; afable, hospitalario, lleno de pundonor, con hábitos de trabajo y disciplina, religioso, conservador, apegado al terruño, sobrio, tiene pasiones sencillas y monótonas; enemigo de las armas es el nervio vigoroso de la nacionalidad ecuatoriana, que poco tiene que esperar de la estupidez del indio y de la holgazanería del blanco, entregado a los libros y a la charla.

La instrucción de los procesos, dice Lombroso, es en Italia lenta en extremo y dura varias semanas y aún meses. ¿Qué diremos nosotros, en donde la norma es que duren años, al cabo de los cuales se declara inocente al infeliz que ha pasado largos meses en la prisión o se anula el proceso, aunque conste el crimen, por falta de alguna formalidad de ley? El mismo Lombroso agrega que en ninguna parte es tan dulce el régimen penitenciario como en Italia: hay, escribe, quienes cometen crímenes o los simulan para que les encierren en lo que llaman ellos el cómodo albergue. Nuestra penitenciaría nada tiene de casa de corrección; tienen en ella los presos alimento asegurado sin necesidad de trabajar y garantizada toda clase de corrupción. Que es cómodo albergue lo prueba el hecho de que también se cometen o simulan crímenes para tener derecho a él. Tengo pruebas de ello y no hablo a humo de pajas. ¿No vimos acaso a un Ministro de Estado defender para los presos el derecho al alimento no ganado por el trabajo y la fatiga?

Por lo menos en teoría, para que algún día se convierta en práctica, debemos reconocer el ya indiscutible principio de que la regeneración del delincuente se logra por el trabajo, y en consecuencia que éste no tiene derecho a mayores comodidades que las que consigan por sus ganancias. Al delincuente más que a nadie se le debe enseñar a ganarse la vida y no a vegetar como vegeta ahora en la indolencia y en la ociosidad.

La enseñanza de los Colegios y Universidades españolas, dice Fouillé, como si se hubiera propuesto describir lo que pasa en el Ecuador, se reduce para el profesor a escoger un libro, hacerlo recitar de memoria y quizá a explicarlo y comentarlo. Las Universidades son oficinas de expedir títulos, que se obtienen con facilidad mediante un pequeño esfuerzo y una regular asistencia. La enseñanza secundaria, uniforme para todos, con su moral considerada como simple materia de examen, sus clasificaciones verbales de zoología y botánica, es una verdadera muestra de inutilidad práctica y científica; aún los pocos espíritus científicos, agrega Fouillé, no pueden separar la ciencia de la retórica. Nada le falta a este cuadro de la docencia de España para retratarnos a nosotros. Agrega el escritor y filósofo francés que la sociedad semi ilustrada de España no tiene aspiraciones sociales concretas y definidas; sólo profesa un liberalismo-nosotros diríamos republicanismo-pasivo, que soporta sin conmoverse las injurias dirigidas contra la libertad. La juventud, que es poco instruída, ni forma un núcleo ni constituye una esperanza firme y definida. Ningún problema logra conmoverla y poner en acción sus cualidades siempre sanas

y generosas. Las cuestiones sociales que por lo demás agitan en todas partes el alma de la juventud, le son indiferentes. Diga quien quiera hablar con sinceridad si no es este también el estado de la juventud ecuatoriana.

La falta de una competencia industrial intensa, dice hablando de nosotros los latino-americanos el insigne Fouillé, y el predominio de los intereses agrícolas han dejado el campo libre a los políticos. Estos últimos se han visto además favorecidos por el error, frecuente en los pueblos de educación latina, que estriba en creer que el gobierno y las leyes lo pueden todo y lo crean todo en su país. La política ha llegado así a ser ocupación dominante y de lucha estéril entre los partidos políticos, con las revoluciones perpetuas que son su natural consecuencia.

Hay una característica general en la vida del pueblo ecuatoriano, que es como el hilo que sostiene la sarta: esta característica general es la violencia acompañada de la mala fe en diferentes matices. El indio trata a palos al borrico, a su mujer y a sus hijos y roba al patrón siempre que puede; el patrón trata a palos al indio y también le roba no dándole el salario que merece. El comerciante roba a sus clientes de buena fe y acaba por quebrar con perjuicio de sus acreedores, quiebra que la justicia, alegando la, en parte verdadera, excusa de las *trampas* de los clientes a quienes se ha vendido a crédito, acepta de buen grado.

El artesano cumple su obra que la hace lo más mal que puede, cuando a ello le obliga una demanda en la Policía, roba en el material, roba en la hechura, roba en el tiempo y cumple por la violencia. Los militares roban mediante plazas supuestas, tratan a palos a los soldados y son a su vez tratados con la punta del pie por los Presidentes de la República. La Policía usa del garrote con todos y cuando no roba participa de las ganancias de los ladrones. Se roba en grande en el Ministerio de Hacienda, en las Tesorerías y Colecturías. Los Gobernadores y Tesoreros tratan duramente a todos, en especial a los que no son amigos de la causa, y tienen mucha habilidad para llenarse los bolsillos. El Presidente, sus Ministros y los grandes capitanes y amigos del partido forman una consistente argolla que corona muy dignamente el edificio. A estos les trata violentamente la oposición porque le han quitado las prebendas que tuvo cuando estuvo en el Poder. Nada quiero decir del cura, del escribano y del abogado. Los estudiantes son duros con sus maestros y al no querer recibir la educación que se les da, roban al Estado y sus padres gastan en ellos. El maestro es violento también y también roba porque cumple con sus deberes a medias, robando así al Estado la mitad por lo menos de sus sueldos. El padre de familia es duro en su casa y es víctima de los despilfarros de la mujer, la modista y la cocinera. Los niños, los niños chiquitos, se entretienen en mortificar a los animalitos, a las aves y en mortificarse entre ellos, no con ejercicios de fuerza sino con pellizcos y rasguños. A esos niños también se les roba la alegría del corazón, la nobleza del espíritu, las energías del ánimo, con la educación pervertida y pervertidora que se les da. Violencia y mala fe en la edu-

cación, en el hogar, en el comercio, en la agricultura, en la milicia, en la religión, en la política y en la justicia; es decir, una de las formas más grotescas y rudimentarias de la lucha por la vida. Si la violencia de arriba se llama tiranía, despotismo, la violencia de abajo se llama desobediencia, indisciplina, revolución.

El influjo social del ejemplo de don Vicente León, que después de haber pasado una vida de privaciones intencionadamente, legó sus bienes cuantiosos al un tiempo célebre Colegio de Latacunga, merece que se lo tome muy en cuenta, pues es una muestra evidente de lo que pueden en un medio social dado la imitación y el buen ejemplo. En efecto, al mismo Colegio se han hecho por otras personas donativos de alguna consideración, tal el de un mil suces dejado por el doctor Rafael Quevedo. Las señoras doña Ana y doña Mercedes Páez legaron su cuantiosa fortuna para la fundación del Hospital de Latacunga. Una casa de beneficencia que se abrirá con el tiempo ha de tener por capital la herencia dejada por la señora M. Tapia y los legados de más de ochenta mil suces del señor don Pantaleón Estupiñán. Una señorita Jácome que poseía una pequeña propiedad la legó al Hospital y una parte de sus bienes los legó el doctor Cajiao para la Instrucción primaria. En Latacunga no he encontrado un sólo ejemplo de bienes dejados para una Basílica o para un Monasterio, o para una serie infinita de misas y responsos como ocurre en Quito; con razón los sacerdotes se quejan de la poca fe que hay en Latacunga, fe que según ellos se debe traducir en donativos estériles para el prójimo, pero muy fecundos para la divinidad.

Hemos tomado en nuestra reglamentación política por modelo a Francia, en sus virtudes y defectos, y ahora así como Francia sufre el malestar causado por la Universidad, también lo sufrimos nosotros, adaptado desde luego a nuestro medio social. La Universidad produce allá socialistas y aspirantes a la división de los capitales; aquí produce políticos y aspirantes al presupuesto. La Escuela Politécnica de París ha dado anarquistas para el patíbulo; la Sorbona, Jefes para el socialismo, y en sus aulas acepta cursos de colectivismo. Nuestras Universidades si no han sido revolucionarias, han sido serviles: universitarios fraguaron la muerte de García Moreno. Descalificados, no comprendidos, abogados sin pleitos, escritores sin lectores, farmacéuticos y médicos sin clientes, profesores mal retribuidos, titulados sin función, empleados incapaces, no sueñan sino en crear, por medios violentos, una sociedad en que serían los dueños. Así se expresa Gustavo Le Bon de Francia, lo cual es lo mismo que decir: abogados sin pleitos, médicos sin clientes, estudiantes fracasados, comerciantes quebrados, militares separados, periodistas sin subvención, políticos sin función, no sueñan sino en derrocar al gobierno para formar otro, cuyo presupuesto invadirían, cuyas tropelías aplaudirían, cuyos crímenes justificarían, después de haber transformado el gobierno a nombre de la honradez y de la libertad. Las Universidades ecuatorianas han suministrado alto porcentaje de esos elementos nocivos para la sociedad, dañosos para la Patria, porque si acaso han sabido educar, no han sabido formar caracteres, formar hombres, única tarea de veras útil y provechosa.

Sin hablar por ahora de las reformas no digo necesarias porque todo el mundo lo sabe, sino fáciles que, sin aumento de gasto, podría hacerse en la Instrucción Pública, sin herir el afán por el Colegio y la Universidad, voy a demostrar que pudiéramos tener el mismo número de estudiantes con una suma menor de dinero. ¿Cuánto cuesta cada estudiante del Colegio Olmedo de Portoviejo? Aproximadamente \$ 220 anuales. Si le damos en Guayaquil una beca con \$ 20 mensuales, en los diez meses de curso, dejando que el sostenimiento de vacaciones lo haga con lo que habría gastado viviendo en su casa, tendríamos una economía de 10.000 sucres a la que habría que añadir la de los edificios. ¿Cuánto cuesta un estudiante del Colegio "Nueve de Octubre" de Machala? Cuesta 354 sucres. Si hacemos lo mismo que con los del Olmedo tendríamos una economía de 8 662 sucres, que no es poco. Siguiendo el mismo sistema con los estudiantes de Guaranda y dándoles una beca en Riobamba, ahorraríamos 3.438 sucres. Si lo mismo hacemos con los estudiantes de la Facultad de Derecho de Loja, a los que les damos una beca de 30 sucres mensuales en Cuenca, obtendríamos un beneficio de 4.800 sucres. Con los 26.900 sucres resultantes de las pequeñas economías apuntadas, tendríamos ya para alimentar un embrión de Instituto Agrícola. Llamo la atención hacia el hecho de que estas economías y otras del mismo estilo se pueden hacer respetando los fantasmas tan queridos para los ecuatorianos del Bachillerato y del Doctorado. Ahora si quisiéramos hacer un esfuerzo de voluntad y de inteligencia suprimiendo algunas Universidades y Colegios, para remplazarlos con Institutos Técnicos, estaríamos ya al otro lado de este Mar Rojo en el que estamos dando manotadas de

ahogado, sin encontrar la tabla de salvación. Debemos alguna vez ser lógicos: o hay Universidad sólo en Quito o la hay en todas las provincias. ¿Por qué el estudiante de Cuenca se ha de hallar en mejores condiciones que el de Portoviejo? La facultad de Medicina en Guayaquil está justificada y es una exigencia por la naturaleza del clima, mas la de Derecho sólo debería existir en Quito. Alguien se reirá de las economías que indico, llamándolas de cocina. Pero, por mi parte, estoy más satisfecho al estar de acuerdo en este punto con el espíritu anglosajón que se fija en los pequeños detalles para formar luego el todo, que no con el espíritu español que ve las cosas en sus grandes contornos y hace proyectos generales que luego se quedan en el aire. Nuestra idiosincracia es en este punto absoluta y totalmente española, somos españoles hasta la médula de los huesos. Hacemos, por ejemplo, teorías generales sobre la producción del maíz y no tenemos la paciencia suficiente para sembrar diferentes granos de él, esperar la madurez, recoger separadamente las mazorcas, contar los granos y sacar proporciones acerca de la producción de las diferentes semillas en sus diferentes condiciones; hemos formulado teorías y con ello estamos ya satisfechos plenamente. Hay que unir la práctica a la teoría, también esta última, también la generalización es necesaria, por falta de ella nuestro doctor Andrade Marín es un estadista a medias: se pierde en los pequeños datos estadísticos y no avanza a las generalizaciones fecundas; hace los cimientos de la casa y se instala a vivir sobre ellos.

Tomando como datos siquiera aproximados los que arroja el último imperfecto censo de Quito, podemos notar la sensible progresión del analfabetismo a partir del centro de la ciudad. En tanto que entre las carreras Olmedo, Chile, Bolivia, Venezuela y Sucre, fluctúa para cada cien alfabetos de 20 a 30 analfabetos, en la carrera Cuenca el número de analfabetos sube a 33, en la Cotopaxi a 38, en la Loja a 39, la Quiroga da 40, Galápagos 41, Vargas 43, León 48, Los Ríos 52, Caldas 54, Borrero 59, Salinas 61, Espejo 63, Nueve de Octubre 67 y Ambato 76. Si, pues, en la Capital de la República se llega a la proporción de 18.000 analfabetos por 27.000 alfabetos, es decir el 40% de los primeros por el 60% de los segundos, y tenemos el precísimo dato de la progresión del analfabetismo según nos alejamos del centro de la ciudad, es de suponer que en pleno campo en donde el 99% de la población es india, el 90% es de analfabetos. Si suponemos en 250.000 la población de las que podemos llamar ciudades en las que hay un 40% de analfabetos, siendo el total de los habitantes del Ecuador 2'000.000, resulta que hay un 84% de analfabetismo; los concurrentes a las escuelas son el 4,6% de la población y no el 6% como sostuvo en su Memoria estadística del Centenario el doctor Andrade Marín, partiendo de que la población del Ecuador, es la de 1'300,000 habitantes.

La condición de los jornaleros del campo creo que en vez de mejorar ha empeorado desde 1890 a 1910, o por lo menos no ha mejorado. Los datos concretos que siguen se refieren a la provincia de León, pero la conclusión que de ellos se saque puede extenderse a las

otras, porque las condiciones proporcionalmente son las mismas. Los salarios quizá son más bajos en la provincia de León, pero también es más barata en ella la vida. Un peón que a más de tener su ración ganaba en 1890 cinco centavos por tarca, tenía trece reales al mes y podía comprar un tercio de papas en cuatro reales, tres libras de sal en dos reales, una cuartilla de cebada en tres reales, un almud de maiz en otros tres y le quedaba un real para el gran placer, raro desde luego, de comer 16 grandes allullas. Ahora el jornalero que tenga huasipongo gana un real diario, o sea 26 al mes, y con ellos no alcanzará a comprar un tercio de papas en doce reales, una cuartilla de cebada en ocho reales, un almud de maiz en seis reales, y los precios que apunto son los más bajos que se ven, ya no podría, pues, en la hipótesis que examino comprar sal ni darse el lujo de comer pan. De ahí deduzco que la posición del indio no ha mejorado con el transcurso del tiempo. Todo hombre que sea medianamente observador o que esté al corriente de las conclusiones generalmente aceptadas por los sociólogos convendrá en que no se puede mejorar el estado social de un pueblo o de una clase a fuerza de leyes y reglamentos. La fe en la ley omnipotente, es un prejuicio de nuestra educación latina, pero Francia ya ha aprendido mucho desde la época en que sus legisladores revolucionarios imponían a los franceses la obligación de ser buenos y felices. Aun cuando las leyes, pues, señalasen un alto salario para el indio, esas leyes no tendrían efecto porque las leyes naturales de la economía son más poderosas y se imponen siempre. El trabajo del indio vale poco porque produce poco, mejórese la agricultura y entonces produciendo más y mejor el suelo, el indio, sin que las leyes lo ordenen, percibirá

un salario mejor. No hay que olvidar jamás que la naturaleza física y social es una cadena de causas y efectos, y que no podemos emprender en una obra aislada en este mundo uiversal de influencias. Hay que atender al engranaje de las cosas y de las necesidades y no a la red de las buenas intenciones y a la lógica de las ideas generosas.

Entre el salvajismo y la civiliztción moderna hay un hondo abismo que no puede ser llenado sino por la religión cristiana. El Jesuíta es el más educado para traer al salvaje desde su guarida hasta las puertas del templo del progreso. La expulsión de los jesuítas nos hizo por ello un daño que no nos hubiera causado la expulsión de las órdenes mendicantes. Hasta en esto erró lastimosamente la política española. Ahora cabría preguntar si el Jesuíta querría cooperar con un gobierno que se llamase libre pensador, para traer a los salvajes a la civilización por medio del cristianismo.

Un estudio de los Presupuestos de diversas naciones me ha llevado a descubrir que en Guerra y Marina Francia gasta por cabeza 2,080 francos; Inglaterra 1.925; Alemania 1.245; Rusia 1.025; Italia 800; Austria Hungría 705; y el Ecuador 362. Estas cifras nos demuestran que es bastante lo que gastamos en la milicia y ello no deja de ser halagador; por desgracia, la milicia ecuatoriana es milicia partidarista y no nacional; es milicia corrompida y no disciplinada; es, en una palabra, milicia que mata las instituciones republicanas dentro del país y que sólo sirve para un fracaso fuera de él.

Regenerar la milicia ecuatoriana, haciendo de ella milicia de veras nacional y no instrumento al servicio de los partidos; es obra de urgente necesidad y la única que traerá mejores días para la patria.

Los ecuatorianos sentimos una innata necesidad de tutela gubernativa generada por nuestra incapacidad para gobernarnos. A este respecto estamos todavía en los tiempos heroicos de Grecia y Roma; estamos en los tiempos primitivos en los que, como dice Montesquieu, son los individuos los que forman al Estado y no el Estado el que forma a los individuos. Sentimos la necesidad de un caudillo, de un salvador, de un héroe como los que nos pinta Carlyle. Queremos siempre encontrar un hombre para darle junto con la suma de todos los poderes la suma de todas las libertades a las que renunciamos gustosos. El estado descrito nos recuerda las teorías filosóficas acerca de la Historia forjadas por el gigantesco genio de Hegel. Cree este insigne autor que el progreso de la humanidad presenta tres aspectos: aquél en que sólo uno es libre, aquél en que muchos son libres y aquél en que todos son libres. El primer aspecto o tipo pertenece a las civilizaciones de Oriente, el segundo a Grecia y Roma, y el último es característico de la civilización contemporánea. En el Ecuador estamos todavía en la época en que un nombre resume toda la labor social; la historia ecuatoriana es la historia de Flores, de García Moreno y de Alfaro. Estos nombres significan épocas históricas, tanto como Hércules, Teseo o Rómulo; épocas en las cuales la masa social es o pasa como si fuera nada.

X

En la vida política del Ecuador podemos hacer una distinción bien marcada entre guerras civiles propiamente dichas, que han afectado hondamente al país en sí mismas y no sólo en sus consecuencias, tales como el cambio entre buenos y malos gobernantes o viceversa, y revoluciones o cuartelazos, que más bien han determinado sólo un cambio de personal y una beligerancia más corta y más superficial. Verdaderas guerras civiles han sido la del año 35, la del 45, la del 83 y la del 95. En los 30 primeros años de vida de la República separada de la Gran Colombia, a más de algunos cuartelazos y revoluciones sofocadas, hemos tenido tres guerras civiles de importancia y en los cincuenta años posteriores sólo dos de ellas. Ahora bien este fenómeno es explicable si se tiene en cuenta que como efecto de la guerra de la independencia debía producirse, y se produjo en realidad, una muy grande desmoralización; efecto de esta son las guerras civiles, las que a su vez producen mayor desmoralización, de suerte que las guerras civiles respecto de la desmoralización de un país actúan como efecto y como causa a la vez. Los primeros treinta años de historia ecuatoriana son tristemente corrompidos: opresiones, peculados, robos, la llenan toda entera; apenas si deben exceptuarse las administraciones de Rocafuerte y la de Noboa, más el primero no pudo sacudirse de la negra tutela de Flores y el segundo fue tan débil y tan inadaptado que a los pocos meses de haber aceptado el poder hubo de volver a la vida privada. Nunca como respecto de la primera época de nuestra historia tienen tanta aplicación las palabras de Taine: "La moralidad de un pueblo está tan íntimamente unida a la fijeza de sus costumbres como la del individuo lo está a la regularidad de las suyas; que no hay que ex-

trañarse de ver en las épocas de perturbación y de crisis, a las naciones revueltas por la larga lucha de dos civilizaciones, de dos partidos o de dos ejércitos, señalarse por su excepcional criminalidad”.

Como ley de evolución universal ha demostrado Spencer la de la creciente diferenciación entre los elementos que componen todo agregado, diferenciación de partes paralela a la mayor y más notable integración de las mismas partes en la unidad total, de manera que aumenta la variedad de los elementos a la par que crece la fuerza unificadora de todos ellos. Es la ley de la armonía progresiva: la variedad creciente en la creciente unificación. Esta ley la vemos realizada en la nebulosa, en la tierra, en la planta, en el animal, en el espíritu y también en la sociedad. La mayor y más definida heterogeneización de los elementos nacionales ha ido operándose por fuerza de las leyes naturales, a pesar de la idea siempre vencida de los que creen que la mayor perfección está en la mayor homogeneidad; como si quisieran sostener que la nebulosa es más perfecta que el sistema planetario, o que el confuso cerebro de un jívoro es preverible al cerebro complicadamente organizado del sabio. En las sociedades el fenómeno de la unificación de los elementos sociales se verifica a través de dos períodos: uno puramente negativo en que los elementos heterogéneos comienzan por tolerarse mutuamente y otro positivo en el que estos elementos, sin desaparecer, hacen obra de cooperación y de solidaridad. Este complicado proceso social se verifica lentamente y por la sola fuerza de las cosas; en él obramos como rodajes inconcientes, en medio de rudos frotamientos, de

choques crueles, de dolorosas rasgaduras. Poco a poco vemos trocarse en conciente la evolución inconciente, nos damos cuenta del proceso social y cooperamos en él; observamos cómo se introducen en este mecanismo elementos nuevos y de valor inapreciable, tales como el conocimiento, que es luz, la voluntad que es el aceite suavizador que desgasta las angulosidades hirientes. ¿Qué conclusión podemos sacar de estas verdades sociológicas? A la luz de las mismas podemos apreciar el insignificante error, el absurdo enorme, la aberración inconcebible de los que persiguen la unificación de las conciencias en cualquier orden que sea, en el político o en el religioso. Ahí está la China de hace pocos años, rígida e inmóvil, mientras la vida es variedad y armonía. La ameba es un ser miserable, no tiene órganos, nace y muere; un vertebrado, por el contrario, es organismo de bella complicación, encierra dentro de una fuerte constitución unitaria multitud de órganos bien diferenciados entre sí, todos necesarios y todos fuertemente unidos. Traslademos a la política ecuatoriana estas lecciones de la naturaleza y nos convenceremos de que si no estamos en el momento de la organización social del vertebrado, hemos salido ya por lo menos del de la ameba. Para la constitución del organismo nacional hay muchos elementos; organicémoslos, a cada uno con diferencia de los demás y a todos en el conjunto social. No digamos a lo que es carne de nuestra carne, esta carne no es para mí sino para el fuego. Si no podemos llegar todavía a la cooperación de todos los elementos sociales, sean cuales fueren sus ideas religiosas o políticas, por lo menos fomentemos la tolerancia. Si no tenemos fuerza para hacer algo bueno, dejemos al menos de hacer algo de malo. Seamos virtuosos siquiera negativamente.

El ideal es vida y la vida es fuerza, si no para atacar a lo menos para defender la mayor plenitud del ideal, es decir de la misma vida. Por complacencia interior y por necesidad exterior debemos ser fuertes con la fuerza que requiere el medio ambiente internacional en el que vivimos. Estamos en un período de formación, de crecimiento nuestro y de los grandes organismos que nos rodean. Líbrenos Dios de querer matarlos, pero líbrenos también de querer conciente o inconcientemente dejarnos matar. La mayor suma posible de vidas, y la más intensa e íntegra manifestación de cada una de ellas, es la fórmula de todo crecimiento social ordenado.

Los verdaderos directores de nuestra vida política y social no han sido todavía, pero llegarán a serlo seguramente algún día, las ideas y los sentimientos; hasta ahora han sido y son directores los instintos, las pasiones y los personalismos. No creo con el autor de "Idola Fori" que nuestros partidos llegan a veces a la categoría de escuelas filosóficas. Quizá en Colombia haya acontecido así alguna vez, pero en el Ecuador los programas políticos en manos de los hombres que nos han gobernado han sido el "poncho" con que se llama la atención del toro hasta arrancarle la "colcha".

La vida más profundamente sentida, más profundamente amada, más extensamente manifestada de todos y cada uno de nosotros dentro de los organismos secundarios a que pertenecemos, y de cada uno de estos organismos dentro de la sociedad americano-latina, de ésta dentro de la raza, y por fin de ésta última en los ám-

bitos de la humanidad, es el ideal que sugiere la Historia y evoca el porvenir en los momentos presentes. Ideal amplio, vasto, demasiado grande, demasiado elevado para nosotros en el actual momento histórico. Tenemos que tomar en esa gradualidad natural de las diferentes facetas del ideal humano nada más que aquello para lo cual bastan nuestras fuerzas. Decididamente pequeña o nula es nuestra influencia directa en el concierto universal de la humanidad: quizá poco podemos hacer en pro de la raza; algo somos en el consorcio latino-americano, pero por poco que hagamos como infranacionales dentro del organismo nacional y con dirección sólo a él, ya esa labor, por la ley de las correspondencias universales, reflejará siquiera sea débilmente, en el continente, en la raza, en la humanidad. Amemos esta nueva forma de inmortalidad que nos ofrece el conocimiento de las armonías universales; podemos participar de los caracteres de lo infinito por nuestras buenas obras; podemos ser como dioses si nos nutrimos diariamente con el pan del ideal. No mutilemos la vida, no matemos ninguna forma de nuestra naturaleza. Amemos la robustez del organismo que es una faz de la vida; amemos la riqueza del saber que es otra faz; amemos la fuerza de voluntad que es la tercera. Las tres forman una vida completa, que es el ideal, es decir, el sentimiento sintetizador de la vida.

La vida más amplia y más intensa, que determina nuestra historia y exige nuestro porvenir dentro de la convivencia armónica del internacionalismo americano, nos habla muy alto de la siempre diferida conquista de nuestro Oriente, del Oriente ecuatoriano. ¿Podemos

convivir en el consorcio americano renunciando a nuestro Oriente? Este es el gran problema que la Sociología resuelve negativamente. Quizá no existe un derecho abstracto, quizá no existen derechos de origen semi-sobrenatural y quizá, lo que es más, no hacen falta para explicar las leyes de la vida, leyes biológicas y sociales, en una síntesis elevada que llamamos leyes morales; bastarán en tiempos no muy lejanos para satisfacer las exigencias de la conducta. Pues bien, las leyes de la vida nos dicen a grito herido: conquistad el Oriente; organizad vuestra vida sobre la base territorial de modo adecuado, a fin de que podáis tomar parte activa y fecunda en el consorcio americano, en la convivencia universal. ¿Pueden acaso convivir fraternalmente el capitalista y el pordiosero? ¿Hay solidaridad mútua de intereses que garanticen el respeto mútuo? Lejos del afortunado está el pordiosero, que muere en el silencio confundido entre sus andrajos. Y pordioseros seremos los ecuatorianos si no conquistamos el Oriente; pordioseros sentados en medio del desierto a la sombra del triste molle, porque desierto estéril es nuestro callejón interandino como lo ha demostrado abundantemente Wolf. Queda pues sentado muy en claro, que renunciar al Oriente equivale para el Ecuador a renunciar a su vida como Nación independiente.

No siendo posible, ni política ni sociológicamente, resucitar en su forma educativa para el carácter nacional la disciplina religiosa intensa y amplia, como debe ser para llenar ese papel y como la implantó García Moreno, no nos queda sino la disciplina de la escuela rígida y científica y la disciplina de la educación militar

en el servicio obligatorio; alentada esta rigidez por el sugerimiento de ideales humanos, americanos, nacionales, cívicos, domésticos. Observa Fouillé que en Alemania, en la base misma de la enseñanza, se encuentra el concimiento del suelo natal. Se quiere que los hombres de mañana tengan amor al suelo natal, inspirándose muy pronto, en la edad de las primeras impresiones el amor a la Patria. Quiéreseles asociar directamente desde el rincón en que han nacido, desde el lugar donde la familia tiene su cuna y sus muertos, a la obra nacional comenzada por los antepasados y que, gracias a la perpetuidad de la tradición, ha de ser continuada por los decendientes. Mucho podríamos conseguir en el Ecuador si siguiéramos en nuestra enseñanza estas sabias normas de disciplina y de educación.

No es la instrucción primaria, sino la educación de la escuela, del colegio y del cuartel la que triunfó en Sedán, escribe Fouillé. Si desde temprano no habéis acudido a la disciplina, ha dicho el profundo Kant, será difícil cambiar rápidamente el carácter del hombre que se guiará por sólo sus caprichos; y el mismo Kant agrega que la falta de disciplina es un mal peor que la falta de cultura. Con razón el insigne Fouillé concluye: los compatriotas de Kant nos han vencido porque estaban disciplinados, porque tenían espíritu militar, desde la escuela, porque estaban sometidos a la vida de cuartel, habituados a obedecer, a soportar, sin murmurar, fatigas y sufrimientos, a no criticar a sus jefes ni sustituir sus apreciaciones a las órdenes recibidas, a no despreciar, en suma, a la autoridad. Los ecuatorianos, que nos caracterizamos por nuestra indisciplina, ya tene-

mos para lamentar de antemano la suerte que nos tocará el día en que hayamos de convivir con naciones más disciplinadas que la nuestra en el Continente americano.

El carácter que debemos desarrollar por medio de la educación, puede definirse desde el punto de vista psicológico: la tendencia a desarrollar en sí, con la mayor intensidad posible, y a hacer dominar en el exterior, con la mayor extensión que se pueda, su propia individualidad. Lo que constituye sobre todo al individuo es su fuerza de voluntad, y una actividad exuberante, que se coloca ante todo obstáculo con gran dominación, con un espíritu de lucha que siempre se niega a ceder y que quiere ser vencedor a todo trance. Esta poderosa personalidad implica necesariamente una intensa conciencia del yo y un sentimiento paralelo de complacencias en él. Implica asimismo un sentimiento profundo de la responsabilidad personal; la costumbre de contar consigo mismo y no responder más que a sí mismo en sus actos. En ciertos respectos podemos nosotros los ecuatorianos aparecer dotados de poderosa individualidad al presentarnos indisciplinados y rebeldes; pero una voluntad verdaderamente enérgica no excluye la obediencia a la regla, que, al contrario, exige el dominio de sí mismo; por otra parte, indisciplina, movilidad, facilidad en el olvido de las reglas, dificultad para ofrecer una obediencia sostenida y paciente, hábito de contar con el apoyo ajeno, de confiar siempre en otro, de descargar sobre otro la propia responsabilidad, todo esto no constituye un carácter positivo, fundado en la fuerza y en el valor personales; esta es más bien una personalidad negativa por falta de voluntad e imperio so-

bre sí mismo, como también por falta de unión con los demás. Demuestra carácter quien sabe cumplir estrictamente con su deber, e impide así que el encargo de hacerla cumplir restrinja su individualidad imponiéndose por la fuerza.

La devoción en la Costa ha tomado más bien que las vías del ascetismo las de la filantropía y la caridad. Funda escuelas, casas de artes y oficios, asilos de huérfanos; el clero se ocupa en labores de cristianismo práctico, mientras que en la Sierra se reconcentra en los monasterios en una estéril devoción, hace templos, erige capillas, celebra fiestas pomposas y pasa el tiempo en bordar y hacer flores para los altares. En la Costa, en cambio, Mercedes Molina, hija de Baba, educada en Guayaquil, en su amor a Dios recibe la inspiración de fundar su instituto dedicado a la enseñanza de los huérfanos. La devoción de Quito produce una Marianita de Jesús, fragante azucena cuyo aroma, sin traducirse en frutos positivos, se extingue al pie de un púlpito. Muchos pueblos hay en la Costa que recuerdan el nombre de legatarios y donatarios que fundaron Institutos de educación y beneficencia, en tanto que en la Sierra se puede citar el nombre de uno que otro convento, o el de otro que dejó treinta y tres series de misas gregorianas, si ya no es el de aquel que benefició toda su vida a una iglesia. Devotos románticos, poetas, políticos cándidos, científicos de gabinete, abogados casuistas, médicos que creen en milagros, ha producido en gran número la Sierra, en contraposición con los filántropos, banqueros, comerciantes, políticos de acción, prácticos y entendidos, con los abogados, sociólogos y médicos realistas que ha fecundado la Costa.

Entre los historiadores y sociólogos han discutido tenazmente en Italia, con el entusiasmo que inspira el amor o el odio a la Iglesia, tan agudamente perfilados en la patria de los Papas, acerca de si el Papado corrompió a la Italia anterior el *resorgimento*, o fue la Italia corrompida la que influyó en el Papado. Problema análogo pero no idéntico puede plantearse entre nosotros. No hablo de corrupción sino de vivir monástico. Ha sido el ambiente montañoso, aislador, reconcentrador, el que dió alientos pujantes a la vida monástica, o fueron los monasterios, con su ejemplo, con su influjo impalpable pero real, los que nos volvieron a nosotros monjes aislados, muy rezadores, murmuradores, bastante ociosos y un poco chismosos? El influjo es recíproco, diría algún sociólogo, acostumbrado a conciliar las exageraciones nacidas de un examen incompleto del problema. La evaporación causa las lluvias y éstas preparan la evaporación. Un ambiente cálido derrite el hielo y éste roba calor al ambiente. Así en lo físico como en lo moral hay un cambio continuo de influencias y una tendencia al equilibrio de las energías.

SOBRE GARCIA MORENO

Propóngome escribir un libro sobre García Moreno, cuyo índice sería el siguiente: Datos biográficos.—Su política gubernamental.—Su política religiosa.—Su política pedagógica.—Su política económica.—Su política internacional.—Conceptos emitidos acerca de él.—Conclusión.

De acuerdo con este Índice, desarrollaré las Tesis siguientes:

En el Capítulo II.—El despotismo tiene su justificación en las tendencias de la raza de educación latina; en la abulia del pueblo ecuatoriano cuyos cuatro quintos son de raza indígena incapaz para la acción; en la falta de preparación para la vida democrática, falta de capacidad y de honradez; en la anarquía descomunal que levantó la cabeza en los últimos años anteriores a 1860. En la historia de América se nota el contraste entre las necesidades nacionales, creadas por la natural evolución sociológica que nos pone muy retrasados respecto de las naciones europeas y las aspiraciones de ce-

rebros que, en vez de sentirse del medio ambiente y apreciar sus riquezas, están empapados en sentimientos e ideas europeas, actuales sí, pero precipitadas para América: este hecho es palmario en el partido de oposición a Bolívar, y en el de oposición a García Moreno.

En el Capítulo III.—El principio religioso es la única forma de la idealidad de las masas. El catolicismo es una gran escuela de disciplina interior, que es indispensable a toda voluntad. La religión era uno de los pocos lazos de la nacionalidad ecuatoriana; el poder civil es más fuerte mientras más se une al religioso y el poder civil tenía necesidad de ser fuerte. El catolicismo es una fuerza de cohesión política. Los caracteres sociológicos de nuestra patria son aún, y con mayor razón eran antes, los que la Europa tenía en la Edad Media; en la política Europea de entonces, especialmente en la de Napoleón III, había una reacción hacia el catolicismo. Los pueblos de educación latina tienden entre sus caracteres al catolicismo, es decir, al universalismo, y además al Estado católico religioso o al anticatólico y antireligioso, pero no al Estado verdaderamente neutral.

En el Capítulo IV.—En la política pedagógica de García Moreno se halla la unión de lo ideal y de lo real; el arte y la ciencia; el clacisismo y las tendencias positivas. Trató de dar carácter nacional al arte y a la ciencia; puso en armonía la enseñanza y la vida. Abrió las puertas de Europa para los jóvenes ecuatorianos y las del Ecuador para los sabios europeos.

En el Capítulo V.—En la política económica de García Moreno hay que distinguir la política económica fiscal y la nacional. En la fiscal rebajó los impuestos, fué mesurado en los gastos y estricto en la honradez. En la nacional, fecundó las verdaderas fuentes de riqueza, modificó las formas de trabajo; atendió al primer elemento del factor económico: el indio; protegió la agricultura; abrió y mejoró las vías de comunicación. Las medidas de García Moreno en este terreno no fueron paliativos, sino hondamente regeneradoras.

En el Capítulo VI.—En lo internacional tiene García Moreno errores, que aunque pueden explicarse, no se justifican ni invocando las condiciones de su tiempo. Errores y errores inexcusables son sus propuestas a Trinité, sus pactos con Castilla y sus guerras con Colombia.

En la conclusión demostraré que García Moreno fue hombre de Estado en la acepción de la palabra: sabio, activo, patriota, enérgico, conocedor y respetador de las fuerzas nacionales, creadas por la historia; entusiasta y mediador, soñador y realista; su absolutismo no fue matador, sino al contrario preparador para el ejercicio de la libertad nacional; no fue un déspota ilustrado sino más bien sabio, omnicomprendivo y no unilateral. El concepto relativista con el que, si no queremos errar, hemos de juzgar de las cosas y de las ideas, del universo y de la historia, de los hombres y de las instituciones, debe inspirarnos sentimientos de tolerancia y de solidaridad, de amor a lo mejor y a la acción

eficaz. Con un concepto así relativo circunstancial hemos de juzgar a García Moreno y hemos de aquilatar su obra.

Para apreciar en lo que vale la obra de García Moreno precisa considerar los intensos y extendidos males que sufría el Ecuador antes de su Gobierno. El Ecuador podía compararse a una ciudad pobre entrada a saco por insaciables soldados que se renovaban incesantemente. Un hombre que quiere con toda la firmeza de su alma grande salvar a ese pueblo empezará por pregonar la libertad a cuyo nombre tantos crímenes estaban cometiéndose? Comenzará por proclamar el derecho a la revolución cuya perpetua víctima era el pueblo? Reconocerá sagrada la vida de los que se preparan a sacrificar a millares de sus semejantes? Mandará a rodar a la Iglesia único aunque degenerado baluarte de moral de disciplina y de consuelo encontrado en ese mar de desolación?

García Moreno recogió con poderosa mano las últimas fibras de vitalidad que existían en capacidad de regenerar a la nación. Se dice que tuvo instintos sanguinarios, pero para probarlo habría que mostrar un solo asesinato perpetrado en los últimos años de su administración. De existir tal instinto en García Moreno se habría perfeccionado en su naturaleza con el ejercicio de su función y nunca hubiera sido tan poderoso y manifiesto como en los últimos años de su gobierno. Dejó de matar porque vió que ya no exigía víctimas necesarias la salud del pueblo. Se objeta que aún explicán-

dose el fusilamiento de los cabecillas no se explica el de anónimos subalternos desarmados y hechos prisioneros. Mas hay que tomar en cuenta que era necesario el escarmiento entre los que llamaban y los que seguían porque si los cabecillas corrompen a las multitudes, también las multitudes corrompidas se forjan cabecillas. Imposible era prescindir del escarmiento en los provocadores y en los que se dejan provocar, para matar el mal en todo complicado sistema de raíces.

La política de García Moreno, tal es mi sincera convicción, a excepción de sus guerras con Colombia, política eminentemente nacional, debería ser el programa del pueblo ecuatoriano desorientado ahora entre contradicciones repetidas, perpetua imprevisión y desconocimiento completo de su misión y de sus fuerzas, advirtiendo desde luego que aún cuando el fin, el ideal, es invariable, los medios tienen que variar como han variado los tiempos y que ya no se podría exigir para el ejercicio de la ciudadanía la calidad de católico, porque también fuera de esa religión hay muchos corazones sinceros en su patriotismo, firmes y sanos en su moral, clementes no despreciables en la tarea de la regeneración nacional.

Fuoi llé para alentar a la decaída España dice que felizmente en nuestra época gracias a la experiencia adquirida y al concurso universal, los cambios que en otro tiempo hubieran exigido siglos, pueden realizarse ahora en cincuenta años; ni más ni menos aconteció en el Ecuador en tiempo de García Moreno. En menos de

tres lustros este insigne gobernante nos había hecho pasar desde las formas más primitivas de la política a las más avanzadas, a las que nos hacían presumir la llegada de formas sociales y políticas tales como conviene a un pueblo civilizado. García Moreno nos hizo pasar por lo que los pedagogos llaman enseñanza abreviada, consistente en hacer llegar al discípulo a un descubrimiento o invento al travez de todas las formas genéticas de ese invento o descubrimiento.

Los fanáticos de todo orden han acumulado grandes ruinas en el país. Tan fanático es el que grita vivan los frailes como el que grita mueran los curas. Seamos católicos, seamos librepensadores en hora buena, pero comprendamos alguna vez que si no hemos llegado a ella debemos iniciar una era económica, social, nacional, artística, liberal en el verdadero sentido de esta palabra. Tengamos un ideal neutro para nuestra vida pública, un ideal nacional que nos entusiasme en común haciendo de todos los espíritus un ardiente, inteligente, incommovible espíritu nacional. Aceptemos como García Moreno para la labor común todas las energías que son ya nacionales, vengan de donde vinieren, sea cual fuere el credo religioso de donde procedieren.

El pueblo ecuatoriano después de haber soportado a los tiranuelos de los últimos tiempos, cuyos crímenes no se justifican en el amor a la patria, tiene de aceptar en justicia toda la grandeza de García Moreno. Si todo su sistema de política era para el pueblo y para la patria ¿no tenía derecho a la vida de alguno que se opu-

siera ciego y escandalizador a ese sistema? ¿No acusa por ventura, sentimientos de un humanitarismo demasiado primitivo y una razón demasiado rudimentaria el que vocifera contra la muerte de un hombre, porque le entra por los ojos la impresión de la sangre, mientras se muestra frío ante las terribles consecuencias que habrían venido de conservar la vida de ese hombre, consecuencias que no pueden mostrarle sino la reflexión, el cálculo y el conocimiento de todo o gran parte del sistema social? La previsión social requiere indudablemente sentimientos rectos y razón elevada, que los tuvo García Moreno y que no los tienen sus detractores. García Moreno fué un político y no un místico fanático. Su ideal era la patria y entre los medios, adecuados al tiempo y a la sociedad en que debía actuar, junto con la ciencia y los ferrocarriles encontró la religión que le puso al servicio de la patria. García Moreno no sacrificó la patria a la religión. Que no fué un fanático lo prueba toda su vida: reforma al clero, multa a Obispos, toma la riqueza de los templos, pone a raya a representantes del Papa, abandona una procesión cuando recibe noticias de alta política y nunca en su horario sacrifica el gabinete al oratorio. Antes de lanzarse a conquistar el porvenir comenzó por embeberse en el espíritu de su tiempo; conoció que el presente es el generador del porvenir: vió clara la cadena de las causas y los efectos; contempló la evolución necesaria de la sociedad, cuya ruptura quiere decir desequilibrio. ¡Acaso no son una política sabia, una pedagogía acertada las que afirman que en la educación así de los pueblos como de los individuos hay que reproducir en pequeño la educación total de la humanidad? La misma naturaleza orgánica ¿no está diciendo que el desarrollo biológi-

co del individuo u ontogenia es una reproducción abreviada del desarrollo de la especie o filogenia? En el individuo como organismo hay hambre y amor, en la sociedad tradición e imitación. En la vida del Estado hay liberales y conservadores, conservatismo, tradición y hambre desempeñan un mismo papel en la economía del universo, así como amor, moda y libertad forman el contrapeso necesario de ese otro orden de fuerzas. En el individuo como miembro de un Estado tiene que haber un principio de disciplina u orden y otro de libertad o progreso. La libertad supone la disciplina; aquélla sin ésta muere en los brazos del torbellino revolucionario.

Ahora bien ¿qué fuerza más adecuada, más claramente determinada por la historia para producir esa necesaria disciplina que una religión purificada y ennoblecida como la religión católica después de la reforma de García Moreno? Un despotismo laico habría podido imponerse por el terror únicamente y obrando en el exterior del individuo; no habría podido organizarse como elemento interno de él. La disciplina que se necesita en una República particularmente debe ser interior, debe nacer del alma, de la severidad de las conciencias, del dominio propio; y esto no pueden imponerlo sino la religión o una filosofía seria y elevada, filosofía de la cual son incapaces aún hoy las masas de pueblos mil veces más cultos que el nuestro. Pero se dirá que en aras del principio de disciplina García Moreno sacrificaba el principio de libertad, tan necesario como aquél. A lo que respondo que la libertad no nace mediante una declaración de la ley o la generosidad de los regla-

men rolígiioso, militar y duro, a confundírse por generaci3n insensible en la nueva fase ético-econ3mica. Spencer no está muy lejos de esta manera de pensar cuando cree que el proceso va del gobierno militar al civil, del régimen autoritario al libre industrialismo. García Moreno fecundaba todos los gérmenes de las épocas evolutivas que debían sucederse en el país, puesto que ponía a la Nación en capacidad de gobernarse, de ser libre, rica e industrial. Cayó este grande hombre y retrocedimos a los primeros tiempos de los gobiernos duros y autoritarios, pero con una diferencia enorme: estos gobiernos no preparaban el terreno de la evolución futura, tenían como lema que el pueblo no estaba en aptitud para gobernarse por sí mismo, pero nada hacían para que se pudiera gobernar en lo futuro. García Moreno trató el Ecuador como un padre que educa cual conviene a un hijo que un día será hombre, los gobiernos posteriores nos han tratado como a pupilos cuyo pupilaje convenía que fuese eterno.

Si el progreso es un aumento de saber en cantidad y calidad, si consiste en un aumento de riqueza y comodidad por cabeza y para el mayor número de individuos, si el progreso consiste en el aumento de la suavidad de las costumbres, mayor justicia y más respeto a la palabra dada, si consiste en el creciente respeto a los derechos individuales, seguramente no hemos tenido en el Ecuador otro gobierno tan eficazmente progresista como el de García Moreno. Rocafuerte estableció ciertamente un régimen fuerte y progresista, pero no se penetró del espíritu nacional para tener en cuenta los hechos existentes. Más amigo de teorías que de la realidad,

educado en un ambiente extraño, tenía fe de escolar en los libros; fracasó en muchas tentativas y su obra, fuera de algunas leyes que subsistieron, duró lo que su permanencia en el Poder.

Todo individuo es un producto social, es un exponente del medio. Así García Moreno es el exponente más alto de la Costa y Montalvo de la Sierra. Si fanáticos ambos, el primero es fanático del hecho, el segundo de una idea; el primero deduce el hecho de la idea, el segundo quiere del ideal deducir el hecho; el primero ama a su patria y quiere engrandecerla aprovechando de las fuerzas sociales que existen; el segundo ama también a su patria y para engrandecerla se forja un sistema de fuerzas que no existen. El primero es organizador, preciso; el segundo soñador, diletante. Pero quien organiza no puede estar desprovisto de ideal y no lo estuvo García Moreno: hambre de grandes y fecundos ideales volaba con la imaginación, pero volaba gracias a su fe en la ciencia, en los ferrocarriles, en la milicia, en las carreteras, en todos los elementos positivos del progreso. No era un Sancho ni un Quijote, era un hombre y un grande hombre, a cuyo lado su rival aparece como un brillante retórico de generoso corazón, pero vacío de sistema, de doctrina y de ideales concretos; retórico tristemente infecundo o quien sus devotos hacen mal en atribuirle como mérito la muerte de aquél gobernante.

Todos los griegos ilustrados, escribe Fouillé, que se preocupan con el porvenir, nos señalan las dos plagas

sociológicas que padece actualmente Grecia: extensión del funcionarismo y aumento del ejército de las gentes que no ocupan en la sociedad el lugar que les corresponde. Todo griego cree que la principal misión del Gobierno es darle un destino a él o a alguno de su familia. Hay una serie de funcionarios afiliados a cada partido: los de la oposición esperan la caída del Gobierno para ocupar los destinos de sus rivales; cada partido tiene su personal para cambiar, a su advenimiento al poder, desde Gobernador hasta el último maestro de escuela. Durante este tiempo, qué hacen los de la oposición, cómo viven? Vegetan en la miseria y sin profesión alguna. Algunas familias se cuidan de tener, de entre los que la forman, individuos en uno y otro bando, de modo que por uno u otro lado haya siempre un destino en la familia. En cuanto a los que ocupan el lugar que no deben, en su mayoría son jóvenes instruidos, bachilleres que creen desmerecer continuando la profesión manual de sus padres, los que, a su vez, ponen todo su anhelo en tener un "doctor" en casa.

¡Triste cuadro el trazado por Fouillé de Gracia! Pero más triste aún que nos veamos los ecuatorianos retratados fielmente en él. Continuemos con el mismo autor: Capo de Istra, político previsor, temía la extensión demasiado repentina de la educación moderna, literaria particularmente, en un pueblo arruinado en que la agricultura y la industria carecían de brazos y en donde la retórica estuvo siempre en boga. Preveía el impulso hacia las carreras liberales y el abandono de las artes; se oponía al establecimiento de un excesivo número de planteles de instrucción secundaria; quería

multiplicar las escuelas prácticas y profesionales; quería que la nueva Grecia viviese antes de filosofar. Todos saben cómo algunos fanáticos condenaron a muerte a aquel "enemigo del progreso y de la libertad."

¡Terribles reflexiones estas para el Ecuador! García Moreno tuvo las mismas previsiones y tendencias que Capo de Istra, y le mataron los retóricos y literatos embebidos en Plutarco, calificando a aquel hombre de enemigo de la libertad y del progreso, cuando echaba los fundamentos más sólidos de una y de otro.

POLITICA Y SOCIOLOGIA

Algo nuevo y algo viejo

La voluntad, que es una fuerza de la naturaleza como cualquier otra, según su empleo acelera o retarda la vida de las instituciones civilizadoras y el progreso de las naciones, cooperando u oponiéndose al influjo de los demás factores de la vida. En un clima adverso al desarrollo social, por ejemplo, la voluntad puede trabajar contra ese obstáculo y vencerlo. A la inversa, la voluntad puede dormitar ociosa, siendo una fuerza muerta y en oposición, en un país que, fecundo y con ríos navegables, incite al progreso y favorezca el adelanto de él. Como el clima, los ríos, las minas, las montañas, como la fecundidad del suelo o la fuerza orgánica de los hombres, como la electricidad y el vapor, como todos los elementos del universo, puede la voluntad acelerar o retardar, bajo la luz de la conciencia, al inconsciente crecimiento de la civilización humana. Los hombres hacen la civilización sin proponerse este fin y con sólo buscar la satisfacción inmediata y personal de sus cortos deseos; mas también con una pequeña

porción de la actividad humana, pueden trabajar la conciencia y la voluntad en pro de conseguir algo que su-
pere a las vulgares necesidades del diario vivir.

Las sociedades humanas según lo testifican los hechos y las teorías, la historia y la ciencia, caminan hacia el socialismo por fuerza espontánea e interna. Esta fuerza nace del afán con que los individuos, bajo el acicate de sus inmediatas y prosaicas necesidades, arreglan la normalidad de su vida económica. La naturaleza hace las cosas humanas por debajo de la conciencia de los individuos; pero la conciencia puede prestar su pe-
queñísima cooperación a esa grande e incesante obra de lo inconsciente. El socialismo con estos o los otros matices, ha de venir a ser un día la realidad del mundo humano, con la misma naturalidad con que se dibuja una aurora boreal, o brota una nueva isla en el océano, o se desata un volcán en erupción; pero los hombres pueden consagrar un pequeño fragmento de su acción, de su diaria labor, a crear circunstancias favorables o a destruir condiciones adversas, al apareamiento de esas nuevas formas de organización social.

Este criterio rechaza, pues, como absurdo, siquiera el hablar de tentativas revolucionarias o evolucionistas de inmediata finalidad socialista en las actuales condiciones de la sociedad ecuatoriana. Equivale a arrancar el feto de la entraña materna a los cuatro días de concebido. Mas, si quienes simpatizan con estas realidades de porvenir quisieren limpiar la senda de su advenimiento, están en el caso de acelerar la evolución social de la burguesía, ya que en la entraña de ésta; y sólo así, viene el germen del proletariado. No se puede hablar de lucha a muerte a la burguesía naciente, porque con ella se mata el fermento del socialismo. Sin

la tesis de la burguesía no se forma la antítesis del proletariado, para emplear términos de Hegel. Al contrario es preciso que los ricos se enriquezcan más, que asciendan más a la cima alejándose de la llanura donde vegeta la multitud desheredada, que el capital se vuelva más grande y mas soberbio, que el industrialismo lo cubra todo, que la máquina expulse de su taller al obrero, que el sistema del salario agote todas sus formas posibles. Es preciso que el régimen burgués despliegue todo el programa de su existencia, que se desarrolle y madure hasta donde su naturaleza lo permite, que acelere su vida y se precipite en la decrepitud y la vejez. Por otra parte, es necesario ayudar al departamento viril en los obreros de su conciencia de clase y de un sentimiento noble de su dolorosa situación. Que la clase obrera reconozca sus derechos y los vaya conquistando robustamente, sin mendigar reformas de beneficencia capitalista, mendrugos del banquete burgués, generosidades señoriales que no hacen otra cosa que castigar la conciencia varonil de las clases explotadas.

Nuestra burguesía

Grandes milagros de progreso ha realizado en el seno de la civilización contemporánea el egoísmo valeroso e inteligente de la explotación burguesa.

Talvez, talvez el egoísmo ha traído para el mundo más bienes que el altruísmo.

Grandes y renovadoras empresas de intereses enteramente particular elevan el nivel económico de las



multitudes, y derraman bienestar sobre sinnúmero de hogares y familias. También el egoísta es un apóstol del bien.

El gobierno de una gran empresa exige más talento y laboriosidad que el gobierno de muchos Estados americanos.

Una empresa de vasta especulación exige previsión e inteligencia, paciencia y energía, para organizar el plan, coordinar los medios, allegar los recursos y ejecutar los detalles.

En tanto el egoísmo raquíptico de nuestros raquípticos hombres hace obra minúscula de codicia y nula de progreso; vive de roer los huesos de una paupérrima e ignorante explotación. Nuestros especuladores no se distinguen por otra inteligencia que la de los planes rudimentarios, por otra previsión que la de los fines inmediatos; no por la energía para vencer los secretos de la naturaleza y las murallas de la rutina, sino por la que se estrella contra los débiles y los miserables sobre el cauce de envejecidos privilegios. Primitivos en nuestras concepciones, no tenemos la inteligencia de los planes vastos y los fines lejanos, mientras "sólo somos capaces de progreso en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez más distantes de nosotros en el espacio y en el tiempo", como dice el Ariel de Rodó.

Los primeros comerciantes que fueron a contrarrestar sobre un plan meditado el comercio de Iquitos en las selvas que, con pasivo orgullo, llamamos patria ecuatoriana, fueron unos hijos de la Siria. Los empresarios del henequen mejicano han construído ferrocarriles en Yucatán. Sociedades agrícolas en el Brasil sostienen institutos y estaciones agronómicas. Un ciuda-

dano colombiano ha hecho por la industria de la Capital lo que no han hecho cien capitalistas de iguales condiciones económicas. El Perú debe a las casas comerciales de Iquitos lo que Inglaterra a la compañía de la India: los Arana de aquí son el Warren Hastings de allá. Mucho debe la ciencia a los sabios que los industriales mantienen en sus fábricas y un nuevo descubrimiento, químico por ejemplo, equivale al descubrimiento de un mundo.

El dinero de las burguesías inteligentes es la vara mágica para producir el progreso. "La burguesía desde su advenimiento ha creado por sí sola fuerzas productoras, escribe el autor del "Manifiesto Comunista," más variadas y colosales que todas las generaciones juntas. Dominando las fuerzas de la naturaleza, introduciendo las máquinas, aplicando la química a la industria y la agricultura, empleando la navegación a vapor, los ferrocarriles, los telégrafos, descuajando continentes enteros, canalizando los ríos, rompiendo los istmos ha hecho surgir como por encanto poblaciones enteras. ¿Qué siglo de los precedentes hubiera jamás soñado que parecidas fuerzas productoras estuviesen latentes en el seno del trabajo social?"

¿Y nuestra burguesía qué ha hecho, que hace? Se-co el espíritu, petrificado el cerebro no comprende las ventajas personales del progreso de la agricultura y la industria. Hace consistir toda la civilización en el sombrero de moda y los *meetings* de carreras. Nuestras clases directoras reciben influjo remoto y lejano de las ondulaciones de la vida moderna en lo que tienen estas de más adaptable al muy inferior grado intelectual y moral de ellas. Así nuestro estado presente tiene el

contraste de los estados de alma y condiciones sociales de la Edad Media en las clases inferiores y los matices viciosos de la refinación presente en las clases altas. Pueblos medioevales son los nuestros víctimas de una especulación que en su técnica de trabajo es anticuadaísima y en sus pretensiones de lucro tiene la ansiedad moderna. Tullida de espíritu nuestra burguesía es incapaz de las renovadoras iniciativas de la explotación civilizada. Los Bancos, que representan el summum del poder burgués, se quedan a las ganancias usurarias que les dan los gobiernos con sus despilfarros mantenidos a fuerza de empréstitos de millones de billetes, billetes emitidos sobre la garantía del Estado y sobre los cuales el Estado paga altísimo interés a instituciones que no han desempeñado más función que de emisoras de billetes de papel.

Los bienes eclesiásticos

La modificación en la conducta del liberalismo tendiente a permitir la formación de los concejos municipales por libre elección popular, aunque reforma práctica de gran sentido liberal, brindaría sus provechos inmeditados al partido conservador, quizá hasta el punto de poner en peligro la supremacía política del partido autor de la concesión. Parecería una reforma liberal inspirada en motivos exclusivamente conservadores, cual pasó con la reforma tocante a la representación nacional, llevada a cabo por la Convención del 61. Hasta entonces, según todas las Constituciones anteriores, el Po-

der Legislativo se formaba de representantes enviados en igual número por los tres antiguos Departamentos, en que, sólo para este objeto, se conservaba dividida la República. Cada uno de los Departamentos de Quito, Azuay y Guayas elegía seis senadores y diez diputados. Así el de Quito compuesto de las provincias del norte y del centro, e igual en población a los otros dos juntos, quedaba supeditado a estos. García Moreno, que para su predominio contaba con la población de aquel Departamento, fue quien presentó e impuso la liberal reforma de la representación en el Senado por provincias, y en la Diputación por número proporcional al de los habitantes. El conservatismo ponía a su servicio una teoría liberal.

Por tanto la tal reforma al principio enunciada, se presenta inaceptable para el régimen liberal, cuya existencia fracasaría. La libertad de elecciones sería para la Iglesia Católica, una libertad más de las que gozan los credos religiosos dentro del Estado laico. El clero espontáneamente pondría mano en la política. Los políticos conservadores se valdrían del clero. Esto no debería causar dolor a los que profesan el credo liberal. Liberalismo es libertad hasta para los que no saben conceder la tolerancia, aún para los intolerantes, igualdad para toda propaganda y enseñanza, sufragio para todo ciudadano.

Esto en lo tocante a las personas. En cuanto a los bienes, claro está que la cosa es distinta. La nacionalización de los bienes de toda Iglesia es la contrapartida de la libertad personal. Es un principio indiscutible entre liberales. La discusión con los adversarios es inútil. Ha durado cien años, y puede, sin resultado, durar diez veces más. El liberalismo lo practica siem-

pre que se halla representado por hombres que como prenden la responsabilidad histórica de su doctrina. Entre nosotros se han tomado medidas tímidas. Se han dictado al respecto leyes incompletas y la práctica ha sido más incompleta aún. El Estado recogió las haciendas de conventos y monasterios y no las de las curias, ni los edificios urbanos de los mismos conventos y monasterios, como lo hizo el liberalismo en Colombia y lo ha respetado el actual predominio conservador. De oficinas ministeriales, palacios de justicia, cuarteles sirven en Bogotá los edificios antiguamente monásticos.

El Estado entre nosotros concedió la congrua sustentación a los religiosos existentes en los claustros y que, por su dote, mereciesen tal concesión. Resultó que todos merecían esta concesión, y todavía más, que desde entonces de los sacerdotes y monjas existentes al tiempo de dictarse la ley (1908), *no ha muerto ni uno solo*. Seguramente gozan de una doble eternidad: la de su cielo y la del presupuesto de Beneficencia. Los institutos de clausura y vida contemplativa deben extinguirse con la muerte del personal que existía en aquel año, y desde ese año la muerte ha dejado de atravesar los claustros religiosos.

A los liberales, para desamortizar todos y completamente los bienes eclesiásticos, les queda, si es que la poseen, la fuerza de sus convicciones y doctrinas, y la fuerza de la ley y del Estado de que disponen ahora. Para la otra tarea, la tarea principal de dezamortizar las conciencias, tienen los liberales, al igual que los individuos u organizaciones de cualquier otro credo o doctrina, la fuerza de la educación y la propaganda, de la escuela y la prensa.

Lo económico y lo económico

El factor económico: he aquí la causa última en el proceso de los fenómenos sociales, y cuyo enunciado es el principio científico de una explicación racional del progreso y la civilización. Sobre ese factor y recibiendo de él su savia y modelación viven los pueblos su vida política, su vida religiosa, su vida científica, etc.

Esta causa ha obrado siempre sobre la sociedad humana, sin que los individuos se den cuenta de ello hasta la enunciación hecha por Marx, así cuando el hombre vivía en las cavernas y los lacustres en lucha con el rinoceronte y el mammut, como cuando Plinio hace veinte siglos con profunda observación exclamaba que *los latifundios perdieron a Roma*, como ahora que la forma capitalista del factor económico determina los caracteres fundamentales de la época presente, desde los modos de vivir hasta las concepciones intelectuales y las ideas morales y jurídicas.

Y la humanidad en la época actual parece que, dándose cuenta de la importancia del factor económico, a más de estar siempre bajo el influjo de él como causa primera, se ha entregado afanosa a perseguir conscientemente en lucha desahogada lo económico, lo útil, la riqueza bajo sus diferentes formas.

La guerra, las conquistas, los descubrimientos, la religión, la libertad, la ciencia, el arte han tenido sus épocas de predilección para el espíritu humano en siglos anteriores, como ahora la sed de ganancia, la fiebre del lucro y bienestar, el ansia de acrecentamiento capitalista.

Relación deben tener entre sí seguramente, pero no hay que confundir el papel del factor económico como

causa social primera y de todo tiempo, con el papel del mismo factor como anhelo predominante de la humana aspiración contemporánea y sobre el cual van las siguientes consideraciones.

La importancia del factor económico era muy escasa en una época en que los pueblos vivían aislados y las diferentes industrias variaban muy poco de un siglo a otro.

Cada Estado, ahora, en sus relaciones con los demás es la proyección de un conjunto colosal de intereses económicos: cada individuo es un problema económico en incesantes variaciones de datos y resultados; cada clase social es el tejido de un gran interés que quiere ser satisfecho o protegido por el Estado.

La propiedad, el capital, la renta, los salarios, las tarifas aduaneras, el impuesto, los Bancos, la producción, la distribución, el consumo, la protección legal del obrero, todos los fenómenos relativos a la riqueza son tesis que en terreno concreto de un problema determinado buscan resolución inmediata, mientras sociólogos, economistas, estadistas, financieros, socialistas, reformadores profundizan las teorías ya no desde el punto de vista metafísico o ideológico como hacía la generación pasada, sino en el terreno de las leyes científicas tanto históricas como sociales. Y prácticos y teóricos se mueven al rededor del universal deseo de adquirir lo más posible con el mejor trabajo, y al servicio de este deseo se ponen la especulación filosófica, la ciencia positiva, la técnica, el arte, la constancia, la energía, hasta el entusiasmo y el sacrificio.

Por la ley de las universales y recíprocas influencias también tenía que envolvernos la ola del fervor

económico o utilitario, y también se ha adaptado como naturalmente tenía que pasar, a nuestras condiciones físicas y sociales de pobreza, ignorancia e indolente pasividad. De aquí han resultado las absorbentes combinaciones que han dado origen a Nacionales Comerciales, Sociedades de Agricultores, Bancos prestamistas al Estado, *trust* de azúcar, remates de impuestos, empréstitos públicos, *argollas* municipales, monopolios, negociados, preferencias de transporte en el ferrocarril, fraudes, en fin, mil formas de explotación.

El espíritu de explotación adaptándose al medio se ha vuelto miserable moral, intelectual y pecuniariamente: en vez de buscar el ancho campo del comercio internacional, ha clavado sus uñas en la miserable producción del país; antes que servirse de las pasiones nobles y enérgicas de los hombres, toma a estos por sus instintos y pasiones más bajos y cobardes; su método no está en despertar codicia sino en inspirar miedo; en vez de ofrecer un tanto por ciento a la laboriosidad, amenaza con restar los sueldos a los salarios del hombre. Indelicadeza se ve en todas las secciones de su torpe organización; ni un rasgo de generosidad, ni un gesto que se traduzca en mejoramiento de las clases subordinadas; no ha impulsado un ápice la industria, el procedimiento comercial, la técnica agrícola; nada hace por robustecer el pecho cuya leche absorbe famélico con estrujamientos de cachorro salvaje. No comprende que mejor que subir los precios es aumentar el campo de los consumos, que el crecimiento de la producción favorece en definitiva a la especulación, que hay gastos reproductivos preferibles a economías estériles, que es preciso arrojar un puñado de maíz a la gallina de los huevos

de oro. Nuestros explotadores de tuétano duro y amargo han tomado de la época presente las pasiones desmedidas y de los publicanos de Roma los procedimientos devastadores y bastardos.

Desde la expansión fenicia y cartaginesa, desde las colonias holandesas y portuguesas hasta el imperio colonial inglés, la preponderancia comercial de Alemania y EE. UU. se debe al interés particular llevado por la corriente del progreso. Y aquí cerca ¿a quién debe el Perú el haber puesto el pie en nuestra región oriental? Las armas del Estado han venido sólo a prestar protección a los intereses creados por las especulaciones particulares.

Y nosotros en tanto vivimos esperando, de gobiernos impotentes para todo, impotentes hasta para mantener en su antiguo plano la vieja rutina administrativa, vivimos esperando la regeneración, la creación de todo.

Observaciones

Según una nota bibliográfica de la prensa diaria, el Sr. Velasco Ibarra, joven de altas cualidades, escribe en un artículo de revista: "El Bolcheviquismo cree que es posible gobernar sólo en beneficio de la clase trabajadora y explotada y mediante la misma clase. He aquí una idea retrógrada. . . . Si mañana se oprime a los que oprimieron ayer la democracia es burlada".

El bolcheviquismo o República social o de los soviets o consejos, como quiera llamarse, implantada en Rusia y todavía en gestación desde hace tres años, es

demasiado actual, se desarrolla a enorme distancia, tenemos de ella tan pocas noticias, y, sobre todo, se presenta bajo tan enormes proporciones, que bien podemos estar mal informados sobre los detalles de su organización, las modalidades de su espíritu, sus formas jurídicas, sus medios de acción, etc. etc. Las pocas noticias vienen de prensa y cable burgueses, vivamente interesados en desfigurar y desacreditar la gran Revolución actual, quizá de mayores consecuencias que la del 89. Para sospechar lo que ella es, tenemos que atenernos a uno que otro dato concreto y, particularmente, a las doctrinas de los promotores y conductores de ella.

Según el socialismo extremista o bolcheviquismo la dictadura del proletariado no es la aspiración final, sino medio transitorio hasta establecer la socialización de todas las fuentes de producción. Los propietarios no son víctimas de ninguna explotación desde que dejan de ser propietarios. Muchos entran a trabajar en la misma empresa que antes les pertenecía y ganan el salario correspondiente a su labor. El socialismo no es enemigo del propietario sino de la propiedad. Todos gozarán de salario pues que el trabajo obligatorio es parte del programa. El socialismo hace desaparecer las clases sociales. Todo el mundo explota la naturaleza y los medios de producción: nadie al hombre. No se puede, pues, hablar de clases explotadoras y explotadas bajo el régimen socialista bolchevique.

Otra observación. "El bolchevique es una idea retrógrada. La historia del Estado es la de los esfuerzos de los oprimidos para participar más y más jurídicamente de la vida política.....La democracia está garantizada por la Historia," dice el señor Velasco.

La historia, lo pasado, ciertamente, garantiza el desenvolvimiento político de la democracia. Y terminado el desarrollo político ¿se cruzará la humanidad de brazos como quien ha concluído su tarea? Viendo estamos que la humanidad no gusta circunscribirse a los límites que le prefija la sabiduría de cátedra. ¿De qué sirve el soberano poder político del *demos*, si el proletario se ve imposibilitado hasta de trabajar cuando los propietarios se proponen, como en Barcelona y Milán recientemente, mantener cerradas sus fábricas? La fuerza evolutiva de la humanidad ¿se agota, por ventura, donde nuestras creencias lo desean? La vida hace sentir que la democracia política no es más que la antesala de la democracia económica. ¿Hemos de creer que por alguna mágica gracia el desheredado a quien se le afirma que política y civilmente es igual al rico ha de darse con esto por satisfecho, mientras se le retuercen el corazón de envidia y las espaldas de cansancio? Las grandes pasiones y las grandes necesidades hacen la Historia. El fin del desenvolvimiento de la civilización no ha de ser tan miserable: crear un rey de burlas. En Rusia, en Italia, en Inglaterra, en Alemania está produciendo el presente algo nuevo y grandioso que la generosa historia ya se encargará de garantizar. Todo es obra de tiempo. Nosotros vivimos en un medio ambiente de primavera social, y se nos hace difícil apropiarnos del estado de espíritu de las masas proletarias de Europa. Somos nosotros mismos medianos burgueses, la industria asalariada está en mantillas, los abismos entre clases están recién formándose, el concertaje no nos choca por el silencio que guarda la insensible raza que lo padece. Nuestra revolución económica es—

tá muy lejana: mal podemos conocer su espíritu, sentir sus latidos. Tiene nuestro pueblo que hacer primeramente conquistas políticas y que volverse más incómodo el régimen burgués.

El señor Velasco afirma que el socialismo bolchevique mata el arte, el cultivo de la belleza, etc., etc. Podemos afirmar que el bolcheviquismo se halla recién nacido y no sabemos lo que hará. Del Programa Bolchevique, de Bujarín, libro publicado hace pocos meses, tomo estas palabras. "Las críticas contra el bolcheviquismo parten de la idea ingenua de considerar la Revolución Rusa como un proceso acabado, como si se encontrase en estado de ocuparse sólo de la obra positiva de reorganización"; y puedo añadir que, no obstante, entre los ministerios de la Dictadura Proletaria hay uno de educación; que a la cabeza del Departamento de Literatura extranjera se halla Gorki; que se está llevando a cabo una intensa renovación en la música; que se sostienen las academias y los museos y que los muchachos de las escuelas y las masas populares están, por primera vez, contemplando, guiados por maestros competentes, las grandes obras de arte y oyendo conferencias y conciertos.

Por último, el señor Velasco, según su biógrafo, afirma que el estado no puede desaparecer porque es inherente a la naturaleza humana para la práctica de la Economía y la Moral. Indudablemente, señor Velasco, sin el Estado burgués, al que se hallan adaptadas muchas costumbres y, lo que es más, nuestros conceptos, doctrinas y formas de pensamiento, no pueden subsistir ni la Economía, ni la moral burguesas. El Estado es el guardián de todas estas cosas. Pero cuando desaparez-

can la Economía y la Moral burguesas, como para mi creencia lo garantiza el porvenir ¿para qué se necesita del Estado? ¿Qué puede parecer este raciocinio? Siempre debe haber guardianes en las cárceles, luego, es evidente, que siempre habrá criminales para guardarles en ellas. Se toma el efecto por causa y el medio por fin. Lo que habría que probar es la perpetuidad de la Economía y la Moral burguesas, para deducir la del Estado, guardián de ellas.

"De lo que era y suponía un régimen de Soviets, ninguno tenía completa idea", decía Werner hace unos meses (Revista España) al hablar de los socialistas bárbaros que realizaron la revolución social en su país a imitación de su vecina Rusia. ¿No serán prematuros, faltos de suficiente base de datos los análisis de publicistas ecuatorianos, tan alejados de Rusia geográfica y espiritualmente? Por otra parte, para juzgar de la República de los Soviets, creación estupenda cual antes no ha hecho la especie humana, creo que no dan mucho apoyo las obras de los juristas y sociólogos anteriores a ella y que ni han sospechado siquiera esta nueva realidad. La ponderación estudiosa de carácter netamente científico, como en otras ocasiones ha presentado al público el señor Velasco, creo que es prematura todavía. Es de asombro, entusiasta en unos, horrorizada en otros, la general sensación por ahora ante suceso tan gigantesco. Más que la inteligencia es la intuición de Bergson que a unos y otros guía: la intuición del pasado y la intuición del porvenir se reparten el dominio de las almas.

Contrastes económicos

Desde el año 14 para acá se ha acelerado algo el tardo paso de nuestro andar económico, favorablemente para unos, desfavorablemente para otros

Los ricos, especialmente los enhacendados por el alza de los productos y los banqueros por los juegos de bolsa, se han enriquecido más, y los pobres por las mismas razones han aumentado su pobreza. Los bancos en sus arcas y en el extranjero tienen millones como nunca, según dicen sus balances, y los propietarios andan especialmente por las calles de Guayaquil, como repetidas veces afirma "El Guante" en busca de trabajo. Los almacenes de lujo están repletos de artículos y clientes que se renuevan constantemente, y muchas familias obreras y pequeños burgueses han suprimido una comida al día. El arrendamiento de las habitaciones en Guayaquil se ha multiplicado por cuatro y en Quito por tres, y en una y otra ciudad hay malestar obrero que se trasluce en vislumbres de socialismo. Casas comerciales han suprimido empleos y arrojado empleados a la calle, mientras los exportadores vendían sus letras al quinientos por ciento. Todo artículo ha triplicado de valor, menos el trabajo, es decir, el suelo y el jornal. Un millón setecientos mil sucres han salido del país el año pasado por calzado, ropa hecha, gorras y sombreros adornados, y tenemos seguramente diez mil mujeres y dos mil zapateros que podían haber trabajado esos objetos. Hay oro para entregar al extranjero y en el país circula un billete no cambiable, es decir, papel moneda. Baja el valor de la lana y nuestros productos de tejidos mantienen en sus almacenes los precios que puso la guerra. En las poblaciones hay *comfort* pari-

siense y el trabajador del campo, como lo encontrarora los españoles, anda entre calzoncillos y bayetas. Tenemos patinajes, matinée, corsos, carreras en las ciudades y arados egipcios de palo y salario de veinte centavos en la agricultura. Bailes y banquetes cuestan miles en los salones y el indio *concierto* comete el escándalo de *robar* una mata de papas o emborracharse con un cántaro de chicha. En muebles, *chalets*, carruajes se gasta el dinero por miles, en los semovientes de la hacienda se invierten cien sures al año y eso, con dolor. En los campos hay falta de brazos y en las poblaciones sobran doctores y palanquadores de empleos.....

Hondo es nuestro malestar económico, y alto nuestro desbarajuste espiritual. Y ambos se dan las manos. De este desbarajuste nace lo más grave que no es pobreza general o escasez de artículos o productos, cuanto defectuosa repartición y empleo de ellos.

La nación toda, desde la base hasta la cima, es la ajustada organización de rancias explotaciones de carácter últimamente acentuados con fuerza despiadada y contraproducente.

Cierto que la explotación bajo mil formas de unas clases sobre otras, es ley de vida en todas las sociedades actuales, explotación que es la razón de ser del socialismo universal. Pero los explotadores a *la moderna*, enriquecen el campo de su explotación, fomentando el progreso de sus capitales y rentas con trabajo creador e inteligente, en tanto nuestros explotadores de marca colonial, a la manera *antigua* chupan nada más que el miserable producto de la secular rutina.

"El Comercio" dijo hace poco tiempo, que cierto viajero observador había asegurado que la agricultura

ecuatoriana no podría luchar con ventaja mientras no abandonase la rutina.

La rutina es nuestro ambiente. El concertaje con su consecuencia fundamental, el salario paupérrimo, es la más grande y fuerte rutina. El no enriquecer la tierra con abonos y la hacienda con semovientes, que en la agricultura moderna valen tres veces más que la tierra, es rutina. El crear por docenas bachilleres y doctores y no agricultores y científicos es rutina. El mantener la administración pública en firmar oficios y dictar reglamentos es rutina. El regresar de Europa sin estudiar sus campos y sus fábricas y después de haber enrochado pingües fortunas es rutina. Y rutina de forma viejísima es la explotación que de la tierra hace el indio; que del indio hacen el propietario, el tabernero, el cura y el juez; que de todos estos hacen el comerciante, el empleado público y el capitalista; y la especulación que de todos los nombrados hace el Fisco, y finalmente, la que por medio del Fisco, hacen en grande los banqueros de nuestro puerto. La nación es una pirámide humana de explotadores y explotados, su base va del Carchi al Macará y en su cima descansan dulcemente cuatro docenas de familias privilegiadas. Esta explotación soberana de un reducido grupo de afortunados hace de la vida nacional una mentira, una injusticia y una esclavitud.

La soberanía nacional, la supremacía de la ley y el poder legislativo, la jefatura ejecutiva del Presidente son una mentira; y son una injusticia del presupuesto, el arancel de aduanas, los decretos parciales de importación o exportación, las leyes bancarias y moratorias, los empréstitos fiscales, los balances de los Bancos, la cir-

culación fiduciaria, las emisiones supra-legales garantizadas por el Gobierno y mil cosas más; y la esclavitud del país como sociedad, como Nación, como Estado, como Fisco, se respira en el comercio, en el cambio, en la desvalorización del billete, en las consolidaciones de la deuda pública, en el pago de intereses de la misma, en todos los resquicios de la vida política administrativa y fiscal.

El régimen de explotación de las clases, régimen de mentira, injusticia y esclavitud no terminará en nuestro país sino en un porvenir muy lejano; pero la lucha contra él a fin de reducir su campo de acción y suavizar la rudeza de sus viejas formas es también un imperativo de la vida.

*Los cuatro partidos políticos.
La humanidad es liberal*

Los cimientos del edificio social son contruídos por fuerzas económicas. La religión, el arte, la ciencia, la política se organizan como la carne al rededor del hueso, al contorno de la constitución económica de cada pueblo. El esqueleto de las naciones está en la manera de producir, distribuir y consumir la riqueza. A este esqueleto se adhieren, sobre él viven las constituciones políticas y administrativas, las organizaciones de instrucción y cultura, los organismos éticos y religiosos que llamamos iglesias.

Escaso papel desempeñan en la vida de los pueblos la razón, la reflexión, la voluntariedad consciente. El

resorte de su conducta está en los reconditeces del instinto de conservación y adquisición, en las entrañas inconscientes del sentimiento vital.

Las resoluciones mediatas coronan el edificio de la vida, pero no lo hacen; ponen el rótulo en el ánfora de las convicciones, mas no fabrican el contenido de ella. La lógica, el raciocinio fijan detalles, elaboran catecismos, formulan programas. pero son incapaces para forjar el ideal de una doctrina, la cálida fuerza de un partido, el cauce espiritual de una dirección política.

Las pequeñas ocupaciones de la vida encaminadas a sostener la existencia, el modo y forma como a la producción concurren los elementos sociales, la parte que cada uno de éstos toma en la riqueza una vez producida, van lentamente destilando en el alma de las multitudes tales o cuales sentimientos, elaborando tales o cuales hábitos, descos y tendencias.

Los partidos políticos también reflejan lejanamente direcciones económicas.

Puede no estar organizado el partido de los retrógrados, pero hay en todas partes elementos para él, porque hay hombres a quienes los progresos económicos han herido con herida de muerte.

En el presente están desorbitados, el porvenir no les ofrece reivindicación ninguna, aman el pasado y esperan su retorno, porque es preciso amar y esperar algo. No se adaptan al presente y tampoco tienen fuerzas para clavar una esperanza en el porvenir. Sienten cariño a las cosas idas, a las ideas muertas, a las instituciones desvanecidas en el tiempo. Viven entre tumbas, su canzada frente apoyan sobre escombros, en sus sandalias y sobre su cabeza llevan el polvo de los muertos.

A esta manera de ser política corresponde generalmente un temperamento fisiológicamente bilioso.

Aquellos que se hallan satisfechos de la suerte o porque son dueños de las grandes ventajas, privilegios y consideraciones que la sociedad puede ofrecer, o porque han limitado sus anhelos y deseos a sus condiciones miserables de existencia, forman el partido conservador.

El banquero guayaquileño a quien el orden actual de cosas ofrece todas las ventajas y explotaciones económicas y políticas que nuestro misérrimo país puede ofrecer, y el desdichado labriego de nuestras serranías en cuya alma ha muerto el último deseo de variación y mejoría, constituyen psicológicamente un solo partido, el partido que siente la necesidad de que los minutos se parezcan entre sí, de que las horas nazcan gemelas, de que los lustros sean monótonos y de que la loza uniforme de los siglos mate el germen de toda novedad, de toda iniciativa y cambio.

Los extremos se tocan: el que lo tiene todo o el que ha perdido toda esperanza forman el gran bloque de las resistencias a toda iniciativa, el velo negro y pesado que retarda el amanecer de nuevos días. Por sus ocupaciones, por su actividad, en la fisiología de estas gentes llega a formarse notable cantidad de linfa.

Hay otras gentes en que predomina el sistema nervioso y que no llevan en el alma ni el revulsivo despecho ni la estúpida conformidad. Sienten el ansia de las iniciaciones, les ahogan los moldes y los marcos viejos mantenidos por el convencionalismo, su curiosidad les lleva a mirar por los resquicios del porvenir y surge en su alma un sobrante de energía capaz de remover una

iniquidad, destruir un privilegio, luchar contra una tiranía sea de la naturaleza que fuese. Las almas de este temple forman el gran partido liberal.

El liberal mira el presente con amorosa compasión, y trabaja sobre él con esperanza para redimir el porvenir de sus asperezas y maldades.

Ayuda a las cosas y los hombres en su crecer y mejorar; enciende luz en las oscuridades; echa aceite en las heridas; cruza de puentes los abismos; dice una palabra de amistad entre los enojos; a los ciegos cura y en los incurados mantiene la esperanza de que un día verán. Tiene fe en la futura cosecha de su huerto; tiene constancia en trabar sobre él, y tiene también paciencia para no atropellar la tarea del tiempo ni el horario que la naturaleza y la vida han puesto a sus revelaciones.

Por lo común los hombres fuertes, pletóricos de energías a quienes la organización social sin poder aplastarlos, presenta obstáculos y más obstáculos, van a parar al radicalismo. El radical odia el presente, detesta del pasado, niega las prerrogativas del tiempo y las curvas que dan la naturaleza y la vida, y quiere de un salto, atropellando hombres y cosas, derechos e instituciones, encarnar en los hechos sus violentos ideales fabricados con retazos incompletos del porvenir. Los radicales son el acre e indispensable fermento de las horas solemnemente revolucionarias de la vida. Las grandes revelaciones de la historia a ellos debe la humanidad. Cuando la masa conservadora se vuelve dura y agresiva con tendencias al retroceso, el liberalismo en virtud del espontáneo equilibrio de las fuerzas sociales, avanza en grados hacia el radicalismo.

Los retrógrados, despechados del progreso, son pocos; los conservadores, satisfechos de la existencia, son muchos; los liberales que reforman incesantemente las condiciones de la existencia, son la innúmera legión humana; los radicales, actores de los grandes y raros momentos de la vida, también son pocos.

La humanidad es liberal y se liberaliza cada momento más que antes. La liberalización, como diría un matemático, sigue una progresión creciente en el tiempo y el espacio.

En los últimos cuatrocientos años ha hecho la humanidad muchísimo más que en los seis mil años transcurridos desde que han asomado los primeros imperios organizados; y en este período mucho más también que en los doscientos siglos pasados desde que el hombre empezó a encender fuego y a recogerse a las cavernas, abandonando la vida que en las selvas había llevado durante los doscientos mil años anteriores que cuenta su existencia.

La humanidad es liberal y se liberaliza cada vez más. El distintivo de la especie humana sobre los demás animales no es ni la linfa, ni la bilis; es el sistema nervioso de volumen incomparablemente mayor. Por la masa encefálica es el hombre rey de la creación, allí está su corona de monarca, y esa corona, esa masa ha ido creciendo al través de los siglos. Los cráneos primitivos son pequeños, los actuales mucho mayores, los de los genios excepcionalmente enormes.

La humanidad es liberal y se liberaliza cada vez más. Por eso hemos abandonado los instrumentos de piedra que usaron nuestros antepasados, hemos dejado

de comer a nuestros semejantes, hemos hecho esto que llamamos civilización y progreso.

La humanidad es liberal y se liberaliza cada vez más. Por eso ya no arrojamos a los creyentes ante las fieras ni a los increyentes a las llamas, por eso los reyes ya no son déspotas y los pueblos son soberanos, por eso se derrumban día a día los explotadores y se aumenta el radio de la justicia.

Todos los placeres, las comodidades, los derechos, el saber, las dulzuras espirituales de la vida ha creado el liberalismo. A él debe el mundo lo que es. Por él llegará a ser nuestra patria una democracia de verdad.

Tiene cada pueblo el gobierno que se merece?

Respecto de los pueblos en que el conjunto de ciudadanos se da cuenta de los problemas de la vida pública, discute las resoluciones propuestas, conoce la manera de pensar y proceder de sus hombres más notables, los elige conscientemente para la gestión de la cosa pública y continúa influyendo sobre ellos por medio de la prensa y el meeting, bien podemos decir que el gobierno es lo que el pueblo que lo ha creado.

En este caso los pueblos tienen el gobierno que se merecen.

Pero en pueblos como el nuestro, en que la multitud inconsciente aún de la vida pública ni piensa, ni discute, ni elige, ni critica; pueblos cuyo gobierno con gran sorpresa de la multitud, se ha cambiado de la no-

che a la mañana por obra de un *cuartelazo*; pueblos cuyos gobiernos así nacidos hacen luego elegir *sus* diputados, dictar *sus* leyes, nombrar *sus* funcionarios, publicar *sus* periódicos y hasta consagrar *sus* sucesores; ¿qué culpa, qué responsabilidad tienen, qué relación de causa a efecto les une con su gobierno?

Entre estos pueblos y sus gobiernos no hay otra relación que entre el viandante y la partida de bandoleros que le asesta en una encrucijada, le maltrata y le roba.

¿Qué culpa tiene el muchacho de que le salga su maestro un truhán, mentiroso y abusivo?

Pueblos viejos, ricos de espíritu nacional hacen instituciones y gobiernos a su imagen y semejanza; allí la labor individual se encausa dentro de la gran corriente y todas las iniciativas llevan el sello poderoso de la conciencia general.

En pueblos incipientes, embrionados, vacíos aún de sentimientos tradicionales precisos y poderosos que se infiltren en todas las instituciones, que actúen en todo momento y formen el núcleo de la psicología nacional; en pueblos que comienzan a dar los primeros pasos de la vida, la preponderancia de las iniciativas individuales es decisiva y determinante, a tal punto que podemos decir que los pueblos nacientes llegarán a ser en gran parte, lo que sus gobernantes les hagan.

El influjo decididamente formatriz, educativo de los gobiernos sobre las naciones que están en vía de formación, se muestra en la historia bajo la forma real o simbólica de nombres propios a cuyo influjo surgen civilizaciones, se organizan multitudes y la historia toma tintes determinados. Atenas, Esparta, Roma, Israel, Francia, Rusia, Prusia, el Ecuador son en gran parte obras per-

sonales de Solón, Licurgo, Numa, Moisés, Carlomagno, Pedro el Grande, Federico II, García Moreno.

También las naciones como los individuos tienen en su vida un período en que es posible añadir al escaso cúmulo de la herencia un aporte vigoroso de educación.

En este período el influjo de la personalidad nacional es casi nulo en frente de la preponderancia de sus gobernantes.

Los gobiernos son los maestros de política que dan lecciones objetivas a nuestras jóvenes democracias.

La disciplina de la realidad política hace a su imagen y semejanza la conciencia política de los ciudadanos.

Los ideales, los sentimientos, las virtudes, los vicios, los modos de juzgar, los errores políticos de la acción gubernativa; sus vacilaciones, su falta de sistema, su imprevisión, su idolatría a las palabras, su rutinarismo, su desbarajuste irán dejando huella educativa en el amorfo espíritu de las muchedumbres y estas irán adaptándose externa e internamente en sus costumbres y en su contenido espiritual a las modelaciones del medio ambiente político.

¿Y cómo desempeñan nuestros gobiernos el primero de sus papeles, el papel de formadores de la conciencia nacional, de infiltradores de fé en las instituciones republicanas, de amor a la patria y sus mandatos, de esperanza en el porvenir de la democracia?

¿De qué sirve la cálida lección de instrucción cívica que dos mil maestros y profesores dan diariamente a la juventud ecuatoriana, si el gobierno burlando las lecciones populares, hace mofa de la Carta fundamental y escarnio de los derechos ciudadanos?

¿Cómo ha de nacer en las almas ante un espectáculo de la laya la disciplina republicana, el cariño a las instituciones, la solidaridad ciudadana, la respetabilidad a las opiniones ajenas, el espíritu de obediencia a las autoridades?

Mientras maestros y profesores dan lecciones orales de republicanismo en sus aulas, los gobernantes dan lecciones objetivas de violencia y abusos antirrepublicanos en las calles y las plazas . . .

Los bancos, la rapiña y la sombra del espectro

Y vuelvo a tratar del socialismo.

Quienes tienen bajo su mirada estudiosa la gran tragedia económica de las sociedades modernas, alcanzan a distinguir al fondo de ella varias fuerzas secundarias que la impulsan, corroborando a la fuerza evolutiva que incessantemente trabaja en el seno de los pueblos.

Y enumeran las siguientes:

1ª Pérdida de ilusiones ultratèrrenas que impulsan al hombre a clavar las uñas con ahínco en los bienes que la costra terrestre ofrece. Ese factor no existe entre nosotros. Su puesto está ocupado por la esperanza evangélica que promete la bienaventuranza a los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos;

2ª Pasión en las multitudes por la riqueza y el bienestar. Nusetro temperamento flemático (predominante en la Sierra) no fermenta pasiones poderosas, persistentes, constructivas. Salvo los arranques destructores de los paroxismos revolucionarios, somos más bien apá-

cibles hasta la indolencia, que soporta una necesidad antes que tomarse el trabajo de remediarla;

3ª Escasez de recursos en las clases populares para satisfacer deseos y anhelos despertados en ellas ante la contemplación de las comodidades y goces de las clases superiores. En nuestras masas no late el sentimiento de la igualdad humana. No reconocen en sí el derecho de disfrutar las comodidades que gozan las clases ricas, no les choca la desigualdad y están contentas con su suerte. Parece que el sentimiento de inferioridad que tan profundamente se sembró en los indios frente a los españoles durante la conquista, perdura vivo en los cuatro quintos de la población ecuatoriana. *Esto es bueno para uso de los señores*, es expresión que, referida a tal o cual cosa de estima, he oído muchas veces a nuestras humildes gentes:

4º Desprestigio de la burguesía corroída por la pasión de las riquezas y echada al olvido de antiguos ideales respetables. Nuestra burguesía, en tanto, si en pequeña parte está arrebatada de la pasión del lucro, en su mayoría es ociosa y en su totalidad vacía de altas idealidades; pero, por otra parte, nuestras multitudes no se hallan en condiciones de apreciar esa carencia de idealidades generosas. Nuestro burgués goza no sólo del prestigio de *señor*, sino hasta del de *niño su merced*;

5ª Enseñanzas universitarias empapadas de problemas sociales, de dudas acerca del valor de antiguas instituciones, de viajes hacia el porvenir, de auscultaciones realistas a las conmociones actuales. Nada de esto encierra el programa de nuestras enseñanzas. El universitario es brillante con tal de aprender de memoria el texto, manual dogmático de ciencia oficial, que jamás

habla de las realidades apremiantes de la vida, ni sabe despertar el sentido crítico y que de ningún modo puede ocuparse en nuestros viejos y nuevos problemas nacionales:

6ª La rapiña que desenfrenada y audaz ha construido grandes fortunas;

7ª *Los Bancos que consideran a la humanidad como un rebaño al cual hay que hacer trabajar, alimentar y esquilmar, que no se cuidan de progreso alguno, ni alimentan ningún ideal* (Faguet).

Estas dos últimas causas, la rapiña y los bancos, sí indudablemente, han jugado y juegan papel importante en la reducida escena de los destinos ecuatorianos.

Contratos fraudulentos con el Estado; monopolios creados por legisladores venales o complacientes, o autorizados por funcionarios corrompidos; variaciones oportunas del arancel de aduanas, son el origen de muchas fortunas y en todas ellas vive el sello de la rapiña. No hay población donde no se puedan señalar fortunas debidas a los remates de impuestos, especialmente el de los aguardientes, de verdaderos latrocinios cometidos contra los productores, vendedores y consumidores. Otras fortunas se deben a francos obsequios de los dineros nacionales, hechos por nuestros paternos dictadores; a condonaciones de alcances de cuentas, o a haber sido éstas tan bien llevadas y mal examinadas que los alcances no han asomado. Muchos se han enriquecido por el sistema de los contrabandos, hasta prohombres de la política, jefes del partido del *orden y la legalidad* ¿y quién tiene por malo robar al Estado? Al amparo de la ley y una ciencia económica *sui generis*, puestas al servicio del grande al por mayor, el *trust* o

argolla de azúcar, se enarca suavemente de tres a cuatro sures por quintal a título de proteccionismo. Especialmente en otro tiempo, la compañía del ferrocarril, concediendo a quien le placía el oportuno transporte de artículos de grande especulación, y negándolo u obstaculizándolo a la generalidad del público, ha traído la riqueza para muchos. Gobernantes han contentado partidarios o apaciguado enemigos mediante contratos, como de caminos al Oriente, que no han tenido más objeto que enriquecer a los empresarios. Raro ha de ser el contrato de obras públicas en que no vaya envuelta una picardía más o menos cuantiosa.

Las famosas fiestas del centenario (1909) independizaron de la pobreza a muchos hijos de la patria. ¿Y qué decir de los grandes peculados de los primeros tiempos de la República, del asunto de la bandera nacional, de tal cual cesión de posiciones ecuatorianas a destacamentos del Perú y de las célebres finanzas de la antigua Nacional Comercial y de la presente Nacional de agricultura? Todo esto lleva el sello de la rapiña.

Los negociados de la Bancaria ecuatoriana pueden dar materia para un grueso volumen, que sería la historia de los quebrantos del Estado ecuatoriano en su elemento esencial, el rentístico. Quien escriba ese libro hará obra de alto patriotismo.

Entre los muchos capítulos de tal obra, alguno podría tener el siguiente sumario: Es insensata la conducta del Estado que por medio de sus leyes permite a los Bancos emitir billetes por el doble de su capital, y después toma esos billetes al nueve por ciento, es decir, al dieciocho sobre el capital efectivo. Por la autorización del Estado se crea el cincuenta por ciento del capital

disponible de los Bancos. Por esta concesión alguna compensación debía tener en sus apuros y préstamos. Pero aun más, el Estado ecuatoriano hace el papel de pícaro, tonto y funesto para el país, al autorizar a los Bancos a emitir billetes ilegalmente sin respaldo alguno, más allá del doble del capital, y apresurarse a tomar esos billetes en préstamo al nueve por ciento.

Ese papel no vale nada, es más bien un fraude y gana interés. Al autorizar el Estado emisiones ilegales comete crimen contra la patria, la democracia y la honradez, empobrece más a los pobres, para enriquecer más a los ricos.

Los Bancos no ponen en circulación esos billetes gratuitamente; los entregan a sus clientes a título oneroso y por su respectivo interés. No les cuesta sino la emisión y en cambio reciben servicios, trabajo, obligaciones, en una palabra, riqueza, hasta completar el valor ficticio del billete. Desde puntos de vista morales y económicos, los bancos hacen la misma operación que el falsificador, y mientras a este se le persigue, arruina y encarcela, los otros crecen en riqueza, respetabilidad y poder.

La condensación de otro artículo podría decir más o menos lo que sigue: Desde el año 95 hasta acá se han presentado muchas propuestas en empréstitos externos y la Banca ha contribuido al fracaso de todos ellos. Los empréstitos externos, por punto general, han pedido el seis de interés, uno de amortización y quince de descuento en tanto que sobre los millones del empréstito interno pagamos el ocho o el nueve de interés. El empréstito externo vendría en forma de oro, máquinas, ferrocarriles, etc., mientras los internos son en moneda

papel, si hay buena fe, y si mala, en papel moneda. El estado de un país pobre no debe ponerse a las ventanillas de los bancos nacionales, en competencia con el público, dando de codazos a éste, en solicitud de un empréstito; honrada y eficazmente debe gestionar por dinero en el exterior. La prosperidad de Guayaquil sería inmensamente mayor, si los bancos en vez de negociados puramente fiscales, persiguiesen fines nacionales de estímulo y fomento de la riqueza. El Banco Ecuador, por ejemplo, en 1916, tenía tres y medio millones prestados al Fisco y sólo doscientos sesenta mil a los particulares. Puede aprobarse que el Fisco recurra a los Bancos nacionales por pequeñas sumas a corto plazo, en apuros imprevistos. Pero nuestro Estado por falta de plan e independencia, vive en apuro constante e imprevisión perpetua. De la excepción ha hecho la regla y viceversa. La deuda a los Bancos era de doce millones en 1917, (últimos datos con que cuento). A la presente fecha debe ser mayor. Entre las causas de que los particulares no recurren al capital para fomentar la industria y la agricultura está el alto interés. Si el Estado no tomase el dinero de los Bancos el interés sería más bajo. Una de las miras de una política económica de bien público es fomentar la baja del rédito. El Estado ecuatoriano hace precisamente lo contrario.

Un capítulo interesante debería tener por título: *Causas de nuestro descrédito financiero en el exterior*, y podría desenvolver entre otros el tema siguiente: A la vez que los Bancos nacionales están pagados al día sus intereses, la deuda externa está insoluta tres o cuatro años. Lo que por intereses y amortización se debía en 1917 montaba a cinco millones. Los intereses que no se pagan a los Bancos nacionales dentro del año, se ca-

pitalizan con religiosidad para el siguiente. Las deudas a los Bancos están respaldadas con muy seguras rentas que jamás se distraen y en cambio los fondos de la deuda interior inscrita, constante en bonos que se hallan en manos de la generalidad del público, están frecuentemente distraídos de su objeto. Nuestro descrédito en el exterior sienta bien a los Bancos, pues el Estado se ve en la necesidad imprescindible de recurrir a ellos y vivir de ellos dependiente.

Otro capítulo podría versar sobre los nexos de los Bancos y la política. Los Bancos tienen tan decidida ingerencia en la política que si a la Nación gobierna el Estado, éste se encuentra gobernado por los Bancos. Estos han fomentado revoluciones o sostenido dictaduras, según el consejo de sus conveniencias. Por lo demás, les importa un comino las ideas políticas que representan los hombres y las instituciones. Les basta que el gobierno esté en manos de su argolla. Pueden presentar como máscara un principio político; pero lo que en verdad persiguen es negocio y utilidades. Las dictaduras políticas han exacerbado intensamente a los ecuatorianos en todo tiempo; pero de la dictadura económica que es más honda y funesta, no se da cuenta todavía la nación. Es un deber dar a conocer esa tiranía y luchar contra ella a pesar de las enormes dificultades que presenta. Uno de los recursos consiste en fomentar los estudios económicos y hacendarios, pues sobre la ignorancia general los Bancos hacen su agosto. Estos estudios tan olvidados están, que periódicos de mucha circulación confunden sociedades industriales por acciones con empréstitos públicos, y generalmente se cree que es lo mismo riqueza de la Nación que riqueza del Estado y Ciencia de Hacienda que Contabilidad.

De la ley moratoria debería tratar otro capítulo: esta ley enriquece a los Bancos y empobrece al Estado, a la Nación, a todos y cada uno de los ecuatorianos. Implica falta de espíritu público soportar hasta estas horas semejante ley, y demasiada audacia en los Bancos rechazar sus propios billetes, exigiendo moneda del país de procedencia de las letras. Mediante la moratoria entramos en el régimen del papel moneda. Ahora bien, cuando es el Estado quien emite directamente este papel, perjudica a los particulares: y a la nación, pero a lo menos el Fisco se enriquece o deja de empobrecerse. Cuando al contrario, los emisores del papel moneda son los Bancos, se defrauda a la nación toda y también al Fisco para enriquecer a los accionistas de los Bancos.

Otro capítulo podría ocuparse de la sociedad entre los Bancos y la Nacional de agricultura. Esta compra el cacao a casi todos los productores y los fondos, producto de la venta del cacao en el exterior, pone a órdenes de los Bancos. Por consiguiente y puesto que los otros artículos de explotación son de escasa entidad, sólo los Bancos tienen dinero en el exterior, sólo ellos pueden vender letras a los comerciantes importadores, y las venden sin competencia al precio que les viene en gana. Monopolio es este de los Banqueros de Guayaquil en cuya virtud, comprando los comerciantes cara la letra, tienen que vender caro el artículo comprado con ella.

Cada uno de los ecuatorianos al comprar un sombrero, una vara de casimir, hasta la más pobre mujer que compra una cuarta de lienzo o un paquete de agujas, pagamos nuestro tributo, nuestro impuesto indirectamente a los señores feudales del Malecón. Si no

existiese la Nacional de Agricultura o si esta pagase sus compras en giros sobre el exterior, las letras se hallarían en manos de todos los productores de cacao, y, al amparo de la competencia, se venderían en su justo precio.

.....
El capítulo final podría intitularse: Tras los Bancos, tras la Rapiña se dibuja cercana la silueta del Socialismo... y hará bien en venir.

*Algo sobre política económica
Conviene a la Nación empréstitos internos?*

En el tipo de nuestros ricos y capitalistas se distinguen, desde el punto de vista económico, estos dos rasgos fundamentales: 1° El del propietario de extensas tierras lánguidamente cultivadas, que claman la inversión de capitales en vías, máquinas, acequias, abonos, semovientes, etc., para dar todo lo que su potencia productora lo permita; 2° Este propietario, a quien parece que no le falta sino capital movible, va atesorando, peseta a peseta que las conservará así indefinidamente o que las invertirá en comprar otros fundos que serán explotados de la misma manera o que las colocará a interés en individuos que las solicitan para también, a su vez, comprar tierras que quedarán sometidas a un régimen igual de cultivo.

Concretamente: 1° Hay un campo inmenso en la agricultura y la industria para el empleo de capitales enormes; 2° Tenemos capitales, no muchos que digamos, pero los tenemos; 3° Estos capitales están em-

pleados en objetos distintos del fomento de la agricultura y la industria.

Estos mismos rasgos se revelan en la economía nacional. Nuestras tierras tan malamente cultivadas están, que, en nuestra propia casa y después de pagar un largo transporte, pueden hacer la competencia a nuestros artículos, el trigo, el fréjol, el azúcar y otros artículos extranjeros; mandamos al exterior cosa de millón y medio de sueres anuales en cambio de manteca, en tanto que podríamos establecer grandes criaderos de cerdos en las tierras que producen plátano, yuca, camote; remitimos materias primas como cacao, caucho, tagua, pieles que podríamos transformarlas en artículos útiles y remitirlos así; tenemos, no en las selvas orientales, sino en la región habitada, materias primas para fabricar cemento, vidrio, papel, porcelana; todo el mundo reconoce la bondad del regadío, no es un misterio el abrir acequias y con todo el pie de llanuras sedientas de una gota de agua, corren inútilmente caudalosos torrentes.

¿Y tenemos capitales? Los Bancos de Guayaquil, según lo publicado, tienen doce millones en el exterior y guardan catorce millones de depósitos; el Pichincha dizque guarda cosa de dos millones de depósitos y un millón de su cuenta para préstamos. En fin, sea de esto lo que fuere, la verdad es que hay dinero suficiente para proyectar el empréstito municipal de Guayaquil por ocho millones. Sobre esto no podemos dudar.

Ahora bien ¿qué debemos juzgar económicamente de este empréstito? A primera vista se puede creer que habla muy bien de la economía nacional, pues que sin necesidad de recurrir al extranjero, llenamos nuestras

necesidades, nos bastamos de puertas para dentro y somos tan ricos como Inglaterra, Francia, Estados Unidos, que no toman dinero del exterior.

Este es un gravísimo error y acusa una pésima dirección en la economía nacional. Y no es cosa que interesa únicamente al que da y al que recibe, sino a la Nación entera. Ocho millones mal invertidos y sobre todo el mal precedente de creer ventajoso para un país pobre como el nuestro y necesitado de ayuda externa, un empréstito interno es lo que me ha movido a escribir estas líneas.

¿Necesitamos de capitales? Soñando estamos con el empréstito de los cien millones. En este estado de sed de capitales extranjeros, un empréstito interno es tanto más perjudicial cuanto más grande es.

Empobrece a la Nación para proveer las necesidades del Estado o el Municipio. Claro, el Estado y el Municipio no se guardan el dinero sino que lo vuelven a dar a los particulares; pero lo dan en cambio de servicios, es decir, de valores que han proporcionado estos particulares.

El empréstito interno hace prestamistas y mata negociantes, contratistas, empresarios, fabricantes, agricultores, es decir, individuos que manejan capitales en el trabajo.

El empréstito interno disminuye el capital circulante, resta dinero a los negociados particulares y hasta envía capital al exterior, como sucederá en el caso presente, en que habrá que comprar fuera del país los elementos necesarios para instalar el agua potable.

El empréstito interno alzaré el precio de los artículos y bajarán los salarios, elevará el tipo del interés o lo mantendrá firme, puesto que el empréstito puede ser

ideado por capitalistas que ven próxima la baja del interés. Por consiguiente elevará el costo de toda industria nacional, de los artículos de comercio y de todo aquello que se sirve del elemento capital.

El empréstito es sumamente ventajoso para los dueños de los actuales capitales inertes, dueños carentes de iniciativa para dar a ellos otra colocación que el préstamo; pero es altamente perjudicial para el país en general y especialmente para las clases sociales que viven de sueldos, de salarios, de pequeñas industrias, que necesitan capitales ajenos para sus negocios, etc.

El Municipio tiene que pagar los ocho millones. Se los prestan, no se los regalan. Sacará del pueblo, en forma de contribuciones, la cantidad necesaria para pagar el empréstito, más la comisión de los Bancos, más los gastos de recaudación, más las filtraciones y pérdidas. Suponiendo que fuese la masa general contribuyente y no un grupo de capitalistas, la que hiciere el empréstito, equivaldría a dar con una mano ocho millones en préstamo y con la otra diez millones en forma de contribuciones para volver a recibir solamente los ocho millones prestados.

No es un mero afán de escribir el que me mueve; es la honda convicción de un mal que es preciso evitarlo. Por esto quiero aclarar estas verdades un tanto abstractas, con un ejemplo práctico.

Un padre de familia llama a sus hijos y les dice: La casa se viene al suelo; Uds. tienen unos pocos dineros que me lo van a prestar para la reconstrucción; con los arriendos que Uds. mismos me pagarán una vez la casa reconstruida, les cancelaré el capital y los intereses. Uno de los hijos toma la palabra y replica: Padre, me-

jor sería que con la hipoteca de la misma casa tomes dinero de algún extraño y con los arriendos que te pagaremos cancelarás esa deuda; pero deja en nuestras manos nuestro dinero, porque con él trabajaremos y de él sacaremos utilidades que nos permitirán vivir y pagar la deuda. ¿De qué nos sirve que tú construyas la casa, si nos privas del capital de trabajo? Si no tenemos capital, no podemos trabajar o trabajaremos bajo peores auspicios. En definitiva: busca en otra parte quien te preste y corre de nuestra cuenta cancelar la deuda con nuestro trabajo aunado a nuestro capital.

De un país de trabajadores que debe ser el nuestro, queremos hacer un pueblo de prestamistas y rentistas. Se arranca a los capitales de la producción para llevarlos a la especulación. Para pagar deudas municipales o nacionales debe traerse dinero del exterior. Si los Bancos se quedan con su dinero guardado, tanto peor para ellos.

Como resumen puedo insinuar estas tres ideas: Reforma a la ley de Bancos en un sentido de utilidad nacional, que no sólo particular de los banqueros; traer un consultor técnico para el Ministerio de Hacienda que imprima rumbo a nuestra política económica, rentística y financiera, desquiciada, por ahora, o bien gobernada, que es peor, por la banca de Guayaquil, cuyos intereses no son los mismos que los del pueblo guayaquileño ni los del ecuatoriano en general; formar en Guayaquil, fuera de la esfera de influencia de los Bancos, esto es, por la juventud de verdaderos sentimientos democráticos y liberales, una academia de ciencias económicas que estudien nuestros problemas nacionales.

Dentro del liberalismo hay diferentes matices

En un periódico de Guayaquil, cierta caricatura de días pasados, representaba unos ratones que delante de dos quesos (los dos candidatos a la presidencia), se decían: *en materia de doctrina, los dos quesos son iguales.*

Es muy sugerente la leyenda.

Sobre los cánones doctrinarios puede haber entre los individuos que forman el gran partido liberal o de la reforma, acuerdo más o menos perfecto, obra del convencimiento intelectual: y con todo, existen marcadas discrepancias en el modo de sentir los principios y apreciar la intensidad de las reformas. Un mismo principio produce diferente emoción en dos temperamentos diferentes. El sentimiento, el carácter, lo que llamamos *modo de ser*, hace que una proposición doctrinal tome tinte individual, personalísimo en cada uno de los adherentes a la doctrina.

De aquí que dentro del grupo liberal haya matices que van del uno al otro extremo, del confín conservador al confín radical.

Los liberales de sentimientos exaltados, dinámicos, forman la *izquierda* lindante al radicalismo: los liberales tenues, apagados, de psicología estática y pasiva, forman a la vecindad inmediata del conservatismo, la extrema *derecha* del partido; y entre estos extremos, el *centro* está constituido por una escala de matices políticos en correspondencia a un juego matizado de caracteres humanos.

Espíritus de temperamento flemático, pasivo, inerte, incapaces de empeño y labor decidida, se cristalizan en un liberalismo de cruzarse de brazos y dejar hacer,

dejar pasar. Espíritus de temperamento nervioso, activo, apasionado, se revelan en un liberalismo de acción, de reforma, de progreso.

El liberalismo de la derecha o mejor dicho, liberalismo en el papel y conservatismo en la realidad, quiere que la ley y las instituciones, sin crear ideales, ni sugerir nuevos horizontes, sean apenas un mero reflejo, una mera concreción de tendencias y maneras de obrar preexistentes en el indefinido espíritu de los pueblos.

Para estos apóstoles del quietismo, las reformas han de ir, obrar: del instinto, del pueblo, a las instituciones, de los usos a la legislación, de la masa nacional a la determinación jurídica; el impulso ha de partir del organismo al cerebro, de lo inconsciente a la conciencia.

El liberalismo de la izquierda, liberalismo en la teoría y en la práctica, definido en el pensar y el vivir, quiere que las reformas lleven camino contrario, de la cabeza al organismo, de la determinación pensada al obrar reflejo e inconsciente, de la razón al instinto; el Estado ha de impulsar a la nación, la ley a la costumbre, la institución al pueblo. Las reformas, según este sentido, se han de hacer deliberadamente, como obra de arte, por las fuerzas directivas, valiéndose de las leyes y las instituciones, hasta que los pueblos habiéndolas aceptado, las asimilen, las incorporen a sus habituales modos de pensar, querer y obrar.

El partido liberal, el ciudadano elector, debe conocer esos matices políticos; saber de sus prohombres, de sus candidatos, a cual de ellos pertenecen, y preferir, en un momento dado, unos a otros, teniendo en cuenta el matiz que cuadra; primero, al carácter nacional; segundo, el grado de progreso del país, y tercero, a las exigencias del momento histórico presente.

Estos tres factores deciden acerca de la conveniencia de que en los elementos directivos del país, prevalezca la tendencia verdaderamente reformista, según la cual leyes e instituciones, suponiendo que lleven en sí la virtud de la eficacia, hagan sobre la nación obra imperiosamente renovadora y educativa; o la tendencia contraria, conservadora de verdad, por la que se transforman leyes e instituciones lenta y pesadamente, recibiendo de modo pasivo y lejano los vagos y contradictorios influjos, espontáneamente nacidos en el impreciso conjunto nacional.

Somos, como nación, conservadores y tradicionalistas, y por eso necesitamos una política definida y fuertemente renovadora.

El grado de progreso en que nos hallamos es tristemente deficiente, y por esto hemos menester en el elemento directivo, hombres de preponderante impulso creador.

El momento actual del mundo es de honda transformación de la vieja sociedad, y el acuerdo con él nos exige poner a la cabeza del país, políticos de espíritu intenso, que comprendan, seleccionen y realicen las infinitas posibilidades democráticas, que la hora presente ofrece.

En verdad somos conservadores, fieros guardianes de la vieja tradición. Nuestra raza, nuestra aversión a todo movimiento innovador es incapaz de invención y originalidad y hasta para la imitación a modelos nuevos. El indio y el español, nuestros antecesores, son ruda-mente refractarios a toda revisión de sus ideas y costumbres. La herencia de la una raza se ha fortificado con la de la otra. Nos domina la *imitación-costumbre*

de que hablaré. Pereza del espíritu y del cuerpo es uno de nuestros distintivos, y hasta cierto estoicismo para sufrir males viejos, cuya liberación nos exigiría el trabajo de buscar nuevos senderos, y formar nuevos hábitos de vida.

Además de la raza, el suelo en que vivimos, con sus pliegues y repliegues montañosos; surcado de crestas y abismos; cerrado entre hoscos y estrechos horizontes, y difícil a la comunicación cosmopolita, contribuye a replegarnos sobre nosotros mismos, sobre nuestro pasado y nuestros muertos. Sobre las vejezes de nuestro espíritu.

También el clima siempre igual y monótono, sin las altas variantes productoras de intensas emociones, sin las alternativas del florecer de la vida y el imperar de la muerte, que las estaciones imponen, ayuda a pintar en nuestra alma el opaco tinte de la uniformidad apática y conservadora.

Por otra parte, el temperamento flemático que corre en nuestra sangre, se muestra y trasluce en la carencia de arranques apasionados, impacientes, desbordantes: la flema del organismo produce una psicología política pasiva, acomodaticia y resignada.

Nuestra historia misma, obra de nuestro espíritu, reobra sobre él, presentándole cien años de vida en ritmo apagado, sin grandes enseñanzas, sin ejemplos sugerentes, sin provocaciones espirituales que nos exciten a salir de la trillada senda de informe revolucionarismo.

Si por todas esas causas somos conservadores, si lo inconsciente y la naturaleza nos llevan al reposo, es preciso, indispensable, que la voluntad y la conciencia nacionales, reobren por medio de hombres de energía e impulso, puestos a la cabeza de los destinos del país.

Los progresos que hemos hecho son escasos. Todo lo nuevo está por hacerse y en cambio está en pié todo lo viejo y carcomido.

Geografías, relatos de viajes, conversaciones de extranjeros, nos dicen que en América es el Ecuador el país que menos ha progresado y progresa; el pueblo en que menos mudanza han producido las ideas y costumbres europeas.

Lo poco que se ha hecho, se ha hecho mal. Lo mejor que tenemos, el ferrocarril central, resulta de carísima explotación, a causa de las fuertes gradientes de la línea (hasta el $7\frac{1}{2}\%$). La hacienda pública, un desastre. La instrucción pública deficientísima. La agricultura, la industria, el comercio en mantillas. La cultura nacional oliendo a barbarie. Sin costumbres políticas y republicanas; plagados de hábitos antiprogresistas y antidemocráticos. Hemos quedado muy atrás en la caravana del progreso, y necesitamos correr muy de prisa para reponer el camino y el tiempo perdidos.

Quedaríamos definitivamente rezagados si nos entregásemos a políticos del dejar de hacer, dejar pasar. Necesitamos hombres de robusta y decidida contextura psicológica, personalidades fuertes, que tengan el sentimiento de su fuerza, y se den cuenta del gran peso de las necesidades nacionales.

La hora actual de la humanidad es rudamente premiosa. Por todas partes brota la flor roja de la revolución. El mundo se ha puesto a andar muy de prisa. En una hora actual se hace lo que no se ha hecho en cincuenta años del antiguo vivir.

Los pueblos han despertado, y quieren, en la premura de un día, reponer los siglos perdidos en la som-

nolencia del pensamiento y el descuido del derecho. Debemos por nuestra parte, ponernos al unísono del mundo si no queremos vivir al revés.

Para entrar en la corriente del tiempo, hemos de ir llevando a la cabeza hombres de alto espíritu activo, que sepan otear las corrientes del pensamiento universal, que tengan el corazón abierto a las ondas de los nuevos sentimientos, que se tomen la molestia de ocuparse en la suerte de este rincón del globo, y abrir también para él la era de las grandes y buenas transformaciones que para la humanidad ha llegado.

*El pueblo ecuatoriano y la alta banca
tienen intereses contrapuestos*

Desde mediados del siglo pasado en Europa y desde hace poco tiempo entre nosotros, van los conceptos políticos encarnando intencionalmente valores económicos. Tras las abstracciones jurídicas y para sustentácullo de ellas, se quiere poner intereses realistas. Para consolidar la igualdad y la libertad democráticas se ve que es indispensable constituir la independencia económica de los individuos. Se empieza a sentir que no basta que los ciudadanos tengan tales o cuales derechos o garantías declarados por la ley, si no se hallan en condiciones efectivas de valor social y económico para hacer respetar esos derechos. Si una parte de los asociados, por ejemplo, no tiene otro sitio en el mundo para vivir, que las tierras que en virtud de la ley pertenecen a otra parte de los asociados, en vano el legis-

lador establecerá en las constituciones escritas la libertad republicana y la fraternidad humana y la igualdad democrática entre los propietarios de las tierras y los desposeídos de ellas. Estas declaraciones serán una quimera. La constitución social es más poderosa que la constitución política, y las imposiciones económicas se enseñorean indiferentes sobre las abstractas declaraciones jurídicas.

Por esto en las direcciones políticas modernas vienen implícitas tendencias económicas. Puede ser que esté equivocado, pero a lo menos hablo con la sinceridad de mi creencia, al decir que por motivo de unas elecciones presidenciales, se deslindan bajo el nombre de fracciones del partido liberal, dos agrupaciones de esencial diferencia económica: *conservadora*, la una, de las prerrogativas que disfruta una oligarquía privilegiada, prerrogativas por cuya fuerza arrebatada, saliéndose del mecanismo del Estado y de sutiles y complicados procedimientos, una parte del producto de su trabajo a la mayoría de los ecuatorianos; y la otra *liberal*, que pretende la reforma en sentido democrático de modo que, en lo posible, disfrute cada uno de las adquisiciones de su esfuerzo.

El núcleo del partido *conservador* es la minoría parasita, poseedora de privilegios y monopolios, dueña de Bancos y de los destinos del país, fautora de empréstitos y gobiernos, continuadora de la vieja política de inacción de los pueblos y esquilmo a las naciones.

Al pie de este núcleo, y en pago de los servicios que a él presta, recoge las migajas del banquete de la explotación una minoría de ecuatorianos animada de todo el coraje que suele ponerse en la defensa del pan que se tiene entre los dientes.

Junto a esta minoría, consciente de la explotación de cuyas ventajas participa, se agrupa otra multitud que, sin participar de ventaja ninguna, es de espíritu tan anquilosado que secunda al mismo núcleo, insensible a la explotación que en unión de todos los ecuatorianos padece.

Difícil es por otra parte darse cuenta personal de esas grandes explotaciones, que sobre pueblos enteros ejercen asociaciones, organismos legales o entidades jurídicas. Para sentir el vejamen de una cachetada o de un robo a mano armada, basta el grado más rudo de sensibilidad moral.

Para conmoverse ante la violación del domicilio, hecha sin consecuencias penosas, o ante el cobro de un pequeño impuesto legal, pero injusto, se necesita una capacidad de protesta más refinada.

Y la sensibilidad tiene que ser más viva, de razón analítica y constructiva la imaginación, para protestar contra la verdadera causa, al pagar caro un artículo en la tienda de un inocente mercader, siendo el encarcelamiento debido al grande robo que muy lejos y por un largo laberinto de expedientes legales o ilegales comete un Banco u otra asociación de monopolizadores y privilegiados.

Y las muchedumbres, por desgracia, son miopes. Ven el cuchillo que las hiere y no la mano que lo maneja. Se encolerizan contra el ínfimo empleado, cobrador de impuesto, sin darse cuenta de la difusa red de grandes favorecidos, en cuyo provecho y por cuyo mandato el gravamen se cobra. Achacan la carestía al infeliz tendero de la esquina sin penetrar la existencia de los grandes monopolios. Imputa todos sus quebrantos

a un Presidente de la República (que bien puede ser una estimable persona, encargada no más que de *dejar hacer, dejar pasar*), sin sentir sobre sí y sobre el mismo Presidente, la aplastante organización político-financiera de grandes burócratas y caciques, que ponen y quitan gobernantes, hacen leyes sin concurrir al Congreso y se rellenan de oro sin salir de su gabinete.

El otro partido, el partido *liberal*, se compone de la gran masa de ecuatorianos que sufre la explotación político-económica, y se da cuenta de ella. Esta masa se agrupa al rededor de una minoría crítica, que con el análisis taladra el complicado andamiaje de las explotaciones nacionales.

Alguna vez, en las ferias de mi tierra, he visto un guapo mancebo salir en defensa del indio miserable, a quien un rudo jayán obliga a puntapiés a llevar a cuestras un quintal de maíz. Este mancebo simboliza para mí el partido liberal. Ante una nación que impasible lleva a cuestras la enorme sanguijuela de una oligarquía, no hace el comedido papel de Cireneo, sino el valiente y generoso en arrojar lejos la sanguijuela y dejar libre al paciente.

Estos dos partidos están en lucha ahora. La cuestión no es personal de los dos candidatos, sino de los dos principios que sus partidos representan.

El uno sostiene que de los elementos y recursos nacionales, ha de disponer en adelante, en provecho general, la mayoría de los ecuatorianos.

El otro, aunque no lo enuncia, considera la patria, cual hasta aquí ha sido, como patrimonio de tres o cuatro docenas de grandes burgueses, gerentes y accionistas de Bancos, presidentes y directores de asociaciones fi-

nancieras, poderosos comerciantes y viejos militares acostumbrados al poder.

Y la existencia y caracteres de estos dos partidos y su lucha, no son cosa privada del Ecuador. Son productos de la época, y existen, con más o menos variantes, en todos los países.

Y también es un carácter de la época el triunfo del partido liberal, democrático, popular, humanitario, sobre su adverso conservador, oligárquico, plutocrático, egoísta.

*‘Todavía no ha sonado para nosotros la hora
del socialismo*

Los grandes hechos históricos creo que no vienen al mundo a la evocación entusiasta de media docena de periodistas o videntes; ni la imitación se deja sentir al través de medios que por su condición inadecuada refractan los efectos del contagio. La idea socialista, como cualquier otra, ha menester el abrigo fecundante de un terreno apropiado para producir el renovador empuje que en sí lleva.

Es preciso, ante todo, que el móvil baje de la cabeza al corazón, que la idea se convierta en el sentimiento que es el gran resorte de las multitudes. Y todavía nuestras masas comen tranquilas y satisfechas el pan de la servidumbre, y entre cándidos bailes y regocijos, riegan con el sudor de su frente una tierra que no les pertenece. No sienten aún la necesidad de un Moisés que les haga atravesar el Mar Rojo de la Revolución social.

Es necesario que las masas populares se retuerzan doloridas y sensibles bajo el eterno aguijón de la necesidad y busquen intencionadamente los medios de satisfacerla y los busquen inútilmente en medio del vacío, enrarecimiento de recursos creado por la máquina social, para que suene en cualquier pueblo la hora del socialismo. Nuestras muchedumbres ¡Dios sea loado! todavía reciben agradecidas el puñado de maíz y su salario de veinte centavos.

Es menester que las multitudes hayan afinado su sensibilidad, hasta sentir con despecho y amargura su vida mísera, en comparación a las comodidades y derroches de las clases elevadas; pero las nuestras hablan todavía, con cierto dejo de alabanza, de los cientos que tal señor gasta en una noche o de los miles que tal otro gasta en un banquete.

Es indispensable que los pueblos se hallen de pie, en el camino por donde pasan las auras de las idealidades modernas que hacen sacudir la cabeza y avigoran el pecho; nosotros en tanto vivimos alejados de la gran corriente de la vida, en el montañoso aislamiento de este rincón del mundo, disfrutando, beatíficamente, la tranquilidad de las colonias medioevales.

El socialismo se ha desarrollado en el desequilibrio entre los derechos civiles políticos, la ilustración y la educación artística que por una parte disfruten las masas populares al igual de las clases elevadas, y las deficiencias económicas que por otra parte, les empuñan ante estas mismas clases.

Entre nosotros no hay tal desequilibrio: las clases populares no sólo son pobres, sino también ineducadas, ignorantes y sin derechos políticos y civiles de realidad. Entre nosotros no hay desequilibrios, matices, claros y oscuros en el

alma de las muchedumbres. Todos los datos que arroja su personalidad uniformemente opacos: ignorancia, servilismo, miseria, rudeza. No vemos en el alma ciudadana cumbres de cultura y abismo de miseria que hagan pensar en la diferencia y ansiar la nivelación: todo en ella está a un sólo nivel, un nivel bajo, muy bajo al fondo del estanque.

Durmamos tranquilos, todavía no es hora de abandonar el sueño de los justos en que nos hallamos. No hay necesidad de que la policía redoble su vigilancia, ni de que los periodistas prediquen evangélicamente paz y honradez. Así como me permito pensar, que periodistas y policía serán un puñado de arena en el huracán, llegada que sea la hora.

La servidumbre medioeval en que vivimos no es terreno adecuado para la idea socialista, que es la inquietud de pueblos de organización moderna.

El socialismo es una necesidad histórica que tiene su tiempo determinado para aparecer apesar de cualquier cataplasma con que se pretenda evitar o retardar su advenimiento. Es un eslabón en la cadena evolutiva del trabajo y la riqueza. El engranaje infranqueable de los fenómenos sociales irá creando las condiciones económicas en que él ha de nacer, y antes no veremos la *sombra del espectro*, aunque nuestra razón este convencida de que en el mundo deben reinar la justicia, la igualdad, la fraternidad. No son las convicciones las que modelan a la sociedad, sino los factores económicos reflejados en sentimientos. Los obreros de Guayaquil, por boca de un secretario, han afirmado que no se sublevarán aunque vengan los mismos Lenine y Trosky a convencerlos. Merecen la gratitud nacional, no, por desgracia, sus buenos propósitos, sino las fuerzas económicas bajo las cuales viven en el momento presente.

No está en el orden natural de las cosas que emprendan revoluciones sociales pueblos niños, que frente a especulaciones escandalosas sobre la subsistencia, no hacen sino lamentarse y hablar en oficios redactados por los directores de las confederaciones, de su propia mansedumbre y de su abnegación y de las execraciones de la Historia y de las maldiciones del cielo. Son dos momentos históricos muy alejados entre sí: *esperar con fe en los premios del cielo, conquistar con vigor los bienes de la tierra.*

Estémonos tranquilos: nuestros pueblos podrán emprender cruzadas como los europeos del siglo XIII, pero no trastornos económico sociales.

Pueblos que conocen que un monopolio les roba la mitad del precio al venderles un jarro de leche, y no se hallan en condiciones de transformar el conocimiento en sentimiento, en viviente sensación del derecho lesionado, y permiten que sus representantes elijan empleados que en su concepto corroboran el abuso, todavía pueden acarrear ladrillos para construir pirámides a orillas de cualquier Nilo.

No hay asomos de tempestad en el horizonte. Signos de tiempos banachones son que las mansas gentes ponderen con cierto orgullo de campanario, que en su provincia se hallan las más grandes haciendas de los más encopetados capitalistas; que las buenas gentes desprecien al que como ellas trabaja y suda y brega por la vida, loen y admiren y tengan como título de distinción el vivir en el ocio y el despilfarro; que las apacibles gentes consideren un honor estrechar la mano de su propio gamonal, y se saquen el sombrero con reverente superstición, ante bonetes y mu-setas, y empenen su libertad y vendan sus hijos por celebrar una misa o una romería; que las buenas gentes crean

que la pobreza es una antesala del cielo y los goces de la vida camino del infierno.

No pueden vivir en el mismo corazón las palabras del Evangelio y las doctrinas de Marx: dos mil años las separa. Mientras tanto la Confederación del Guayas hasta amenazó a nuestros gobernantes con las maldiciones de Dios. ¡Oh tiempos deliciosos de paradisíaca inocencia! No tienen más inconveniente que el que los gobernantes no participan de ella y desde Sandanápalo acá han dicho en sus adentros: *si para allá me la dejas, perdonar me la quieres*; o como los virreyes del Perú: *Dios está muy alto, el rey muy lejos, yo mando aquí*.

Viendo estamos en la capital de la República, largas hileras de jornaleros que hacen veces de bestias o carretas al llevar a espaldas montones de adobes y ladrillos. Esos jornaleros no sienten aún ni la rudimentaria vergüenza de hombres, menos fraguaran en su pecho el elevado sentimiento de las reivindicaciones sociales. El socialista es un *hombre* que busca igualdad social, comodidades y goces; nuestros trabajadores no aspiran todavía ni a la calidad de *hombres*. Nuestro pueblo tiene pocas necesidades, trabaja poco, gana poco, consume poco, se estima en poco y es considerado en nada y nada hará también aunque sus vecinos trastornen el mundo.

Ningún pueblo puede salirse de los límites que le imponen el estado de su desarrollo económico. La Francia, ahora cabeza del socialismo, llevo a la guillotina a Babeuf, por propagador de esa doctrina, hace ciento treinta años. Tomás Moro, Campanella, predicaron en el vacío hace siglos la doctrina que ahora se respira por doquiera, al rededor de las máquinas, de la división de ocupaciones, de las minas, de las crisis periódicas, del exceso de brazos y pro-

ducción, del trabajo libre. ¿Y dónde tenemos nosotros máquinas, minas, división de trabajo, crisis, excesos, pero ni siquiera trabajo libre?

El trabajo, como todo fenómeno del universo, ha tenido al correr de los tiempos, su forma propia de rítmica evolución. Al principio, ahora veinte mil años, después que el período glacial hubo vuelto avara a la tierra, antes abundosa, el hombre hizo víctima del trabajo a las mujeres y los niños. Luego después comprendió el hombre que en vez de comerse a los prisioneros, como hasta entonces lo hacía, proporcionándose el placer rápido de un banquete, le convenía mejor guardarlos dedicados al trabajo en forma de esclavos. A la esclavitud, en que el hombre es dueño del hombre, sucedió por lentas transformaciones, verificadas en Europa durante toda la Edad Media, el régimen de la servidumbre, en que el hombre es dueño de la actividad y el trabajo de otro hombre. De este régimen, por medio de la Revolución Francesa, se pasó al del salariado en que un hombre vende libremente una porción de su trabajo al otro hombre. De la etapa del salario a otra está el mundo empeñado en pasar, bajo la guía del socialismo.

Nosotros tuvimos esclavitud hasta mediados del siglo anterior. Entonces pasamos al régimen de servidumbre en que actualmente nos hallamos. Nos es preciso entrar en el régimen del salario y agotar todas sus posibilidades, para enfrentarnos con la *sombra del espectro*.

Ni apruebo, ni condeno: estudio.

Los gobernantes en las democracias latino-americanas

Sería ridículo, absurdo pretender que los gobiernos dejando de gobernar, se pongan a dar a las multitudes lecciones técnicamente pedagógicas para formar el espíritu nacional. No; los gobiernos y los gobernantes, al gobernar, educan a las multitudes con la sugestiva pedagogía del ejemplo.

Y toda notabilidad personal, todo hombre de prestigio, sin pensarlo, sin quererlo, con sólo cumplir la tarea social de su profesión u oficio, hace también obra educativa en la misma forma.

Nosotros, nacionalidad en génesis, no tenemos ni arte, ni ciencia, ni culto, ni cultura, ni dirección económica, ni vida política característicamente nacionales, hijas del alma colectiva. Estamos, como es natural, en una época de tanteos y vacilaciones en que las cosas, las ideas y los sentimientos públicos se hallan en vías de formación.

De aquí que toda notabilidad individual de la clase que sea, lleva en sus manos el cincel con que contribuye a formar o deformar el espíritu general. Todo individuo de posición conspicua al cumplir su tarea, su negocio propio, hace obra de trascendencia social a la vez.

Pero en pueblos latinos, en nuestros pueblos americanos especialmente, ninguna persona, institución o actividad atrae tanto la atención de las multitudes como la persona de los gobernantes y su labor colectiva llamada gobierno.

Es incuestionable el influjo educativo de los grandes hombres sobre las multitudes. Pues bien, en nuestras pigmeas democracias, idólatras del poder, los go-

bernantes sean quienes sean personalmente, son grandes hombres para las multitudes.

Si es esta una buena cualidad, no lo afirmo; y si es un defecto en comparación a la manera de ser de los pueblos sajones, debemos pensar, resueltamente, en sacar del mal la mayor suma posible de bienes.

Tal vez por residuos de tradición incásica y española o por exigencias transitorias de la época, es la verdad que nuestros pueblos tienen la vista fija en los gobiernos y de los gobiernos se quejan a cada momento y de ellos esperan todas las facilidades de la vida y hasta la salvación eterna.

Este es el hecho que no se puede desvirtuar con sólo lo calificarlo de defectoso y echar unas parrafadas oratorias contra él, es la premisa que debe servir de antecedente a toda conducta política que aspire a hincar raíces en la realidad psicológica del pueblo gobernador; es la necesidad que debe ser destruída o satisfecha por cualquiera que se atreve a tomar sobre sí la carga del gobierno.

En nuestra democracia latino-americana es preciso que el gobierno lo haga todo como imperiosamente lo piden los pueblos, o que, circunscribiendo su acción a lo que buena y debidamente puede hacer, despierte, con su ejemplo de laboriosidad, método y eficacia, en las multitudes el deseo de trabajar ellas por su cuenta y no esperarlo todo de él.

Esta es la disyuntiva infranqueable que se presenta por delante.

Nuestros gobiernos al abrazarlo todo, arraigan en las multitudes el perjuicio de esperar todo del gobierno; y por otra parte, haciendolo mal todo, infuden en el

ánimo ciudadano el descontento de todo, el pesimismo, la quejumbrosidad, el anhelo revolucionario, es decir, el de cambiar una jerarquía de gobernantes que todo lo hace mal por otra que supone que todo hará mejor.

En el alma de las multitudes van dejando huellas desastrosas de torcidas esperanzas y matadoras decepciones, contemplar cómo la administración se reduce a meras fórmulas y expedientes, un ir y venir de papeles y oficinistas; como las altas finanzas son lucro para los amigos políticos y las pequeñas para los corchetes del poder; como los gobiernos sirven de biombo a los caciques de la milicia o la banca que dirigen la cosa pública a su antojo y sin responsabilidad; cómo el afán de los funcionarios es dejar correr las horas con el menor número de dificultades, ladeando los negocios públicos; cómo la administración fiscal y municipal es el desbarajuste más acabado y ridículo; cómo las habilidades del hombre de Estado se hacen consistir en engañar a unos, amilanar a otros y reirse de las aspiraciones de una opinión pública naciente; cómo la venalidad, el favoritismo y el ocio van por cauce propio en las oficinas públicas, en juntas y jurados de toda clase, en informes y certificaciones de cualquier género.

A estrecho e ignaro egoismo en las clases directoras, meditado escepticismo en los espíritus jóvenes, indiferencia en las clases inferiores se reduce toda nuestra vida al rededor de la cosa pública.

¡Cuán tonificante sería para el espíritu público que los gobiernos hicieran algo, mucho más hondo que cobrar impuestos y pagar sueldos, nombrar funcionarios y dictar reglamentos!

No queremos gobierno de círculo, sino de prestigio nacional que gobierne sobre la voluntad que coopera, no sobre la indiferencia que deja hacer.

Queremos que el gobierno nos hable con sus hechos el lenguaje amado de la patria; que sus propósitos nos señalen un ideal, que en sus procedimientos veamos entusiasmo, justicia, amor, que vengan a sacudir y elevar la inercia de nuestra vida; que con su labor tesonera, activa, disciplinada, paciente, siembre en las almas la semilla del esfuerzo y la constancia.

Queremos que se despierte en las multitudes la ilusión del porvenir, que se nos haga amar el presente, que se provoque en nosotros el arrepentimiento de las horas hasta aquí perdidas entre la inacción matadora y el odio revolucionario.

Queremos que se tenga intensa fe en los destinos de la patria; que nuestro porvenir nacional no sea una duda ni un problema; que si hay una incógnita, más allá, allá se convierta, a fuerza de voluntad, en fuente de luz, de trabajo, de vida, de energía.

La fe en los destinos del porvenir es la primera fuerza para elaborarlos. El escepticismo es la agonía de los pueblos.

¿Y quién puede infiltrar fe, sugestionar a nuestros pueblos de ánimo desfallecido, mejor que los gobernantes, si más que gobernantes son hombres de ardiente convicción, de vivo entusiasmo cívico, que buscan el servir a la patria, antes que mostrarse esquivos y displicentes, rehuyendo la labor política, como importunados por el afán cívico de la multitud que quiere ahora cual nunca, ejercer su derecho soberano de sufragio.

Los candidatos en las modernas democracias ofrecen sus servicios a la multitud electora: no es el pueblo soberano quien va a la puerta de los políticos a mendigar patronato y olímpica dirección.

DE LO MORAL Y SU CIENCIA

Génesis de las ideas

Las ideas se producen en nosotros por la reunión y fusión de vacías imágenes individuales; tal como las fotografías compuestas de Galton, recibiendo las imágenes de seis personas, por ejemplo, en la idea fotográfica, durante un sexto del tiempo necesario para un solo retrato. Este retrato genérico está formado por los elementos comunes de los retratos específicos. Lógicamente hay tres operaciones: comparación de las percepciones particulares, abstracción de las desemejanzas individuales, generalización de los caracteres comunes. Sin embargo este trabajo para la mayor parte de los casos es abreviado por el *lenguaje*. Si el niño oye decir *fruta* de la manzana, de la pera, etc., llega a comprender que aquella palabra indica lo común entre lo diverso. Al enseñar un nombre para cada objeto y otro para cada clase de objetos, abreviamos el trabajo de comparación, abstracción y generalización; damos hecha la unidad de concepto aplicable a todos y cada uno de los individuos.

De igual modo se han formado los conceptos intuitivos: han nacido, ya que no de las experiencias de cada hombre en particular, a lo menos de las experiencias comunes de la raza. Por ejemplo, no podemos afirmar inductivamente que dos líneas rectas no puedan cerrar un espacio porque es imposible prolongar las líneas hasta lo infinito, al efecto de observar lo que ocurrirá en el espacio que queda dentro de ellas. Pero como en la experiencia de todos los tiempos y de todos los hombres no se ha visto ni una sola vez un espacio cerrado por solo dos líneas rectas, vienen a asociarse indisolublemente estos dos elementos: espacio cerrado y tres o más líneas. Esa experimentación perpetua y jamás desmentida tenía que dejar huellas en el sistema nervioso y traducirse con el tiempo en necesidades del pensamiento. Las verdades intuitivas difieren, por consiguiente, de las inductivas en que son el producto de las experiencias que han llegado, modificando el sistema nervioso, a transmitirse hereditariamente: las más nacen de las experiencias individuales, las otras de las experiencias de la raza.

Por igual procedimiento llegamos a poseer las ideas morales. El niño apetece y llama buenas las acciones que le producen placer y rechaza calificando de malas las que le traen dolor. Luego después son buenas las que aprueban el padre, el maestro, el ayo etc., las que traen consigo aprobación y premios. Luego vienen las experiencias de la vida pública y vemos como buenas las acciones que aprueban las leyes, las costumbres públicas, la opinión social, etc. De la suma genérica de estas múltiples y variadas experiencias individuales relativas a la bondad o maldad de todas las

acciones, un espíritu altamente desarrollado puede llegar por síntesis a la noción abstracta de bondad y maldad y a la noción todavía más abstracta de *ley moral*. Que el contenido de la ley moral es hijo de las experiencias individuales lo prueba el hecho de que varía de una clase social a otra en una misma sociedad y en mismo tiempo para otro, dentro de una misma sociedad y una misma clase, y de un pueblo a otro en un mismo tiempo. Y si se afirma que prescindiendo del contenido formal debido a la experiencia, tenemos intuitivamente el concepto de ley moral, podemos decir que, como en todos los tiempos y todos los países, ha estado el hombre sujeto a una ley de conducta de carácter obligatorio, ha venido modificándose su sistema nervioso de un modo más particular e intenso, puesto que las experiencias venían acompañadas de premios y castigos. El hombre que perpetuamente está adaptándose a las condiciones de la vida, tenía que comenzar por adaptarse a esa condición tan infalible, tan característica y rigurosa de una norma de conducta, prescindiendo del contenido de ella de suyo variable y contingente. Esta adaptación tenía que producir modificaciones orgánicas, ellas transmitirse hereditariamente y ratificarse más y definirse mejor cada día, gracias al incesante caudal de experiencias con que contribuye cada generación, y llegar por último a revelarse en forma de intuiciones o concepciones a priori de una ley moral abstracta. Por lo demás ni los mismos defensores del intuicionismo podrán decir que el mundo se gobierna por las deducciones de un principio intuitivo y no por las inducciones de la experiencia diaria.

Génesis de los hábitos e instintos (1)

Las percepciones van dejando una huella en el espíritu gracias a la cual las percepciones subsiguientes se facilitan y avivan. Wunt ha hecho este experimento: ilumina un dibujo desconocido por una serie de chispas eléctricas y observa que la percepción muy confusa con las primeras chispas se aclara sucesivamente, no obstante ser la impresión en la retina siempre la misma. Las excitaciones para ir de la periferia al centro nerviosa o viceversa, recorren determinado rumbo impresionando cierto grupo de células, que quedan de tal suerte modificadas que si vuelven a recibir la misma excitación la transmiten con mayor facilidad tal como si se educasen y adiestrasen por el ejercicio. Así un individuo que vive en el campo, distingue más fácilmente los objetos lejanos que quien vive en el reducido horizonte de la vida urbana, un matemático puede hacer cada vez cálculos mentales más y más complicados, un cazador de profesión dispara sobre la presa, mientras un novicio está tanteando por poner la mira, y cualquiera que sabe leer, puede estar a la vez paseando, sosteniendo el libro con las manos, dando la vuelta la página al llegar al final, pronunciando en alta voz la lectura, recorriendo de un lado a otro las líneas, mientras la actividad consciente está únicamente reconcentrada en el fondo de la lectura. Por efecto del ejercicio conseguimos, pues, desarrollar el órgano, eliminar todo impedimento, volver ágil y enérgica la función, engendrar el automatismo y

(1). V. Bunge "La Educación contemporánea"—I—párrafo VI.

producir conexiones entre varios órganos y actividades, efectos todos que se sintetizan en un verdadero *poder* acumulado, almacenado, que facilita en el porvenir toda acción en el mismo sentido. Cuando se llega a obtener este resultado, decimos que el espíritu posee un hábito. El hábito en formación llamamos costumbre. Y así como la idea adquirimos por la repetición de percepciones, el hábito nace en nosotros por la repetición de acciones. La repetición continuada de actos psíquicos va modificando lentamente la anatomía del sistema nervioso. Si esa modificación producida por el hábito llega a transmitirse hereditariamente, tendremos hábitos innatos, es decir, instintos. Los pájaros que viven en las islas que el hombre no ha visitado nunca, no manifiestan ningún temor cuando alguien se les acerca, mientras los pájaros de nuestros bosques temen al hombre enseguida que dejan el nido. Sea por la transmisión hereditaria de las modificaciones engendrada por el hábito de huir de los hombres, hábito engendrado por las experiencias repetidas de los daños que estos les causaban, sea por la supervivencia y mejor propagación de los individuos que adquirieron la huida como manera de conservar la vida, sea por la desaparición de los que no se adaptaron a ese nuevo medio hostil creado por el hombre, ha venido formándose gradualmente la tendencia instintiva de la huida. Podemos también comprobar por la diaria observación que los hábitos profundos de los padres se reflejan en los hijos si no en forma de instintos perfectos, a lo menos como predisposiciones más o menos vagas e indefinidas, si suponemos que los hijos perfeccionan esas predisposiciones con la adquisición del hábito correspondiente, y si esto mismo pasa en una serie inmensa de generaciones cada una de las

cuales va acumulando los efectos de su experiencia al cúmulo de las experiencias pasadas, debemos concluir que así como la repetición de acciones crea al hábito, la transmisión hereditaria del hábito organizado crea el instinto. Es pues el instinto una forma orgánica adaptada perfectamente a la función, consolidada por la repetición de experiencias y transmitida por herencia a los individuos.

Si el hábito es como dijimos una facilidad, una tendencia, un poder de producir, en ciertas circunstancias, ciertos actos, ese mismo carácter llevado a un grado más alto e imperioso encontramos en el instinto, en ese impulso ciego pronto a despertar y traducirse en acciones en esa necesidad de obrar irreflexiva al mero contacto del estímulo. De aquí que la satisfacción de un instinto acarrea mayor placer que la de un hábito o costumbre, y tratándose de un mismo instinto, en diferentes casos, el placer es mayor o menor según sea más o menos completa la satisfacción.

Génesis de los sentimientos

También es la experiencia donde hallaremos la génesis de los sentimientos. En primer lugar notemos que toda costumbre, hábito o instinto va acompañado del sentimiento correspondiente; mas podría objetarse que el sentimiento es anterior a ellos, puesto que no ejecutaríamos las primeras acciones que sirven de punto de partida a la costumbre sino porque tendríamos el sentimiento agradable inherente a cada una de esas accio-

nes. Pero aún concediendo esto no se podrá negar que el sentimiento inherente a una acción determinada, crece cuando llegamos a tener costumbre de ejecutar esas mismas acciones y aumenta más cuando esa costumbre se ha convertido en hábito. No es igual el sentimiento del dolor cuando se nos impide salir una sola vez a la calle que cuando se nos impide salir uno, dos o más días. En el primer caso se nos impide una sola acción, en el segundo se coarta la costumbre o hábito. Así podemos afirmar que cuando por repeticiones sucesivas hemos llegado a asociar a una impresión determinada la acción correspondiente, tenemos placer cuando obedecemos a esa asociación y pena cuando la violamos. Por ejemplo, si por sostener la vida nos consagramos a un trabajo desagradable, llega a suceder, por la experiencia repetida, que ese trabajo se vuelve por sí mismo agradable aún prescindiendo de que sea un medio para sostener la vida. Para el niño al principio es repugnante el estudio que no lo hace sino por el temor, por la emulación etc. y andando el tiempo puede llegar a tener placer en el estudio por el estudio mismo. En general podemos comprobar experimentalmente que, dado el instinto de conservación y su consiguiente el egoísmo, todos los sentimientos nacen de él aún los que no se refieren a la propia conservación, mediante el fenómeno psicológico denominado *sustitución de motivos* en que el sentimiento que teníamos con relación al *fin* llega a asociarse al *medio* que empleábamos para alcanzar ese fin. Así han nacido la simpatía, los sentimientos estéticos, la avaricia, el odio, el amor al trabajo, etc. Originariamente el hombre no ama sino su propia conservación y, en razón de ese amor, busca los medios adecuados y rechaza los adversos sin sentimientos especialmente determina-

dos con relación a ellos; más la experiencia incesante y prolongada va asociando a esos medios adecuados el placer que por ellos se conseguía y a los adversos el odio al dolor que ellos acarreaban, asociación que, modificando el sistema nervioso, se trasmite si no concreta y definitivamente, en forma a lo menos de una tonalidad vaga de sentimientos sociables, piadosos, crueles, artísticos, ambiciosos, etc. Además los sentimientos se desenvuelven paralelamente a las concepciones. El niño al principio no puede desear sino la leche del pecho de su madre o nodriza, después podrá su sentimiento referirse al pan en general y luego a la concepción más general de alimentos sabrosos. En los estados primitivos el amor a la propiedad se satisface sólo con la posesión de los alimentos, de un abrigo y más adelante de los vestidos; después aprecia sucesivamente, la satisfacción de poseer las armas y los útiles con ayuda de los cuales se procura la moneda con que los compra, así como compra otros objetos; las promesas de pago reembolsables en moneda y por fin el cheque pagadero en un banco: luego la propiedad artística, literaria, científica o industrial. En resumen: el sentimiento se une al principio a los resultados de experiencias concretas y avanza elevándose a nociones cada vez más generales.

Selección psíquica

Mientras más complicadamente vario es el ambiente en que vive un espíritu, es mayor el campo de las sen-

saciones que provocan las experiencias, y mayor por consiguiente el conjunto de ideas, hábitos y sentimientos que posee ese espíritu. Desde el habitante del campo que pocas y sencillas relaciones tiene con su escaso vecindario, hasta el hombre de Estado en cuyas manos están los hilos de mil problemas, vemos una escala ascendente que de una conducta correspondiente a un corto número de ideas sencillas y poco relacionadas entre sí, llega a la conducta que supone un cúmulo de altas ideas complicadamente organizadas. Lo mismo se observa en el desarrollo individual de un espíritu. Ahora bien, mientras más complicado es el medio ambiente, más variadas son las impresiones que recaen sobre el espíritu, provocando en este procedimiento diversos y a veces contradictorios sentimientos. Impresiones nuevas contradicen ideas, costumbres y hábitos antiguos. La lucha por la vida se ve también entre los diferentes elementos del espíritu. A veces los cambios bruscos del medio patentizan luchas psicológicas violentas. Un credo antiguo y otro nuevo, una manera de conducta antigua y otra nueva entran en pugna. Y también aquí triunfa el más fuerte, es decir el que mejor desarrolla la vida. Si parcialmente triunfa un instinto, un hábito desfavorable para la vida, agotándose esa vida individual, se agota también el instinto o hábito nocivos a la vida. Es un suicidio más o menos violento. Si el espíritu ha ganado en aptitudes al través de los tiempos, queremos decir que es más poderoso, que ha aumentado las maneras de manifestar su actividad y ha aumentado también la intensidad de cada una de esas maneras. Mejor se consolidan las maneras de conducta mientras más necesarias son para la vida. El sentimiento de respeto a la vida ajena p. ej. ha prevalecido sobre los

instintos de odio, venganza, envidia etc. que podían engendrar el sentimiento contrario; por eso reprobamos el asesinato. Si hubiese prevalecido el sentimiento de aprobación del asesinato ¿qué habría sucedido? que la vida hubiera decaído, se habría agotado quizá. Luego si la vida ha aumentado como efectivamente la vemos aumentada en cantidad e intensidad es porque en definitiva, así como en la lucha de las especies y los individuos triunfa el más fuerte, en la lucha de los sentimientos, hábitos y maneras de pensar triunfa el que es más favorable a la vida o lo que es lo mismo, si una manera de conducta es más fuerte o más persistente que otra es porque aquella favorece por la conservación y expansión de la vida. Así vemos que la importancia concedida a tal o cual virtud, en tal o cual tiempo o lugar es siempre proporcional a la importancia de esta virtud como condición de la existencia para el grupo social en cuyo seno es ejercida.

Libertad moral

Al aseverar, como acabamos de hacerlo, que la conducta humana está determinada por los motivos más favorables a la vida, negamos implícitamente esa facultad de nuestra voluntad llamada *libre albedrío* que consiste al decir de Taparelli, en poder, sin que cambien los motivos, determinarse en tal o cual sentido o aún suspender la acción, o, como dice Kant, en el poder de empezar por sí mismo una serie de modificaciones, o también, la facultad de *querer* una cosa u otra indiferen-

temente de tal manera que si este momento mi voluntad apetece el acto A, puede, sin que varíen las condiciones objetivas de los actos, querer el acto B contrario de A. Pero contra este concepto de la libertad está la creencia unánime de los hombres que jamás ha tenido por absurda esta pregunta. ¿Por qué quiere Ud. esto,? pregunta que implica que la voluntad en sus *quereres* es determinada por alguna causa o motivo y a esa pregunta siempre respondemos o dando el por qué del querer o diciendo " porque me dió la gana" que, como dice Voltaire, es la suprema razón de los necios, dando a entender que por falta de un análisis de los estados síquicos nos es imposible determinar con toda claridad cual, entre mil motivos, es el que se ha impuesto a la voluntad. De otra manera una voluntad libre en determinarse al *querer* sería una voluntad cuyos actos brotasen al acaso, sin sollicitación alguna de razones o motivos; una voluntad que haría inútiles la educación, la lógica y las artes que no hacen sino crear o presentar en sus reglas y procedimientos motivos para determinar a la voluntad. Este concepto pues de la libertad, como una propiedad anterior al *querer* y que nos facilita para querer una cosa u ótra sin razón o motivo suficiente de ninguna clase, parece inaceptable, pudiendo aseverarse que si en algunos casos hay asomos de esta indiferencia, ella no implica sino, como dice Espinosa, la conciencia de la voluntad y la ignorancia de las causas que la determinan. Y que esta ignorancia es altamente posible lo comprueba la observación de los mil resortes complicados que ora se neutralizan, ora se combinan antes de obrar sobre la voluntad. El calor, el frío, el viento, la humedad, la electricidad terrestre y atmosférica, la luminosidad, la geología, la orografía, la vegetación etc.

circunstancias que constituyen el medio cósmico; la nutrición, asimilación, alteraciones físicas y químicas del organismo, el estado de salud, la constitución orgánica heredada en tales o cuales condiciones, etc., circunstancias que forman el medio individual en que obra la voluntad; los hábitos, las costumbres, tradiciones, monumentos, profesiones, estado civil, clase social, forma de gobierno, leyes, instituciones, la educación, la instrucción etc, circunstancias que forman el medio social y que junto con las ótras proporcionan a la voluntad motivos y razones para determinarla, son de tal manera numerosas y complicadas que no es fácil determinar su actuación sobre un individuo, mas sí, a lo menos aproximadamente, con relación a las multitudes en virtud de la ley estadística denominada *ley de los grandes números*, en virtud de la cual podemos ver cómo ciertas causas producen ciertas determinaciones en la voluntad. Vista la relación que hay entre el *querer* y su antecedente el *motivo*, veamos la que existe entre el *querer* y su consiguiente la *acción*. Quiero ir a pasear y efectivamente voy; quiero no ir a pasear y con todo voy por prescripción médica; p. ej. quiero comer y como de hecho; quiero comer y no como por falta de alimentos p. ej.; en estos y otros ejemplos vemos cómo el *querer* es independiente de actividad, porque podemos *querer* una cosa y la actividad estar contradiciendo ese *querer*. Luego los actos queridos se distinguen en dos grupos: actos traducidos en acciones y actos no traducidos en acciones; los últimos se diferecian a su vez en actos queridos y no traducidos en acción por impedimentos físicos y en actos queridos y no traducidos en acción por impedimentos morales. Por ejemplo: quiero ir a Europa y no voy por falta de dinero, quiero pasear y no lo hago por

lesión, o quiero matar y no lo hago por impedirme la moral, quiero no firmar un documento y lo hago por imponerme un salteador. Luego pues la libertad es la facultad de hacer lo que queremos, cuando queremos lo que física y moralmente es posible. Cuando más estrecho es el círculo de la física y moralmente posible, menor es nuestra libertad y viceversa. El sujeto de la libertad no es pues la voluntad en cuanto *quiere*, sino la voluntad en cuanto *obra*; el querer está determinado por motivos, mas el obrar no está infaliblemente determinado por el querer; si obramos queriendo hacemos uso de la voluntad libre, si obramos sin querer hay violencia a nuestra voluntad libre. Esta independencia íntima del querer que no puede ser destruída ni alterada, a pesar de las violencias físicas y morales que nos lleven a obrar de manera distinta o tal vez contraria a ese *querer* es lo subsistente frente al necesario determinismo con que la voluntad llega al fenómeno *querer*; y se llama libertad moral o facultad de *querer* unicamente por motivos adecuados o facultad de *querer* a pesar de la violencia demotivos inadecuados.

Sociabilidad y moral

Este problema podría plantearse así:
Somos morales porque somos sociables,
O somos sociables porque somos morales?
La ciencia responde que la sociabilidad
es antecedente a la moralidad.

Aun cuanto no es hora de definir la conciencia moral, bien está dar siquiera una idea de ella diciendo que

es una imposición de nuestra conciencia respecto a ejecutar unos actos que se los llama buenos y evitar otros que se los llaman malos, sin consideración a las consecuencias placenteras o dolorosas de ellos y cuyo obediencia trae satisfacción a la misma conciencia o cuyo desobediencia acarrea remordimiento. Si una conciencia no tiene todavía más norma de conducta que los placeres y dolores sensibles como el niño, el animal, el idiota, no hay todavía allí el elemento moral. Los dictados de la conciencia moral y las indicaciones de la sensibilidad siguen por naturaleza en camino paralelo; pero ese paralelismo no es absoluto y necesario. De allí la dificultad de la distinción, la cual se hace palpable en casos extremos en que el deber nos lleva al dolor y la violación del deber al placer. Entre la conciencia moral y el placer tomada esta palabra en su más amplio sentido, hay un ligamen final; pero puede haber y efectivamente hay discordias entre una orden especial de la conciencia y los dictámenes inmediatos de la sensibilidad. Ahora bien, la experiencia ha venido a probar que un hombre que no ha tenido conducta social de ninguna clase, carece absolutamente de una norma de conducta que se eleve mas allá del placer y dolor sensible. La base indispensable del sentimiento moral es el instinto de sociabilidad, por eso es que vemos algo como el remedio del sentimiento moral en los animales sociables que nos dan muestras de sacrificio del placer y el interés del agente en aras del bien de otro. Si no hay simpatía mal puede haber sacrificio; si no hay sociabilidad, mal puede haber moral. La moralidad supone que a tan alto grado de desarrollo han llegado la concepción de la necesidad que tenemos de la vida en sociedad, y el sentimiento de esa necesidad, en una palabra que tan profundamente se ha impuesto en nosotros la vida en común, que en muchos casos de pugna

entre nuestro interés y el de los demás, sacrificamos el nuestro antes que renunciar a la vida social. Entrando en pugna mi interés con el de los demás, o sacrifico los intereses de los demás en aras del mío, y entonces soy insociable e inmoral; si abandono la vida social antes que someterme a ese sacrificio soy asociable y amoral, si sacrifico mi interés soy sociable y moral. Fuera de la sociedad no hay pugna de intereses, por consiguiente no existen los datos para plantear el problema moral; fuera de la sociedad no hay experiencias morales y como sólo de resultado de experiencias morales se forma la conciencia, faltando aquellas faltara ésta. Por otra parte, entre los dictados de la conciencia moral y las leyes fundamentales de la vida hay perfecto acuerdo o, más bien dicho, son las mismas. La moral y la vida dicen: cuida de tu descendencia, no mates a tus semejantes, aliméntate etc. Y si no hubiese habido este acuerdo, habría sucedido que por selección natural, si hubiesen prevalecto las leyes de la vida, habría ido en decrecimiento la fuerza de la conciencia moral hasta desaparecer o si hubiese prevalecto la conciencia moral la vida habría seguido el camino contrario; pero el hecho es que tanto la vida como la conciencia van ganando terreno en cantidad y calidad. Pero es así que la vida tal cual la vemos es un producto de la sociedad, luego la moral es cosa idéntica; el estado actual de la vida y de la conciencia moral son, pues, en definitiva productos sociales. Sabemos ya *por qué* la conciencia moral nace de la vida social; el *cómo* esa conciencia nace de esa vida, lo hemos visto en uno de los párrafos anteriores.

Moral relativa

En la conciencia moral podemos distinguir lo que se llama *forma y materia*. Forma es el carácter imperativo de los preceptos y materia son los preceptos en sí mismos. Toda conciencia manda categoricamente; pero manda algo. Este algo es la materia de la conciencia. La forma es común a todos los hombres pero nó la materia. Pueblos hay donde la conciencia dice: robarás y ótros donde dice lo contrario. La conciencia moral es pues, comprendiendo materia y forma, una norma imperativa de conducta amoldada al estado de asociación. Así hemos visto *cómo y por qué* el individuo por experiencias sociales repetidas, acumuladas y heredadas, llega a adquirir la materia y la forma de la conciencia moral. Ahora veamos *por qué* una sociedad llega a tener y sentir unos actos como buenos y ótros como malos. El individuo es moral como la sociedad quiere que sea según lo hemos demostrado; ahora veamos por qué la sociedad es moralmente tal como es; por qué en unos pueblos se aprueban y en ótros se condenan el robo, el adulterio, el infanticidio, (Esparta) etc. Vamos en definitiva a buscar cual es la piedra de toque que tienen los pueblos para oceptar unos actos como buenos y rechazar ótros como malos. Así como según vimos antes, es el principio de la conservación de la vida, lo que determina qué hábitos y tendencias del espíritu han de prevalecer sobre ótros, de igual modo el instinto de conservación social o del mayor número es lo que determina qué forma de conducta ha de prevalecer sobre ótra. Las que favorecen la conservación y el desarrollo de la vida son calificadas y exigidas como buenas, las contrarias son calificadas y prohibidas como malas. Las que se hallan entre estos extremos participan de un tinte intermedio de moralidad: son conde-

nados tolerantemente porque sólo indirectamente hieren la vida social procedimientos contrarios p. ej. a la castidad. Pero esas acciones que favorecen o contrarían la vida salvo un reducido grupo de carácter fundamental varían de un pueblo a otro, en razón de que las circunstancias y condiciones en que los pueblos viven, también varían de un pueblo a otro o de un tiempo a otro. El fin perseguido es siempre el mismo: conservar la vida social; mas los medios varían porque lo que en un pueblo es adecuado a ese fin en otro no lo es. Un pueblo agrícola tendrá como mejor una forma de conducta que no la tiene por tal un pueblo comerciante; un pueblo rodeado de enemigos tiene que, para conservar la vida, aprobar ciertas formas de conducta que no aprueba un pueblo pacífico; un pueblo que tiene abundancia de alimentos no llegará a las mismas conclusiones que un pueblo que vive en un país pobre; la vida en zona tórrida indica diferencias de conducta respecto de la vida en la zona fría; un pueblo que tiene necesidad de los comerciantes extranjeros que van a él no tiene la misma conducta respecto de ellos que otro que no los necesita. Si los hombres hubiesen aprobado los actos contrarios a la vida social, ésta habría desaparecido ya. Mas como la vida existe y existen también ciertas formas de conducta practicadas por los diferentes pueblos, es claro que estas formas y la vida están de acuerdo. Si las sociedades proyectando lo resultante de los instintos individuales, poseen un instinto de conservación, no pueden al probar las formas de conducta ir contra el principio de la conservación de la vida. Las condiciones indispensables a cualquier forma de vida social, forman un grupo de verdades morales universales, nacidas como consecuencias necesarias de la naturaleza de las cosas y no podrían dejar de ser sino variando toda esta naturaleza; verdades que son tenidas como normas imprescindibles de

conducta en las relaciones de los asociados entre sí y sobre las cuales se levantan los tan variados modos de conducta de los diferentes pueblos. La moral se parece a una serie de edificios diferentes entre sí en razón del diferente objeto de cada uno de ellos, como un hospital, una Universidad, una casa particular etc.; pero que tuviesen todos cimientos de una misma manera de construcción.

Moral absoluta

Entre las morales de los diferentes pueblos hay algunas que sancionan la destrucción de la vida, no la vida dentro del mismo pueblo porque entonces esos pueblos ya no habrían existido, sino la vida de sus vecinos. Es decir sancionan el estado de guerra. Ahora bien, entre los sentimientos exigidos por la vida social interna y los sentimientos que desarrolla la guerra externa hay pugna y verdadera lucha. En el estado de guerra es preciso efectuar iniquidades, destruir la vida, irse por el camino de las agresiones, del pillaje, venganza, la mentira, el desdén al trabajo y a todas las virtudes sociales. Cuál de estas dos tendencias debía haber prevalecido si es que la vida se conserva y cuál efectivamente ha prevalecido? Si hubiesen prevalecido definitivamente los sentimientos guerreros habría sido imposible la vida, luego tenían que los sentimientos pacíficos y sociales ir ganando terreno y comprendiendo no sólo las relaciones de los individuos de una misma sociedad, sino también las relaciones de individuos de sociedades diferentes. Así que si por las necesidades de la vida se crea la vida

social entre los individuos, por las mismas necesidades se crea la vida social entre los pueblos. Los instintos guerreros si aparentemente tienden a desarrollar la vida de la sociedad, efectivamente la destruyen, porque crean, fomentan y desarrollan sentimientos contrarios a la simpatía social. Si esos sentimientos hubiesen triunfado la vida habría desaparecido ya. Así es cómo la vida social entre unos pueblos y otros va extendiéndose cada día y haciendo cada vez más intensa. Y tal como esa paz relativa interna de cada pueblo, ha nacido la moral relativa a proteger las condiciones de vida especiales a cada pueblo; también cuando la convivencia universal sea perfecta, cuando la paz no sea relativa a la vida interna de cada agrupación sino absoluta, la forma de conducta adaptable a esa vida sería también absoluta. Hoy nos regimos todavía por la moral de compromiso entre la paz y la guerra, entre la vida para los de la propia asociación y la muerte para los de las otras asociaciones. En este conflicto van ganando cada día más terreno la paz y la vida. Al principio se decía: no matarás a los de tu tribu, pero sí a los de la tribu vecina; ahora pensamos que si debemos respetar la vida de nuestros coasociados, debemos alabanza y aprobación a nuestros ejércitos que vienen destruyendo mil vidas enemigas. Pero estos sentimientos duros y crueles que tenemos para con las sociedades distintas, tienden a endurecer los sentimientos para con nuestros propios coasociados. Pero como más necesaria e imperiosa para la vida es la cooperación interna, los sentimientos que nacen de esta cooperación prevalecen sobre los sentimientos que son a la vez causa y efecto de las guerras externas. De aquí que la paz, la cooperación, la vida social entre los diferentes pueblos crece cada día. Si supone-

mos una paz absoluta y universal tendremos la forma de conducta absoluta y universalmente moral. Y que los pueblos se encaminan a esa paz, a esa moral lo comprueba la historia. Toda la Europa, toda la América, gran parte de Asia y Australia y una siquiera pequeña parte del Africa, tienden a la paz y la vida social. De allí que igualándose las condiciones de vida, ésta se rige por leyes cada vez más uniformes. Es decir la moral va dejando de ser relativa a cada pueblo como las condiciones de vida van dejando de ser relativas a cada pueblo. La evolución social y la individual reobran pues incesantemente la una sobre la otra: van paralelas a la paz y la moralidad: dos aspectos de la vida. Y la vida, la socialidad, la moral internas influyen favorablemente en lo exterior de donde parten reacciones hacia aquella. Si la conducta se valoriza por la cantidad de vida que produce y si la vida ha aumentado en cantidad y calidad quiere decirse que la conducta se va perfeccionando, es decir, evolucionando.

Conciencia social

Sabemos ya el *porqué* una sociedad prefiere una conducta más bien que otra. Ahora es preciso saber la manera cómo se realiza esa preferencia, es decir, el procedimiento social por el cual las formas de conducta más favorables a las condiciones de vida de cada sociedad llegan a ser adoptadas por esa sociedad. Debemos distinguir en la conducta las formas indispensables para la vida, y las formas secundarias, aunque entre unas y

ótras no se pueda trazar una línea de demarcación precisa, puesto que se unen por insensibles matices. Las formas indispensables para la vida no son anteriores ni posteriores al hecho de la asociación: nacen con él. Todos los individuos sin previo convenio ni acuerdo, aprueban ciertas formas de conducta sin las cuales la vida sería imposible. Estas formas no están sujetas a discusión, y quien nos las impone no es la sociedad precisamente sino el instinto de conservación. Este instinto dicta fundamentalmente las mismas normas a todos los individuos. La sociedad y esas formas de conducta se compenetran necesariamente: vacilar en aceptar esas formas de conducta habría sido la muerte. La sociedad aún la más sencilla no puede vivir sino en condiciones determinadas. Supongamos una sociedad cuyos miembros consideren meritorio matarse entre sí: es claro que una sociedad así no podría subsistir, dejaría de existir como una monstruosidad de la naturaleza. Estos y otros principios son sociables por sí mismos y no podemos decir que lleguen a ser sociables, que la sociedad los adopta, ni que para llegar a ellos ha habido necesidad de una preferencia o selección social. Esta clase de principios forman pues una especie de credo moral fundamental de la sociedad que se impone inexorablemente a los individuos. Pero hay otras formas de conducta que no atacan ni favorecen tan directa y clara-mente la vida. ¿Cómo pues la sociedad se decide por unas y rechaza otras de esas formas? ¿Cómo ciertas formas de conducta llegan a ser sociables? Por la imitación recíproca de los individuos de una sociedad; por la selección entre imitaciones en caso de lucha; por la acumulación de esas normas de conducta en lo que llamamos conciencia social. Efectivamente: todo acto o

expresión es un estimulante para los centros nerviosos que lo perciben o lo comprendan y provocan movimientos que tienden a copiar más o menos los originales. Así un individuo imita a otro y otros imitan a éstos y así sucesivamente hasta chocar contra una manera de proceder contraria. Esto, sin embargo, no ocurrirá normalmente si la acción imita en desagradable o conduce de un modo manifiesto al aniquilamiento y la muerte. La imitación de ejemplos notables o imitaciones más beneficiosas tienden siempre a dominar o a combinarse a imitaciones de menor importancia. Es una lucha por la existencia entre las imitaciones. Del mismo modo ciertos cortes y colores de vestidos, cierto procedimiento de edificación, ciertas formas de lenguaje, ciertas diversiones, creencias y usos y hasta ciertos delitos peculiares presentan un gran poder fascinador y persisten y se extienden, mientras otras formas se olvidan rápidamente. En toda sociedad se puede observar siempre una aproximación general hacia ciertos tipos persistentes de acción, de expresión y de carácter. Tal es el procedimiento de *socialización*. Y éste es el que en último término crea una lengua común, ideas y modas comunes, así como formas de conducta comunes o sociales. Y así como en cada espíritu en cada sociedad hay un conflicto de imitaciones. Unas prevalecen sobre otras o combinándose forman una tercera. Una nueva idea, una nueva práctica nacen por fusión de ideas antiguas o de prácticas establecidas. Las experiencias de estas imitaciones van dejando tras sí un cierto residuo común a todos los individuos y en cierta manera impersonal, pertenece a todos, es obra de todos, está en todos, y se impone a todos. Cada nueva generación nace en este medio social y tiene que adaptarse a las formas estableci-

das. La sociedad aunque constituida por individuos ejerce una poderosa reacción sobre cada individuo. Al principio dice Montesquieu, en el nacimiento de los pueblos el individuo modela a la sociedad; en su madurez la sociedad modela a los individuos. De igual manera la experiencia colectiva de la raza moldea la experiencia de los individuos. Hace a un hombre aceptar lo que no puede comprender y le hace obedecer aunque no crea. Sus pensamientos son suyos sólo parcialmente; son también pensamientos de los demás. Sus acciones van guiadas por la voluntad de los otros. Si se revela, si no siente lo que todos sienten se prescindirá de él, se le eliminará, se le contará entre los anormales o locos. Siendo la experiencia limitada y débil la espontaneidad individuales, nos enriquecemos y asimilamos las experiencias ajenas: así sabemos por ejemplo que el alcoholismo mata, que la prostitución degenera. Una nación, una tribu, una secta, son el medio del espíritu individual al modo como el río, el mar, el estanque son el medio del pez; sólo al travez de él conocemos el mundo. ¿Qué ciencia tendría el individuo si la sociedad no la proporcionase? La nación afecta a la tribu, la tribu a la secta, ésta al individuo. Mas, esto no quiere decir que el individuo sea enteramente pasivo, reobra sobre la sociedad a su vez ayudando a crear la conciencia social de la cual participa. Y no debemos tomar como simple figura de lenguaje las expresiones del espíritu social del cual es parte la conciencia moral social. El espíritu social es más que todo espíritu individual y domina toda voluntad individual. Existe en los espíritus individuales, y en toda institución, en toda creación social. Tal es el carácter de la legislaciones, de los libros religiosos, de las máximas vulgares, de las reglas de la mo-

da, de las expresiones del lenguaje. En suma, la existencia de cada hombre está dominada por *imperativos* sociales que tienden a realizarse aún a pasar del individuo. Se puede pues decir que tienen una existencia independiente de sus manifestaciones particulares, que es lo que les da su carácter social. Las ideas, los sentimientos sociales existen de alguna manera independientemente de las conciencias individuales, y cuando se traducen en hechos, cuando se realizan, los llamamos hechos sociales, y revelan más que la personalidad del que los ejecuta las características del tipo social. Así pues el fenómeno moralidad, el hecho moral es eminentemente un *hecho social*, un *fenómeno social*. Cuando obramos moralmente hay en nosotros algo más que nuestro *yo*, hay el *yo social* asimilado a nosotros, penetrado en nosotros. En el acto inmoral se sobrepone nuestro *yo* al *yo social*; por eso la sociedad lo condena.

Método para la ciencia moral

Concluidos estos prolegómenos que nos hacen conocer cómo y por qué se constituyen la conciencia individual y la conciencia social, podemos entrar más resueltamente en el estudio de la moralidad.

Provisionalmente diremos que por moralidad entendemos la adaptación de la conciencia y la conducta a las leyes de la vida. Esta será la conclusión que se desprenda de la primera parte de nuestro estudio. Para llegar a ella emplearemos el método inductivo. En la segunda parte deduciremos de esa noción las conclusio-

nes que ella encierra para los casos prácticos de la vida. Pues para que una ciencia se constituya se necesita una gran masa de hechos de los cuales se pasa a las generalizaciones de los mismos hechos, una vez generalizados hay que descubrir el principio único a que obedecen, el hecho fundamental del cual son manifestaciones los hechos observados. Conocer este hecho fundamental quiere decir conocer el cómo y el por qué de él, es decir las leyes de su ser. Luego después, mediante la deducción, aplicaremos esas leyes a casos particulares. De la observación de las actividades humanas descubriremos cual es la causa final de esas actividades y luego podremos determinar en cada caso concreto la manera de conseguir ese fin. Los hombres no tienen necesidad de que se les enseñe cual es el fin específico de su conducta: la ciencia no hace sino descubrirlo. Pero cómo y por qué medios podemos conseguir ese fin es lo que enseña la ciencia de la moralidad y para enseñar esto tiene que estudiar la naturaleza de ese fin y darse cuenta de las leyes por las cuales él se produce. Otros sistemas proceden exclusivamente por deducción. Presumen no tener necesidad de buscar en la experiencia y en la realidad de las cosas el principio moral, El agente moral encuentra en sí mismo por mera introspección ese principio fundamental. Tienen como dato primero....

Fin moral u objeto de la actividad

Lo que hay de común en los diversos significados de un término es lo esencial de él y puede más fácilmente no-

tarse si comparamos dos aplicaciones de ese término lo más diferentes entre sí. Busquemos así el significado de las palabras bueno y malo. Un cuchillo, un fusil, una casa y en general todas las cosas animadas son buenas cuando son adecuadas a alcanzar fines determinados; un día, una estación etc. decimos buenos si nos han permitido satisfacer algún fin deseado; de la misma manera un ser vivo llamamos bueno con relación al fin determinado a que se adapta y un acto humano es bueno cuando se adapta con éxito al fin propio del acto. Lo bueno y lo malo no es pues un carácter intrínseco de las cosas, sino enteramente relativo al fin: así una cosa buena puede cambiarse en mala perdiendo suma daptabilidad al fin; una misma cosa puede ser mala con relación a un fin y buena con relación a ótro. Por este motivo podemos decir que el objeto de la voluntad es *lo bueno* o el bien. Si la voluntad se propone un fin tiene que desear o querer los medios adecuados a ese fin, es decir *lo bueno*. Y esos medics son queridos en razón de ser considerados como buenos, aunque objetivamente resulten inadecuadas al fin. Concebir que la voluntad queriendo un fin; busca los medios inadecuados a él, es decir, quiere lo malo es un absurdo. Querer lo malo, es decir, querer los medios inadecuados al fin, es querer y no querer, ser y no ser. La voluntad quiere las cosas o acciones en razón de ser *buenas*. ¿Cuándo llamaremos pues a la conducta humana, buena o mala? Ante todo diremos que conducta se llama al conjunto de actos humanos encaminados a un fin. Debemos pues ante todo conocer ese fin, si se adapta a él, la conducta será buena y mala en caso contrario. ¿Cuá¹ es el fin último de la actividad humana; cuál es el criterio, el principio para juzgar de la bondad de la conducta? Este principio es la vida; ella es causa y al mismo tiempo fin de la actividad; causa universal de nuestros actos y fin uni-

versal de ellos; prescindiendo de la vida no podemos pensar en la actividad humana; y esa actividad a su vez tiene como efecto constante la vida. Entre las múltiples y variadas formas de efectos que produce la actividad, hay algo de común; ese algo común es lo que especifica, determina el carácter propio de la finalidad que persigue la actividad.

“La vida en general es o nó un *desideratum* de la conducta. Si lo es, todos los modos de conducta que contribuyen a su plenitud, deben moralmente aprobarse; y si no lo es, se acata la cuestión: no hay que preocuparse de la vida y todos los problemas que a ella se refieren incluso los morales, desaparecen.—Spencer”

Lo que hay de común entre las diferentes formas de una función constituye el carácter o fin específico de esa función. La vida es deseada universalmente y todo lo que se desea es siempre alguna forma o alguna función de la vida: la satisfacción de la inteligencia por ejemplo es satisfacción de la vida en su función más elevada, en su tendencia más propiamente humana. Ahora bien el fondo común de todo deseo, lo esencialmente deseado, es lo que se llama lo *deseable*. La vida es pues causa y fin, unidad, síntesis del deseo y de lo deseable: es la trama general de la actividad ya sea ésta consciente o inconsciente. Y si la actividad no tuviese como fin último la vida; la resultante de cualquiera o alguna forma de la actividad sería la muerte; es decir, la cesación de la actividad: sería la actividad causando la muerte por función natural. Pero así como repugna al entendimiento que una cosa sea y no al mismo tiempo, repugna también que la función de un organismo consista en dejar de funcionar: esto implica afirmar la función y negarla al mismo tiempo.

“Véase Hoffding, Psicología pags. 426 y sgts. Importancia biológica del sentimiento.”

No podemos concebir la existencia de una entidad que tenga por objeto dejar de ser; ser la negación de su propio ser, de su misma existencia. No podemos concebir un medio cuya esencia sea no servir de medio. El fin de la actividad es, en definitiva, la vida: una actividad que mata deja de ser actividad. Y mientras más complicada es la actividad más alta es la suma de vida; hay un perfecto paralelismo entre una y otra. Cuanto más inferior es un organismo más a merced está de las circunstancias; no hay adaptación de actos afines; un infusorio nada bajo la influencia de las energías externas; un rotífero agita circularmente sus pestañas para atraer presas, fijándose en los objetos con su cola prehensiva y contrayéndose para defenderse y prolongar su existencia; un sefúlópodo se arrastra en el litoral, explora las grietas, nada, ataca a los peces, se envuelve en un licor venenoso para librarse de sus enemigos, usa de sus tentáculos para apresar o para adherirse a los objetos; un elefante descubre su alimento en un radio; inmenso huye con rapidez; quiebra ramas cargadas de frutos para comerlos; ataca con trompa, colmillos y patas, se espanta las moscas con una varita, lanza gritos de advertencia a los otros elefantes, se agrupa para la defensa, pone centinelas para el descanso, envía individuos de descubierta cuando viaja; un hombre civilizado adapta mejor su conducta que un salvaje para producir la nutrición, la fabricación de útiles y casas, combina series de actos para obtener bienes lejanos, es más dueño de la naturaleza y menos esclavo de las influencias exteriores, de suerte que así se aumenta la duración y la intensidad de la vida. A mayor suma de actividad corresponde

pues mayor vida y a la inversa. De todas maneras venimos a parar en que el fin remoto de la voluntad es la vida; en que el instinto de conservación es el fondo latente de toda actividad; en que la conducta humana es la adaptación de medios más o menos próximos o remotos a la conservación del ser. Si procedemos deductivamente comprobaremos el resultado de las inducciones anteriores. Efectivamente: El principio de la persistencia de la fuerza se impone necesariamente al pensamiento; no podemos demostrarlo, pero su negación es la negación de la conciencia, de la observación, de la ciencia. Lo que llamamos leyes del universo, principio de casualidad son aspectos de ese principio. Este es el principio también de la psicología, puesto que la persistencia de la fuerza se nos manifiesta inmediatamente como la persistencia de la conciencia. Si la fuerza no puede comenzar ni dejar de ser, toda manifestación nueva de una fuerza, debe ser interpretada como el efecto de una fuerza antecedente. De aquí se deriva la transformación y correlación de las fuerzas que es una verdad así en las fuerzas sociables como en cualesquiera otras. Ninguna existencia viene de la nada; ninguna existencia termina en la nada. Toda modificación sufre una fuerza modificante. Ahora bien si a la actividad produzca la vida en un momento, no puede dejarla de producir en otro mientras permanezca ella misma. La vida tiende a conservarse mientras no haya una fuerza incidente que la modifique; el ser tiende a perseverar en el ser porque los elementos que se han confinado en él no pueden producir otro ser o modificarse sino con intervención de una nueva fuerza o elemento cuya aparición supone la variación del ser. El ser tiende a perseverar en él mismo, porque no puede ser y no ser al mismo

tiempo. Venimos pues a parar en que el ser vivo tiende a perseverar en sí, esto se llama el instinto de conservación. Las inducciones y la deducción están, pues, acordadas en afirmar que la vida es la finalidad suprema, última de la actividad, y la conducta será buena cuando se adapta a ese fin, mala en caso contrario.

Criterios de la moralidad

Estudiemos ahora los diferentes criterios que han inventado los autores para juzgar de la moralidad. Esos criterios se derivan de los fines que han asignado a la actividad humana. Unos juzgan buena la conducta que produce placer y mala la que produce dolor: son los hedonistas, epicureistas y utilitarios; otros asignan como término supremo deseable la felicidad o la dicha o posesión del bien y según eso llaman buena o mala la conducta según encamine o separe de ese término; otros por último determinan como fin de la voluntad la beatitud o sea la vida ultraterrena en contemplación o penetración de la divinidad. En todas tres concepciones va envuelta la noción de la conservación de la vida, y lo que hay de común y permanente en las diferentes concepciones de una cosa es lo que constituye la verdad de esa cosa. En la doctrina del placer viene sobre entendida la del vitalismo, puesto que por regla general el placer indica un aumento de vida y el dolor una disminución de ella. El dolor sirve en la naturaleza para indicarnos cuando la vida está en peligro. Y si hay placeres que llevan a la muerte y dolores que conducen a

la vida, eso no quiere decir que el dolor y el placer, al momento mismo de experimentarlos y no en sus consecuencias, dejen de ser una expresión de disminución o aumento de vida. Luego quien sigue la regla del placer sigue al fondo la misma regla de la vida. Las nociones de dicha, felicidad, posesión del bien suponen necesariamente la conservación del ser para el goce de la dicha o felicidad; la posesión del bien implica la conservación del poseedor: no puede haber atributo sin sujeto. La doctrina de la beatitud supone, más claramente que las anteriores, la conservación del ser, aún cuando las condiciones de esa conservación las entienda de muy diferente manera. Todas las teorías están en definitiva acordes en juzgar que es buena la conducta favorable a la perseverancia en el ser aún cuando a este concepto vengan agregadas ideas de segunda orden que no implican la finalidad última de la voluntad.

El vitalismo o la vida como criterio moral

Pasemos ahora a analizar "la fórmula de la vida" a fin de darnos cuenta de todo su valor y alcance. Por instinto de conservación, por perseverancia en el ser y la vida no debemos entender la tan estrecha concepción de la satisfacción de las necesidades nutritivas y el mantenimiento ileso del organismo. La vida es algo más, es mucho más. Desde luego desde el punto de vista puramente fisiológico vivir es no sólo nutrirse sino también reproducirse: no sólo es consumo sino también fecundidad: no sólo es la vida del individuo sino también la de la especie; sofocar la reproducción de la especie es

mermar la vida del individuo. Cuantas nuevas faces de sentimiento, de penetración, de actividad, de voluntad de carácter aparecen en el individuo cuando ha reproducido la especie! La personalidad individual se continúa, se prolonga, se muestra en nuevas formas. No podemos pues concebir sino como intimamente compenetradas la conservación de la vida individual y la de la especie. Mas aún, la vida no es, no puede ser puramente física; es vida humana, esto es, de razón, de sentimiento, de voluntad. La razón vive conociendo más y mejor la naturaleza, el sentimiento más profunda y más vastamente la naturaleza; la voluntad cooperando más activamente en ella para totalizar la vida. Pero todavía parece que la fórmula de la vida gira exclusivamente sobre la conservación individual y con todo no es así. La fórmula de la vida comprende así lo individual como lo social: son dos círculos concéntricos: más se amaría uno a sí mismo si no amase a los demás: el egoísmo supone necesariamente el altruismo y recíprocamente. En efecto: la plenitud de las satisfacciones egoístas en el estado de sociedad exige que se nos deje gozar de los beneficios producidos por nuestros esfuerzos, en lo cual va envuelto el altruista reconocimiento de que los beneficios producidos por los otros los gozan ellos. Al reclamar nuestros derechos hacemos implícitamente una demarcación mas allá de la cual nada se nos debe: el egoísmo está trayendo en sí altruismo. Además, para que se nos administre justicia debemos cuidar de que los órganos que la administren se perfeccionen; para que nos presten mejores servicios debemos querer que los demás se vigoricen, adiestren y agiliten; para conservar mejor nuestra salud debemos preocuparnos de lo que contribuye a la salud de todos;

para librarnos de la torpeza o ignorancia de los otros debe interesarnos la instrucción de los otros; para librarnos de la falta de conciencia de los que nos rodean nos interesa que se eleve el carácter moral. Así el perfeccionamiento de los otros así físico, intelectual y moral importa personalmente a cada uno. Enajenándonos la simpatía perdemos la ayuda gratuita que tantas veces necesitamos en la vida, perdemos un vasto dominio de goces sociales, perdemos esas exaltaciones de la alegría y las dulcificaciones del dolor que proceden de la simpatía humana. Por otra parte la sensibilidad para los placeres egoístas se mantiene mejor si éstos se alteran con placeres altruístas, porque, como se sabe, las funciones producen un gasto y exigen una repartición: la persistencia de la sensación agradable amengua la percepción de ella. La fórmula de la vida no se reduce a vivir para sí, tenemos también que vivir para los otros. Al centro de la vida está necesariamente el individuo; pero la vida no se reduce a ese centro; es así mismo necesariamente una radiación al rededor de ese centro. Analizando el objeto de la actividad no podemos distinguir que una parte de esta se adapta al fin que consiste en obtener la más perfecta vida individual; otra al fin que consiste en obtener la más perfecta vida de la especie, y otra por último al fin que consiste en obtener la más perfecta vida social: la síntesis de estos tres fines obtenida por subordinación de causa a efecto, de antecedente a consiguiente, es el objeto final de la voluntad.

Moral absoluta y moral relativa

Si queremos vivir, como efectivamente lo queremos de tan irresistible manera, debemos querer los medios adecuados a conseguir ese objeto. Mas la apreciación de esos medios será un asunto puramente subjetivo para cada individuo; o habrá ciertas formas de conducta que necesariamente lleven a la vida y otras que nó. Todos los hombres quieren la vida; cada hombre sigue la conducta que cree adecuada a ese fin; pero entre *el creer adecuada una cosa* y que esa cosa sea *efectivamente adecuada*, hay diferencia. Dos cultivadores de maíz pueden obtener resultados muy diferentes según que el uno aplique al cultivo los medios que por *sí mismos* son buenos, y el otro los procedimientos que aun cuando él los tiene por completamente buenos y adecuados en un todo, no son los que enseña la misma naturaleza del maíz. No es, pues, lo mismo que el agente conciba una cosa como medio adecuado a un fin, que efectivamente dada la naturaleza de las cosas, ese sea el medio adecuado. Todos los hombres quieren la vida, pero no todos conocen la línea recta de las leyes de la vida; se encaminan a ella poniendo medios que no la consiguen por completo. Unos en su conducta sacrifican algo de la vida individual; otros algo de la vida de la especie, y muchos sacrifican gran parte de la vida social. Pero como la vida es una, nadie que sacrifique algo bajo un aspecto, deja también de perder bajo los otros aspectos. La ciencia moral tiene por objeto señalar las leyes fundamentales de la vida y deducir la conducta que esas leyes implican; esta sería la moral absoluta porque produciendo la vida nada traería en contra de ella. Todos los hombres han querido y buscado la vida, pero han divagado en el desierto, no han conocido la línea recta; la ciencia moral tiene por objeto mostrar esa

línea recta. Todos los pueblos han buscado la vida y han ido acercándose a ella, pero por caminos extraviados, produciendo siempre una dosis de vida con un tanto de muerte: las guerras, las injusticias, las violencias, la depravación de las costumbres, la crianza deficiente de la prole más o menos sancionadas o toleradas por los pueblos hacen que esas morales sean una mezcla de vida y muerte; por eso esas conductas son una moral relativa. No han conocido los pueblos hasta hoy la moral absoluta, la conducta que produce sólo vida sin nada de muerte. Algunos pueblos han errado tanto que sólo conocían una conducta que paulatinamente les ha llevado a la desaparición y la muerte. De modo que hay una manera de vivir, una conducta que absolutamente conduce a la vida y otra u otras que sólo parcialmente conducen a ella. Las reglas en que podemos expresar esas maneras de vivir llamamos moral. Las que se desprenden de las leyes de la vida son la moral absoluta; las que se desprenden de la manera de vivir de un pueblo determinado en tal tiempo, en tal espacio forman una moral relativa, que puede ser más o menos buena según que más o menos se acerque a la moral absoluta, según sea más o menos adecuada a producir la vida y desarrollarla. Por antiguas, repetidas y groséras experiencias se ha llegado inductivamente a nociones vagas, pero verdaderas en parte, relativas a la conducta y esas nociones sirven de dirección en la práctica. Extendiéndose el campo de las experiencias, y agregándose las inducciones de éstas a las antiguas, esas nociones vienen a ser más numerosas, más precisas y más generales. Si por último hacemos abstracción de las condiciones de los fenómenos que están en contradicción los unos con los otros atendiendo únicamente a los factores fundamentales; si estos factores los estudiamos de una manera abstracta, no como presentes en los fenómenos actuales,

descubriremos las leyes generales de un sistema absoluto de moral. Este sistema que expresa lo que es absolutamente bueno, será aplicable a cualquier estado de transacción teniendo en cuenta las causas de perturbación, las condiciones incompletas, la imperfección de los seres actuales, etc. En cuya virtud lo absoluto se ha vuelto relativo al acomodarse a las circunstancias. Del dato general sacado por inducción, de que cada uno quiere vivir, siguiendo aquel procedimiento se infiere 1.—que quieren vivir todos; 2.—que la vida no se conserva sino gracias a la actividad; 3.—que debiendo vivir todos las actividades tienen que limitarse; 4.—que los límites de esas actividades tienen que ser iguales para todos. Estas son las más amplias generalizaciones que nos proporciona la vida humana, abstracción hecha de toda circunstancia variable y concreta que no entre necesariamente en la idea de vida humana. Podría decirse que los límites no deben ser iguales, sino adecuados a la actividad de cada cual; pero esto implica introducir en las ideas de vida y de hombre conceptos de fenómenos variables. Podría también decirse que a esos factores fundamentales habría que añadir el de la intromisión de unos individuos para favorecer la vida de otros, mediante actos de beneficencia; pero esto también implica que se toma como parte integrante de la idea la vida, la idea de no vida, porque la beneficencia de unos supone que los otros no se han adaptado aún a la vida. Si suponemos al individuo adaptado a la sociedad y la sociedad adaptada al individuo, tenemos que convenir en las cuatro conclusiones arriba anotadas, que son el núcleo y la base de la moral absoluta. Mas si estos principios los aplicamos parcialmente teniendo presentes las circunstancias perturbadoras, hacemos una moral relativa a las imperfecciones sociales que nos rodean.

Si es la vida lo que se busca hay que obrar confor-

mándose a las leyes de la misma vida. No está a nuestro arbitrio producir la vida de un modo o de otro. Nuestra conducta tiene que estar dominada por relaciones fijas de causa y efecto, y así aunque el fin último de la voluntad es la vida, aunque el fondo de todo lo deseable es la vida; pero un fin más próximo de la voluntad y el deseo son las leyes de la vida y el método que hay que seguir para producirla. De manera que la moralidad propiamente dicha, la ciencia de la recta conducta tiene por objeto determinar *cómo y por qué* ciertos modos de conducta son favorables a la vida y otros nó. Estos buenos y malos efectos no pueden ser accidentales; pues la vida como cualquier otra cosa de la naturaleza no puede ser efecto indiferente de cualquier causa; la vida debe tener sus causas y sus leyes para producirse. Deducir de estas leyes la forma de conducta es lo que se propone la ciencia moral. La primera ley de la vida como de todo otro ser es la ley de su conservación. De este principio fundamental se desprenden inmediatamente estos otros que deben servir de pauta a toda conducta racional: que la vida consiste en el ejercicio de ciertas actividades por las cuales se sostiene; y que siendo necesario que estas actividades se limiten recíprocamente entre los hombres reunidos en sociedad su ejercicio no debe cohibirse más allá de los límites naturalmente creados.

Excluyendo pues la moral absoluta, todo acto contrario a la vida esto es todo acto de agresión, supone la perfecta paz interna en la cual no haya homicidio, heridas, robos, difamaciones, enemistades, falta a los contratos; en fin, estos que directa o indirectamente ataquen la vida de los asociados, supone así mismo la paz externa ya porque la guerra trae la muerte de los beligerantes, ya porque la moral de la guerra influye sobre la moralidad interna endureciendo los sentimientos que ri-

gen la conducta de los asociados entre sí, Sin embargo además de la falta de agresión se necesita para la vida completa el auxilio mútuo que puede ser positivo mediante actos gratuitos en pro de los demás o mediante actos coordinadamente ejecutados por varios en provecho de todos ellos; o negativo que consiste en no impedir que los demás realicen su vida completa. Y las morales relativas de los diferentes pueblos evolucionan, es decir se van al transcurso del tiempo acercando a la moral absoluta: cada vez se respetan mejor los derechos propios y los ajenos; cada vez se auxilia mejor a los otros y se es más celoso de la dignidad de uno mismo; aumenta el bienestar personal con las exigencias de los trabajadores y los políticos y aumenta el bienestar social con la instrucción, la beneficencia y la igualdad; al mismo tiempo aumenta el respecto internacional: las guerras son más raras y más cortas, ya no se conquista sino muy rara vez todo un territorio, ni se esclaviza a pueblos enteros y las naciones se ayudan en caso de inundaciones, incendios, terremotos, y hambres; ni aún en las relaciones con los salvajes los pueblos civilizados arrasan poblaciones enteras, ni matan a los indefensos, ni torturan a los inocentes, ni esclavizan a los prisioneros, ni aprisionan mujeres y niños: la humanidad se vuelve civilizada y pacífica, es decir más moral. Podemos concluir con estas palabras de Kant: "La naturaleza se encamina al establecimiento de la sociedad universal en que se reúnen la justicia internacional, la justicia política, y la justicia privada completadas por la filantropía humana."

Conciencia moral
Génesis y transmisión de ella

Un ser no es agente moral sino en cuanto posee una conciencia moral o conciencia del deber.

“Por violentas que puedan ser las relaciones de los individuos de una misma tribu, entresí, su acción combinada sobre otras tribus sería irrealizable sin cierta confianza mútua basada en testimonios de amistad y lealdad. Y como una conducta que favorece la cooperación armoniosa dentro de la tribu, conduce a su prosperidad, a su crecimiento y por consiguiente a su victoria sobre las otras, la supervivencia de los más aptos da por resultado la adopción de esa conducta como característica general. La autoridad de los gobernantes presta a la moral de la amistad un nuevo apoyo. Reconociendo los jefes que la discordia es una fuente de debilidad para la tribu, se reprueban los actos susceptibles de engendrarla; y una vez muertos y divinizados, el recuerdo de sus órdenes viene rodeado de sanción sobrenatural. He aquí el origen de lo que se llaman códigos morales. La obediencia tradicional a ciertas reglas de conducta ha engendrado sentimientos apropiados a esas reglas. La disciplina de la vida social produce en el hombre concepciones y emociones que determinan cierto grado de simpatía por la conducta favorable al bien social y de antipatía por la contraria.” Spencer.

En la conciencia moral podemos distinguir dos elementos: su forma imperativa que con sigio trae placer o dolor morales según se la obedezca o no y que a su vez tiene carácter de universalidad común a todos los hombres; y en segundo lugar su materia o contenido es decir el acto mismo que viene envuelto en esa forma obligato-

ria y que no tiene carácter de universalidad ni en el tiempo ni en el espacio. Lo que caracteriza un ser moral es ese sentimiento placentero o doloroso unido a la memoria y la reflexión: la memoria de las consecuencias moralmente placenteras o dolorosas de los actos pasados y la previsión de las consecuencias de los actos futuros; lo que con sigilo trae la aprobación de unos actos (los placenteros) y la reprobación de otros (los dolorosos). La satisfacción de un instinto es un placer tanto más intenso, cuanto que el instinto es más fuerte; luego en general, el instinto social es enérgico porque es eminentemente útil a la conservación de la vida, y como tal, gracias a la ley de la selección, tiende a desenvolverse. Si consideramos que a más del instinto entran en la cuestión la reflexión y la memoria y suponemos que los instintos sociales entran en lucha con algún deseo súbito como el hambre o con una pasión como el odio satisfecho, el placer nacido de esta satisfacción se disipa; los instintos sociales quedan persistentes y vivos; tienen para sí todo el pasado, todas las tendencias, todos los hábitos acumulados lentamente por la herencia y la educación; no tienen en contra más que un momento de placer ya desaparecido y lejano. Cuando entonces la reflexión recogiendo de la memoria el acto realizado y sus consecuencias, los compara a las exigencias del instinto social, siempre vivo, presente, toma horror a ese acto y el recuerdo de la derrota sufrida por el instinto social, toma la forma de remordimiento; el hombre se encuentra descontento de sí y toma la resolución con más o menos vigor de obrar de otra manera en el porvenir. En general, todo instinto que continuamente es más fuerte que otro o más persistente, da origen a un sentimiento que expresamos diciendo que se *debe*

obedecer. Y como para servir al instinto de conservación, no hay instinto más fuerte y persistente que el instinto social, a él se agrega ese carácter obligatorio que lo transforma en conciencia moral, de aquí que la conciencia moral en cada pueblo y en cada tiempo sanciona como buenas las formas de vida adecuadas a ese tiempo y ese pueblo. Existe una conciencia moral universal; pero no ha existido una moral universal; los preceptos están condicionados por la forma interior de los instintos sociales: a tales condiciones sociales, tal moral; a diferentes condiciones sociales una moral diferente.

A la fuerza propia del instinto social tan intenso en el hombre y cuyo origen no nos corresponde estudiar, viene a unirse la aprobación o censura de la conciencia social cuando ejecutamos un acto favorable o no al bien común. Es un factor de mucha importancia para formar la conciencia. Los hombres tratan de evitar el menosprecio y la censura y de obtener la estimación y el elogio, lo cual lleva a la práctica de la conducta favorable a obtener estos resultados y evitar aquellos. Hay además otro elemento social que viene a imponernos la ejecución de una clase de actos e impedirnos otra de una manera obligatoria, tal es la autoridad del Estado, que en los grados primeros de su establecimiento no despertaba sino el sentimiento del temor a los castigos que imponía. El instinto de sociabilidad, el temor a la reprobación social, y el temor a los castigos de la autoridad han sido los moldes de la conducta y así los hombres han podido ejecutar actos en sí mismos desagradables o evitar actos en sí mismos placenteros sólo en consideración a esos tres frenos sociales; esos actos no tenían sino valor de medios con relación a estos fines de la voluntad; y la conciencia todavía no puede llamarse

verdaderamente moral, sino premoral, porque el dolor moral no está todavía unido al acto mismo sino a las consecuencias desagradables de él. Pero el espíritu está sujeto a la ley de *sustitución de motivos*, en cuya virtud y a fuerza de experiencias repetidas las acciones habitualmente realizadas por nosotros en calidad de medios respecto a un fin son asociadas a la idea que nosotros nos hacemos del fin mismo; a esta asociación de ideas corresponde una igual de sentimientos, de manera que el placer o el dolor en vez de permanecer mas allá de la acción, en las consecuencias de ella se compenetra, se confunde con ella. Así han nacido el placer y el dolor moral. Al principio, se hace o deja de hacer un acto por temor a las reacciones exteriores contra ese acto; luego después se las hace o deja de hacer por sí mismo. Esta asociación de placer y dolor a tal o cual conducta tiene que modificar el sistema nervioso y transmitirse hereditariamente. Si por los progresos de la especie y por las experiencias que se han adquirido de los efectos de su conducta los hombres no hubiesen formado poco a poco generalizaciones y principios de moral; si estos principios no hubiesen sido de generación en generación inculcados por los padres a sus hijos, proclamados por la opinión pública, santificados por la religión, ensalzados por la poesía, interpretados por las artes, sancionados por el poder; si bajo la influencia de estos motivos poderosos los hábitos no se hubiesen modelado y si los sentimientos correspondientes no hubiesen venido a surgir; en una palabra si no se hubiese adaptado la constitución orgánica del hombre a las formas de conducta llamadas morales y no se transmitiesen hereditariamente esas adaptaciones, nosotros no habríamos nacido con esa intuición innata del bien primero y fundamental elemento

de la conciencia moral. Cada impresión produce su correspondiente modificación nerviosa: a una persistente serie de impresiones corresponde una así mismo persistente serie de modificaciones que acaban por adaptar el órgano a la función. Ahora, nada más persistente que la disciplina social imponiendo o prohibiendo en cada momento de la vida ciertos modos de conducta, esa disciplina ha formado la conciencia que es su órgano. El espíritu va haciéndose a imagen de la realidad externa. La adaptación producida directa o indirectamente y de ambas maneras a la vez rige la estructura cerebral, así como rige las estructuras del resto del cuerpo; como las funciones físicas, las mentales tienden a adaptarse a las necesidades ambientes. Las experiencias organizadas y consolidadas a través de todas las generaciones pasadas de la especie humana han producido modificaciones correspondientes que por transmisión y acumulación continuas han llegado a convertirse en nosotros en ciertas facultades de intuición moral, en ciertos sentimientos que responden a una conducta buena o mala que no tienen base aparente en las experiencias individuales. Si las experiencias personales pueden modificar, como en efecto modifican el sistema nervioso ¿hemos de negar la fuerza de experiencias acumuladas y siempre reforzadas de millares de generaciones?..... Cuando los actos cotidianos exigidos por la vida social están en desacuerdo con los sentimientos, estos sentimientos continuamente reprimidos disminuyen; y los sentimientos antagónicos continuamente alentados crecen, hasta que el promedio de los sentimientos se pone al unísono con las exigencias de la vida social, de manera que se establece una penetración entre la conducta que se estima necesaria para la vida propia y la que se tiene por buena. A este amol-

damiento de la naturaleza humana ha contribuido manifiestamente la supervivencia de los más aptos, porque claro es que en igualdad de circunstancias, los grupos de los hombres cuyos sentimientos se acomodasen mejor a las necesidades sociales han tenido que ceder el puesto a los grupos de los hombres cuyos sentimientos se amoldan mejor a esas necesidades. Por el mismo motivo de adaptación que se ha formado al través de la raza la conciencia de lo bueno y de lo malo, es decir en forma obligatoria del deber, por esa misma ley de adaptación, decimos, el contenido de esa forma obligatoria, la materia del deber, el mandato concreto de la conciencia no lo adquirimos sino por el conjunto de experiencias individuales, por esa acción del medio ambiente sobre el individuo, que llamamos *educación*. La herencia nos da la intuición de alguna norma de lo bueno y malo; la educación determina los actos cuyo conjunto ha de formar esa norma. No heredamos, no tenemos innato un código perfecto que fije de antemano nuestra conducta cualquiera que sea el medio social en que aparezcan las manifestaciones de nuestro desenvolvimiento psíquico; heredaremos más bien un sentimiento general más o menos intenso que será en todo caso el fondo de nuestro carácter moral; pero sólo en el desenvolvimiento de nuestra vida iremos haciendo nuestro el código de moral que profese la sociedad en cuyo medio nos haya tocado nacer. Así como un individuo nace con disposición hacia una ciencia sin que por ello nazca conocedor de los teoremas de ella; la disposición innata nos lleva hacia una forma más o menos profunda de moralidad, pero el contenido de ella lo adquirimos al través de la vida. La herencia y la educación completan al ser moral: individuos de distinta herencia (ingleses y salvajes) colocados en un mismo medio ambiente, siempre se han diferenciado en una cierta delicadeza moral mayor o

menor; lo mismo pasa con individuos de igual herencia desenvueltos en diverso medio ambiente: hay entre ellos una forma de sensibilidad moral común. La educación es impotente para destruir las creaciones de la herencia; así como ésta es incapaz de dictar una norma moral completa.

Obligación, sanción, responsabilidad

Siendo lo conciencia moral un producto de la vida social y la moralidad un fenómeno social de tal importancia que sin ella no es posible la vida social; así como sin ésta es imposible satisfacer el fundamental instinto de conservación y del instinto de sociabilidad, nada hay más imperioso para el individuo que la conciencia moral, que es un medio necesarísimo para fines que se imponen necesariamente a la voluntad. Por eso vemos que después de los instintos de sociabilidad y conservación nada es más extendido entre los hombres como el sentimiento del bien y del mal; y espíritus groseros e incultos para otras facetas de la actividad humana forman juicios morales muy atinados y con una prontitud muy sorprendente. Esta conciencia se presenta, pues, bajo la forma de una imposición, de un poder que se impone y nos obliga, bajo la forma de una necesidad que es necesario satisfacerla, necesidad, poder, o imposición que expresamos diciendo que es preciso obedecerla. Esta es la obligación moral que podemos definirla como la conciencia de una dirección impuesta a nuestra voluntad por la disciplina de la vida social. El principio de obligación o imperativo no es distinto de la conciencia moral, sin la forma característica de ella. Cualquiera que sea la teoría que se tenga sobre el

origen y naturaleza de la conciencia moral, la característica de ella es su principio obligatorio, que cuando es desobedecido produce la sanción interna que llamamos remordimiento, esto es, un dolor más o menos intenso que en las naturalezas bien formadas se eleva a punto de hacerlas retroceder en presencia de una violencia de la conciencia como delante de una imposibilidad. No debemos confundir la idea de sanción con la idea de responsabilidad. Sanción es la consecuencia placentera o dolorosa de un acto realizado por nosotros consciente o inconscientemente. Si ignorando acerca la mano al fuego, la quemadura es una sanción natural; si yo quiero ejecutar un acto que me dicta un instinto y no lo ejecuto por cualquier impedimento, el dolor consiguiente es una sanción moral. Si yo por satisfacer un apetito pasajero deo de dar una limosna que periódicamente acostumbro dar siento dolor, este dolor es una sanción moral.

“La sanción se divide en: natural, como el quebranto de la salud que viene tras la intemperancia; legal, de la opinión pública, e interna o moral.”

En fin, la consecuencia agradable o dolorosa de la satisfacción o no satisfacción de un instinto o tendencia, cualquiera que sea la causa de la no satisfacción se llama sanción; y sanción interna el placer o dolor moral que se sigue a un acto conforme o no a la conciencia. La idea de responsabilidad implica la idea de que el agente responde del acto como causa propia de él; responder de un acto quiere decir atribuirse a sí el acto. El problema de la responsabilidad moral va unido, es una consecuencia del problema de la libertad moral. Si el hombre es causa libre de sus actos, tiene que responder moralmente de ellos; mas si la voluntad es un eslabón en la cadena de la casualidad universal, no cabe otra responsabilidad que la social funda-

da en el principio de la *defensa*. Y la idea de la responsabilidad ha ido restringiendo al andar de los tiempos. Antiguamente se consideraba responsables a los seres inorgánicos, a los animales, a los cadáveres; ahora no se juzga responsable ni al niño, ni al idiota, ni al loco, ni al sonámbulo. La escuela criminológica moderna excluye al criminalato, al loco moral y aún al criminal ocasional, viendo en todo crimen un efecto imprescindible de los antecedentes antropológicos y psíquicos del individuo y de las circunstancias sociales circundantes. Mas no se olvide que aun cuando la conciencia desconoce la responsabilidad moral, la sanción interna y la externa no pierden su fuerza: la primera es el efecto de la no satisfacción de una necesidad, la segunda es el efecto de la defensa social.

Clasificaciones y distinciones

El objeto de la conducta es la vida; la norma suprema de la conducta las leyes de la vida; pero estas leyes no pueden ser la norma de la conducta sino en tanto que forman la conciencia social; y todavía es necesario para que nos sean obligatorias, que sean conocidas por nosotros y hagan parte de nuestra conciencia. Por tanto la autoridad inmediata en el terreno de la actividad práctica, corresponde a la conciencia, de aquí la regla fundamental: obra según dictados de tu conciencia. Por una parte la conciencia *dicta* lo que es preciso hacer y por otra juzga lo ya hecho. Bajo este concepto ella es la condición del cumplimiento de todos nuestros deberes; pues aunque el principio fundamental y constitutivo del deber es la ley de la vida tal cual es en sí,

pero en el terreno práctico esa ley no nos obliga sino en cuanto está incrustada en nuestra conciencia por la trasmisión hereditaria y los efectos del medio social. La conciencia bien puede pues en mayor o menor parte adquirirse o perderse. Un individuo que de un medio social inferior pasa a otro superior, puede encontrarse en éste sin la conciencia moral que este medio impone a sus miembros. O por degeneración moral un individuo puede nacer con una conciencia inferior a la conciencia social; de manera que su conciencia puede ver como buenos o indiferentes actos que la conciencia social reprueba. Cuando decimos que un individuo *no tiene conciencia* decimos una verdad, porque queremos decir que él no siente como malo un acto que para nosotros lo es, no tiene sanción dolorosa para un acto que en nosotros nos acarrearía remordimiento. Aún cuando al momento de la acción no hay otra regla que la de la conciencia, con todo puede ser esta *recta, errónea, ignorante, dudosa*, etc. para la sociedad en cuyo medio actúa según se conforme, yerre, ignore o dude de los dictados de la conciencia social; y también la conciencia social, para el científico, ya sabemos que puede ser más o menos buena según mejor o peor interprete las leyes de la vida. De aquí que la regla fundamental de la vida práctica se descompone en estos dos preceptos: infórmate lo mejor que puedas de lo que en cada circunstancia es tu deber, es decir de lo que te impone la sociedad; o lo que dictan las leyes racionales de la vida, si la sociedad les desconoce en esa parte, y si tú tienes valor suficiente para sobreponer a la conciencia social; y una vez conocido ello cúmplelo sin consideración alguna. El duelo nos presenta un ejemplo muy claro de esto. Si he recibido una tarjeta de desafío, puedo dudar tal vez del partido que debo tomar entre aceptar o nó; consulto la conciencia social manifestada en las costumbres general-

mente seguidas y en los juicios que uniformemente se forman sobre ciertos actos y puedo encontrar que estoy en el deber de aceptar el desafío porque la sociedad aprueba los duelos y juzga de cobarde al que los evita; mas si consulto las leyes de la vida y tengo valor moral suficiente para arrostrar la reprobación de una conciencia social errónea entonces debo desechar el desafío porque las leyes de la vida condenan el duelo. En este ejemplo se ven claro el papel de las leyes de la vida; de la conciencia social; de la conciencia individual; así como la diferencia entre la moral absoluta y relativa. La conciencia no constituye la moral en sí sino para el individuo y en un momento dado y si la conciencia tiene alguna autoridad es porque encarna más o menos bien y lo mejor que es posible en el momento dado de la acción una necesidad de la vida. La conciencia moral, es pues, más o menos perfecta y buena en una sociedad dada según más o menos compenetrada esté de la conciencia social, y lo será absolutamente cuando esté adaptada a la sociedad perfecta, es decir, cuando se realicen plenamente las leyes de la vida. La conciencia moral debemos también distinguir del sentimiento moral: conciencia es el discernimiento del bien y del mal sobre acciones reales y precisas ejecutadas o capaces de ser ejecutadas por nosotros o por otros; se le ha llamado también sentido moral porque su función de percepción inmediata sobre la bondad o maldad de los actos se parece a la intuición de las cosas sensibles que nos dan los sentidos. Y quizá esta denominación es más adecuada ya para no confundir la conciencia moral con la conciencia general de la personalidad o la actividad opuesta a la inconciencia; ya porque efectivamente las modificaciones nerviosas ocasionadas por la génesis de la moralidad deben producir algo como un órgano de percepción moral; ya porque acostumbramos decir que un hombre es-

tá falta de sentido moral cuando carece de moralidad y practica el mal sin escrúpulos ni remordimientos; pues hay algunos hombres que bajo este concepto parecen como ciegos y sordos a quienes la naturaleza hubiese negado todo discernimiento del bien y del mal, (criminales natos y locos morales.) Sentimiento moral llamamos el placer o dolor que acompaña a la ejecución de los actos buenos a malos. Entre el sentimiento moral y la conciencia hay completa fusión: son dos aspectos del mismo fenómeno: es un mismo hecho según lo consideramos en el entendimiento o en la sensibilidad. Al placer de haber ejecutado un acto que la conciencia nos da por bueno se llama satisfacción moral o satisfacción del bien o del deber; al dolor de haber ejecutado un acto malo ó no haber ejecutado un acto bueno llamamos remordimiento cuando sólo se refiere al acto pasado; mas cuando también gracias a la reflexión se une el propósito o deseo de no volver a caer en el acto malo, se llama arrepentimiento.

La virtud

Ahora podemos preguntarnos qué es y qué papel desempeña la *virtud* dentro del sistema de moral que hemos adoptado. La virtud es el hábito de hacer el bien en un grado más alto que el medio social en que se vive. No llamamos virtuoso al hombre que sólo ocasionalmente ejecuta actos de virtud; ni tampoco llamamos virtuoso al hombre que exclusivamente se acomoda a los dictados de la conciencia general: el virtuoso tiene que ser mejor que la generalidad y serlo habi-

tualmente. De manera que la virtud es un término relativo a la sociedad en que se practica: lo que para una sociedad es virtud para otra será un acto normal y común. Y así mismo en virtud de la evolución que acerca incesantemente, gracias a la selección de los mejores, las morales relativas a la absoluta, lo que ayer fue virtud porque estaba por sobre el nivel común, mañana entra a hacer parte del patrimonio general en cambio de nuevos esfuerzos individuales que constituirán nuevas virtudes. Por ejemplo en tiempos de barbarie cuando no sólo la esclavitud sino cuando los tratamientos crueles a los esclavos no eran tenidos por malos; podía ser virtud el tratar a ellos con equidad y dulzura. Cuando se los trataba generalmente de un modo algo humano, la virtud podía consistir en educarlos en lo posible libertarlos y volverlos libres. Ahora que todos son libres la virtud ha ido un grado más allá y puede consistir en consagrarse a la formación de los hombres para las libertades morales y políticas. La virtud es pues la moral del porvenir entrevista por la sociedad y practicada por algunos individuos de constitución moral privilegiada. No debemos por lo tanto llamar virtud esas aberraciones en que caen algunos hombres y que consisten no en acercarse a la moral absoluta, a la moral de la plena vida, sino en alejarse de ella renegando de la vida y de los racionales placeres que son signo de vida. Semejante concepción de la virtud indica un estado patológico del espíritu social, nace de concepciones erradas acerca del hombre, de la vida y de la moral. La virtud para merecer ese nombre, debe encarnar lo que será la moralidad de la conciencia social de mañana; debe ser un esforzado y seguro paso hacia el porvenir; debe ser el ideal social hecho carne y realidad en la vida

de un individuo; debe ser un punto de mira para las generaciones presentes, y una firme respuesta a las interrogaciones del porvenir. El hombre virtuoso es el educador de su pueblo, de su tiempo, y mal puede educar si al título de virtuoso empieza por herir las tendencias fundamentales del hombre, de la sociedad y de la vida. La práctica habitual del mal o sea la conducta inferior al medio ambiente social se llama vicio o criminalidad: vicio cuando se refiere a actos que atañen a la moral especial y criminalidad cuando se refiere a la justicia. Vicioso es por ejemplo el meramente jugador o mentiroso y criminoso el ladrón habitual.

Justicia, derecho

Entre las diferentes formas que puede optar la conducta de un individuo, la sociedad no se pronuncia con igual fuerza y claridad. Hay ciertas formas de conducta que son indispensables para la vida social; otras que son favorables a ella, pero no indispensables en el momento histórico que se considere; otras que aún cuando desfavorables a la vida social no se hallan tan en pugna con ella que la destruyan por completo; y otras por último que destruyen las mismas bases de la vida social. La crianza de los hijos, el respeto de los contratos, etc. pertenecen a la primera categoría y la sociedad exige de sus miembros el cumplimiento irremisible de esa clase de actos sin los cuales sería imposible la vida social. La templanza, la castidad, la benevolencia

pertenecen al segundo grupo y la sociedad los sanciona y los aplaude aún cuando no les exige imperiosamente; el duelo, la prostitución, la usura pertenecen al tercer grupo y la sociedad se pronuncia respecto de ellos sólo con mera tolerancia, mirándolos como males por de pronto necesarios o cuya supresión acarrearía mayores males; el asesinato, el robo, el perjuirio etc., pertenecen al cuarto grupo y esta clase de conducta no es sino el reverso de la conducta de la primera forma; porque si exige la sociedad imperiosamente la ejecución de un acto es porque de igual manera impide la no ejecución de él; si la sociedad dice no matarás, dice a la vez, respeta la vida de tus semejantes; el uno es el aspecto positivo, y el ótro el negativo de un mismo mandato. De manera que se reducen a tres las categorías de conducta: exigida necesariamente por la sociedad; aprobada y aplaudida por ella; y meramente tolerada; pero a su vez las dos últimas formas de conducta se reducen como las ótras que acabamos de ver a una sóla presentándose como dos formas sólo en cuanto las consideramos bajo el aspecto positivo o negativo: si la ejecución de un acto es imperiosamente exigida, la no ejecución de él es imperiosamente condenada y viceversa; si la ejecución de un acto que no es exigible, es mirado como bueno; la no ejecución de él es mirada como malo. La moral comprende tanto los actos indispensables como los actos aprobables; pero a los primeros se les da una denominación especial: se los llama derechos y el hábito de cumplirlos se llama justicia. El derecho está constituido por ciertas formas de conducta sin las cuales la asociación sería imposible; pero estas formas son de dos clases: la primera es común a toda sociedad y la otra es especial y característica de cada sociedad según

el medio ambiente suyo. A la primera forma se la llama *derecho natural* y a la segunda, derecho positivo. La sociedad, aún la más sencilla no puede vivir sino en condiciones determinadas; la existencia de toda vida social implica ciertas condiciones incluídibles. Supongamos una sociedad cuyos miembros consideren como bueno o simplemente indiferente matarse, robar, abandonar las madres a sus hijos etc, es claro que no podría subsistir, moriría por un vicio inherente a su constitución. Ahora bien, la moral reducida a lo que tiene de esencial, a lo que se llama *derecho natural* consiste en aquellas condiciones de existencia sin las cuales el hombre y la sociedad desaparecen. Esa parte de la moral es pues un derecho porque es exigible imperiosamente y es *natural* porque es una consecuencia necesaria de la naturaleza de las cosas. Se puede por lo mismo decir que es necesaria, imperativa, inmutable, universal, no tomando estas palabras en un sentido trascendental y metafísico como independiente y dominador de la naturaleza, sino en un sentido preciso, positivo, incontestable, pues significa que su estabilidad es la de la naturaleza, su universalidad la de las características esenciales del hombre y la sociedad y su necesidad la de la causalidad universal. Mas también hay ciertas condiciones de vida indispensables para una sociedad en razón de las condiciones especiales en que vive: estas condiciones secundarias, superpuestas al derecho natural, existen en todo pueblo medianamente desarrollado, pero no son las mismas para todo pueblo. Y así como el derecho natural está sancionado por la misma necesidad de las cosas, que se impone a toda conciencia normal; estas condiciones secundarias están sancionadas por la sociedad en forma de derecho positivo o escrito. La forma

de conducta meramente aprobable y no exigible se llama puramente conducta buena, virtuosa o moral.

Estudio especial de la génesis de la justicia

Siendo la justicia una parte de la conciencia moral, al estudiar el origen y desenvolvimiento de ésta hemos hecho el estudio de aquella; mas como la justicia es la base de la vida social bien se merece precisar respecto de ella los conceptos generales asentados más arriba. El problema es éste. . . . : ¿de qué manera ciertas formas de conducta no solamente son miradas como buenas y dignas de aprobación, sino exigidas imperiosamente y cumplidas de igual manera? . . . Ya sabemos que los sentimientos y la conducta son hijos de experiencia: la conducta es susceptible de ser determinada por las conexiones mentales y emocionales que se forman en el curso de la vida: si las circunstancias ambientes, acostumbran a una especie a ciertas relaciones entre la conducta y la consecuencia de ella, los sentimientos adecuados que se refieren a ella pueden llegar a caracterizar a dicha especie. Ya por la transmisión hereditaria de las modificaciones engendradas por el hábito, ya por la supervivencia más numerosa de los individuos cuya estructura nerviosa se hubiera modificado en un sentido dado, fórmanse gradualmente tendencias directas que determinan una conducta apropiada y evitan la conducta impropia. Así se han formado los hábitos y sentimientos apropiados a la vida social entre los cuales la justicia es de capital importancia. Examinemos su naturaleza. El sentimiento de la justicia como todo otro

tiene su base en el instinto de conservación. Ante todo tenemos el sentimiento de que se respeten nuestra persona y nuestra actividad; de que no se nos haga daño y se nos deje gozar los efectos de nuestro trabajo: ante todo exigimos justicia para nosotros. Mas como esto podría llevarnos a herir a los otros y perjudicarlos, el primer obstáculo que impide la agresión es el temor a las represalias, a la venganza que se seguirá al acto de apoderarse de algún objeto de otro. En los estadss remotos de la vida social este temor es la más poderosa fuerza educadora, gracias a él se asegura amplia libertad en las actividades individuales y el goce de los bienes que proporcionan. Otro freno resulta del temor a la reprobación probable de los miembros desinteresados del grupo; gracias al recuerdo y la previsión, el pensamiento del desprecio social constituye un freno más contra los atentados de hombre a hombre. A estos sentimientos que obran anteriormente a toda organización social, vienen luego a juntarse los sentimientos que nacen después del establecimiento de la autoridad política. Cuando un jefe vencedor que en la guerra ha adquirido la soberanía permanente, toma a pecho mantener su poder, comienza a experimentar la necesidad de prevenir los atentados de sus subordinados unos contra otros, porque tales sentimientos debilitan a la tribu. De ahí la restricción del derecho de venganza personal, y en la época feudal de las guerras privadas, al mismo tiempo que la prohibición de los actos que las suscitan. El miedo a las penas que siguen a tales infracciones, viene a constituir un freno adicional. Estas tres especies de temores concurren a formar un cuerpo de sentimientos que sin destruir los sentimientos de conservación y actividad individuales, al contrario garantizándolos para más

seguros éxitos, hacen posible la vida social sobre la base del respeto mútuo. Esta conducta y ese grupo de sentimientos no son todavía la justicia. Estos son todavía sentimientos promorales, están apoyados únicamente en el temor. Pero la perpetua disciplina del constante respeto a los derechos ajenos, va a los hombres acostumbrando a ese respeto, sin consideración al temor que originariamente le servía de apoyo. Sólo entonces nace la justicia propiamente dicha. Al principio no se juzga que el acto es malo o bueno por sí mismo: sólo se atiende a las consecuencias perniciosas que pudiera tener; pero por amor a las consecuencias nos habituamos a ciertas maneras de conducta que con el tiempo las mantenemos por sí mismas sin atención a sus consecuencias que caen en olvido. Y la conducta va acompañada de los correspondientes sentimientos: si dejamos de ejecutar ciertos actos placenteros por temor a sus consecuencias dolorosas, la disciplina de la vida hace que el acto se vuelva por sí mismo doloroso aún prescindiendo de sus consecuencias. Así una conciencia moral elevada aún cuando ningún castigo pueda venirle, ni ninguna venganza por cierto acto malo, no lo ejecuta en atención a su sola maldad, y si lo ejecutase por la fuerza de un motivo pasajero, su conciencia reaccionaría dolorosamente. Así como del temor u otros motivos egoístas nace la conducta justa; así como de la conducta justa nace el sentimiento de justicia; del sentimiento cuando la reflexión está altamente desarrollada, capaz de estudiar analíticamente y sintéticamente esa conducta y ese sentimiento, gracias a comparaciones de los fenómenos que llamamos justos, abstracción de los elementos que llamamos accidentales, acumulación de los elementos permanentes, inducciones generales y sintetización de las in-

ducciones en un sólo concepto, podremos llegar a la idea de la justicia. En efecto podemos realizar la justicia, podemos sentir lo que ella es; pero sólo facultades superiores podrán darnos cuenta de lo que ella es.

FIN

A PROPOSITO DE LAS IDEAS SOCIALES DE BELISARIO QUEVEDO

Gracias a la decisión, entusiasmo y absoluto desprendimiento de dos jóvenes: Alfonso y José Rumazo González, va a salvarse del olvido una obra que merece figurar entre las más notables que el País ha producido. El volumen de "Sociología, Política y Moral", que hoy se publica, a los pocos meses de haber visto la luz el libro de "Historia Patria" de Belisario Quevedo, ha de impedir que el día de mañana, cuando se haga el balance de nuestros valores, pase inadvertido el nombre de quien fué un educador de juventudes; un hombre sincero y puro; un carácter rectilíneo, ajeno a las componendas de la baja política, que siempre habló la verdad aún a trueque de quedarse solo y de atraer sobre sí odios y persecuciones.

Quien haya leído con atención las páginas que preceden, se imaginará acaso que ellas brotaron de un pluma envejecida en el estudio; de un cerebro ágil y viril, desde luego, pero dotado de esa calma y de esa reflexión que sólo los años

suelen dar. Nadie creerá que las profundas reflexiones sobre política, moral y sociología que en ellas se contienen, las escribió un joven que murió a los treinta y ocho años de edad; un espíritu precoz que cual si presintiera su próximo fin se apresuró a darnos lo mejor de sí mismo.

Belisario Quevedo, que nació en Latacunga el 6 de noviembre de 1883 y murió en esa misma ciudad el 11 de noviembre de 1921, fué un hombre que penetró como pocos en la realidad ecuatoriana; un escritor que no se alucinó con falsas grandezas y que gustó de decir a sus compatriotas lo que él creía conveniente para la generalidad. La característica esencial de su pensamiento fué la franqueza. Ninguno de los que tuvieron el gusto de tratar con él podrá olvidar que nunca se negó a decir con claridad lo que juzgaba acerca de los hombres y de los negocios públicos. No conoció lo que se llama disimulo o reserva mental. Franca, abierta, clara, robusta, tal fué siempre su manera de pensar. El no supo de la *habilidad* de los que evitan expresar lo que piensan en un caso dado, o porque juzgan que no es oportuno o porque temen decir algo que pudiera disgustar a muchas gentes. En los rasgos biográficos que el señor doctor don Miguel Angel Varea, pariente cercano de Quevedo, publicó a raíz de su muerte, se encuentran las siguientes frases: "Cuando en medio de un abrumador apocamiento de todo el mundo, lanzó ese apóstrofe contra las conculcaciones y fraudes de nuestra provincia en memorable discurso, quisieron convercerle de que no era apropiada la ocasión y contestó: "La verdad quemó y marca como el cauterio, y como él deja una huella duradera; la verdad nunca busca ocasiones". Así tenaz, sentencioso, indomable, a veces vehemente, llevaba en alto, con soberbia, el timbre de su personalidad, hablando la verdad, fustigando el vicio, señalando la infamia. Eso le produjo muchos enemigos, que abominaron su persona."

Viene a tiempo el libro de Quevedo, en esta hora de apocamiento y triste quiebra de los valores, en que un Congreso Nacional no ha vacilado en dictar Acuerdos en honor de un Leonidas Plaza, vulgarísimo anticlerical, a quien Quevedo combatió desde las columnas de "El Día" por él fundado, y cuya renuncia del alto cargo de Presidente de la República solicitó, en ocasión memorable, por honra y prestigio de la Patria. Viene a tiempo en estos días en que el País ha buscado con ansia a quien volver sus ojos sin encontrar sino mediocridades y falsos prestigios. ¿Dónde los hombres no contaminados ni viciados? ¿Dónde los caracteres enérgicos y sinceros? ¿Dónde los estadistas de antecedentes limpios como Quevedo? La modesta herencia que él recibiera de sus padres, la aumentó con mil afanes y sudores, en negocios claros, a la luz del día; no explotó en su provecho los cargos públicos; no traficó con los intereses del Estado; no aprovechó de la ignorancia ni de la necesidad del prójimo. ¿Cuántos de nuestros políticos y de nuestros capitalistas podrían decir lo propio? . . .

Las páginas de Quevedo son hoy muy oportunas, pues sólo la verdad, sólo la reflexión sincera y franca sobre nuestros vicios y defectos pueden ayudarnos a salvar los mil escollos en que la frágil barca de nuestra incipiente nacionalidad corre riesgo de naufragio. Conocer el mal es ponerse en camino de evitarlo. Reflexionar con sinceridad sobre los defectos de nuestra educación y de nuestro carácter; sobre las máculas morales de nuestros ricos y de nuestros dirigentes; sobre la miserable condición de nuestro pueblo; reflexionar sobre todo esto con ánimo resuelto a enmendar errores, a desterrar prejuicios, a enderezar lo que se halla torcido y extraviado; reflexionar en que aún cabe que nos salvemos de la disolución, si lo queremos de veras, si lo anhelamos con sinceridad y rectitud, puede y debe servirnos po-

derosamente. La voz de uno de nuestros grandes muertos, la voz de Belisario Quevedo, vuelve a resonar en las páginas de este libro. Esa voz que cesó de oírse hace ya once años en el Ecuador, vuelve a hablarnos en un lenguaje que conserva toda su oportunidad. Parecen escritas para hoy las páginas que forman el presente volumen. ¿Qué ha dejado de ser de actualidad de todo lo que en ellas se contiene? En muchos puntos, lo escrito por Quevedo antes de 1921 es hoy de más interés y actualidad que en ese entonces. Tal ocurre con los problemas sociales que el pensador latacungueño vió con honda penetración y con acierto sorprendente. Acerca de ellos he de decir pocas palabras, enderezadas a rectificar algunos conceptos en mi modesta opinión no muy exactos. Y ante todo una declaración: nadie que se precie de imparcial puede desconocer la miserable condición del obrero ecuatoriano, descrita acertadamente por nuestro compatriota, por más que las reflexiones que dió a la prensa le valieran el calificativo de *socialista* y de *comunista*, con que suelen gratificar a los que no alaban a los ricos, los ignorantes de todos los partidos. A este propósito Quevedo estampó en estupenda frase: "El Banquero guayaquileño a quien el orden actual de cosas ofrece todas las ventajas y explotaciones económicas y políticas que nuestro misérrimo país puede ofrecer, y el desdichado labriego de nuestras serranías, en cuya alma ha muerto el último deseo de variación y mejoría, constituyen psicológicamente un sólo partido, el partido que siente la necesidad de que los minutos se parezcan entre sí, de que las horas nazcan gemelas, de que los lustros sean monótonos y de que la loza uniforme de los siglos mate el germen de toda novedad, de toda iniciativa y cambio". A este partido de los que se conforman con la situación social actual o porque de ella sacan provecho, o porque en su alma no ha germinado

el anhelo de mejorar de estado, a ese partido afilia Quevedo a los católicos, sin distinción alguna; y en ello no anda acertado. Que en el Ecuador una mayoría de católicos crea que no hay necesidad de reformas sociales hondas y profundas; que juzgue que todo está bien como está ahora; que crea que el socialismo carece de fundamento en lo absoluto y que a sus adeptos hay que combatirlos a palos, no significa, ni puede significar jamás que el Catolicismo en su esencia sea una doctrina de conformidad con el mal, de quietismo y defensa de los ricos y de los explotadores, en perjuicio de los pobres y de los humildes. Ciertas frases del pensador latacungueño demuestran que él no penetró en la entraña profunda del Cristianismo social; que no midió todo el valor y todo el alcance social de las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo. No tuvo tiempo, seguramente, para ello. Hay que recordar, una vez más, que murió antes de los cuarenta años, en plena formación intelectual, enderezada durante varios años al conocimiento de los filósofos positivistas y no al conocimiento sereno del valor social del Cristianismo. De haber conocido suficientemente las doctrinas de León XIII sobre asuntos sociales, no hubiera afirmado que el anhelo de mejora económica de nuestra clase popular no existe, porque "su puesto está ocupado por la esperanza evangélica que promete la bienaventuranza a los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos". Lo que podría interpretarse en el sentido de que el Cristianismo y el Catolicismo, que es el Cristianismo integral, aconsejan conformidad al pobre con su suerte. Y ocurre precisamente lo contrario. El Cristianismo enseña a todos sus deberes; el primero de ellos es el deber de *justicia*: "Hágase la justicia aunque perezca el mundo".

No hay justicia cuando el rico explota al pobre; cuando el propietario desconoce las cargas que sobre

él pesan; cuando el que emplea al trabajador le paga no el justo salario, sino el que con él ha convenido. En ningún libro se contienen mayores anatemas contra los ricos y contra los acaparadores de tierras que en el Evangelio. El Evangelio es un libro terrible, escribe el jesuita español Padre José Agustín Pérez del Pulgar, en la página 61 de sus "Conferencias Sociales", editadas en Madrid en 1919. Ese libro, acaso no lo meditó suficientemente nuestro compatriota Quevedo. De haberlo hecho así, habría encontrado, como escribe el mismo ilustre Jesuita: "Que la religión Católica no tiene por única finalidad en el mundo decirle al pobre, al desheredado: "¡Consuélate, ten paciencia, sufre, que el Cielo te espera después de tu triste vida! "Ah no, la Religión Católica dice otras muchas cosas más." (Página 62, de la obra citada).

De haber dispuesto de tiempo para penetrar en la doctrina de los doctores católicos sobre la propiedad, habría encontrado que ella, lejos de considerarla como un derecho absoluto, reconoce que sobre la propiedad pesan cargas y limitaciones gravísimas en bien de los no propietarios; que la propiedad tiene una función social que desempeñar. El doctísimo Deán de la Catedral de Oviedo y publicista católico español, don Maximiliano Arboleya Martínez, en su monografía titulada: "La Propiedad.—Interesante Doctrina del Doctor Angélico", publicada en la Librería Católica Internacional de Luis Gili en Barcelona, resume así las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino sobre esta materia:

"El Santo enseña que al hombre le corresponden dos cosas respecto a los bienes exteriores: administrarlos y usar de ellos. Al demostrar, en la forma que se ha visto, cuan necesaria es la propiedad privada, para

el buen régimen de la república, Santo Tomás comienza definiendo lo que él entiende por propiedad, y dice que es *potestas procurandi et dispensandi*, o sea, la potestad de administrar y distribuir los bienes exteriores. Es decir, que sólo el propietario de una cosa puede administrarla y hacerla valer y emplearla a su talante. Un autor contemporáneo llama la atención sobre el sentido altruista, *social*, de las palabras utilizadas por el Santo, y especialmente sobre los prefijos *pro* y *dis*, que parecen indicar bien claramente algo así como relación al prójimo. No se olvide, pues, que cuando Santo Tomás defiende la conveniencia absoluta de la propiedad privada, entiende por ella la *potestad de administrar y de distribuir*. Seguidamente añade: "Otra cosa compete al hombre sobre los bienes externos y es el USO de los mismos; pero en cuanto a esto no debe el hombre considerar eso bienes como propios y exclusivamente suyos, sino como si fueran comunes, de suerte que con toda facilidad los comunique a los necesitados" (2.2.—66—20.) Es decir, que en cuanto a la administración y distribución de los bienes, el propietario tiene la exclusiva; en cuanto al uso de los mismos ya la exclusiva desaparece y surge el derecho de todos a utilizar esos bienes, si los necesitan. Advierte, naturalmente, el Santo que sobre ellos corresponde al propietario un derecho preferente para atender a sus propias necesidades y a las de los suyos" (Páginas 23 a 25 de la obra citada): No es culpa de Santo Tomás el que sus doctrinas hayan sido desnaturalizadas o pasadas en silencio, por los que no se atreven a decir la verdad claramente por temor de disgustar a los ricos; como no lo es tampoco del Cristianismo si sus luminosas enseñanzas sociales no las propaguen quienes tienen estricta obligación de hacerlo así, obedeciendo los mandatos reiterados de los Pontífi-

ces Romanos.

El Cristianismo social, vuelve innecesario el Socialismo como sistema de reforma y mejora de las clases trabajadoras, que, justamente resultan perjudicadas por él, socialismo oprimidas y vejadas. Sólo el Cristianismo social es capaz de elevar a los humildes y de crear la armonía entre los hombres, pues, a la fórmula brutal de la lucha de clases sustituye la de la cooperación y mutuo apoyo; la fórmula del sentido social sintetizada en el admirable "Amáos los unos a los otros", del Evangelio de Cristo.

Así hubiera llegado a comprenderlo Quevedo, si hubiera vivido un poco más, pues, no fué él hombre voluntariamente cegado; no fué anticlerical de esos que no quieren resolver la cuestión religiosa en un país, por temor, como decía Faguet, de perder el pan de la boca. Quevedo fué hombre de conducta privada intachable, de moralidad a toda prueba, un verdadero santo laico. Su austeridad le disponía a buscar la verdad y a encontrarla fácilmente; su sinceridad le llevaba a decirla con franqueza, sin temor de herir susceptibilidades y prejuicios; el estudio del Cristianismo social le habría llevado forzosamente a abrazarlo y defenderlo. De su buena fe y de su sinceridad dan prueba concluyente las páginas sobre García Moreno que constan en este mismo libro y que son acaso las mejores que sobre el Gran Estadista ecuatoriano se han escrito.

J. Roberto Páez.

INDICE

	<u>Páginas</u>
INTRODUCCION por J. Roberto Páez	9
NOTAS SOBRE EL CARACTER DEL PUEBLO ECUATORIANO	11
SOBRE GARCIA MORENO	51
POLITICA Y SOCIOLOGIA	
Algo nuevo y algo viejo	69
Nuestra burguesía	71
Los bienes eclesiásticos	74
Lo económico y lo económico	77
Observaciones	80
Contrastes económicos	85
Los cuatro partidos políticos, La humanidad es liberal	88
Tiene cada pueblo el gobierno que se merece?	93
Los bancos, la rapiña y la sombra del espectro	96
Algo sobre política económica, Conviene a la Nación empréstitos internos?	104
Dentro del liberalismo hay diferentes matices	109
El pueblo ecuatoriano y la alta banca tienen intereses contrapuestos	114
¿Todavía no ha sonado para nosotros la hora del socialismo.	118
Los gobernantes en las democracias latino-americanas	124
DE LO MORAL Y SU CIENCIA	
Génesis de las ideas	131
Génesis de los hábitos e instintos	134
Génesis de los instintos	136

	<u>Páginas</u>
Selección psíquica.....	138
Libertad moral.....	140
Sociabilidad y moral.....	153
Moral relativa.....	146
Moral absoluta.....	148
Conciencia social.....	150
Método para la ciencia moral.....	154
Fin moral u objeto de la actividad.....	155
Criterios de la moralidad.....	160
El vitalismo o la vida como criterio moral.....	161
Moral absoluta y moral relativa.....	194
Conciencia moral, Génesis y transmisión de ella.....	169
Obligación, sanción, responsabilidad.....	175
Clasificaciones y distinciones.....	177
La virtud.....	180
Estudio especial de la génesis de la justicia.....	185
A propósito de las ideas sociales de Belisario Quevedo por J. Roberto Páez.....	189

**Acabóse de Imprimir
en Quito
el 14 de Octubre de
1932**

BIBLIOTECA ECUATORIANA

LOS DIEZ PRIMEROS VOLUMENES

- I—SURTIDORES BLANCOS—Poemas—Carlos Dousdebés. Prólogo de Alfonso Rumazo González—*Agotado*.
- II—LA ROMERIA DE LAS CARABELAS—Poemas—Remigio Romero y Cordero. Prólogo de Gonzalo Zaldumbide—*Agotado*.
- III—SOCIOLOGIA, POLITICA Y MORAL—Belisario Quevedo. —Preliminar y Apéndice de J. Roberto Páez.
- IV—GOBERNANTES DEL ECUADOR—(1830 - 1932)—Alfonso Rumazo González.
- VI—COMPENDIO DE HISTORIA PATRIA—Belisario Quevedo. Notas y Apéndices por Alfonso y José Rumazo González—*Agotado*.

SERIE INDEPENDIENTE

- VIBRACION AZUL—Poemas—Alfonso Rumazo González—*Agotado*.
- PROA—Poemas—José Rumazo González—*Agotado*.
- ALTAMAR—Poemas—José Rumazo González.
- LOS IDEALES—Novela—Alfonso Rumazo González—*Agotado*.
- EL NUEVO CLASICISMO EN LA POESIA—José Rumazo González.

Suscribase.—Dirección: Alfonso y José Rumazo González—
Apartado 543—Quito - Ecuador.

Precio: 4 sucres.

Suscriptores: 3 sucres.